FRAY MOCHO



"Walking"

N.° 782

19.4.1927.



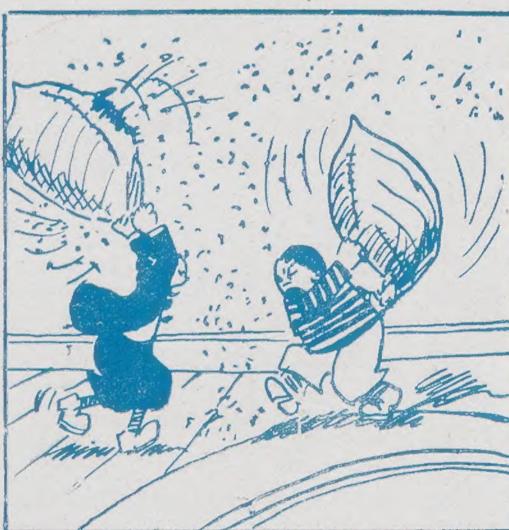
AVENTURAS DE PIPIRI

























FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 19 de abril de 1927 — N.° 782

Del momento, por Rojas



—Créame, señora, que todo es cuestión de suerte. ¡A los aviadores italianos se les quema un aparato y Mussolini les manda otro. Yo "quemo" la mercadería y, a pesar de batir el record de la baratura, Mussolini no me manda otra nueva!

—Parece que te abrigas ¿eh?
—Hombre, sí, soy un tipo muy friolero.
—Pues yo no sé cómo me las arreglo, que cuando llega el invierno, siempre me agarra con ropa de verano.



—¡Qué pedazo de mujer lleva Pérez!
—Es que después de tanta vigilia, se impone la carne.



—La pena de muerte debía existir, no como expiación, sino como eliminación.
—Entonces la patrona de la casa de pensión donde estoy, es de tu parecer.
—¿Por qué?
—Porque nos mata de hambre.



—Un maestro de escuela de una provincia andina, ha solicitado ropa para los niños, porque dice que van tan desnudos que enseñan más de lo que deben.
—Pues debe ser un orgullo para el maestro, porque enseñar los discípulos, es más meritorio que enseñar los profesores.



EL ENCARGO

Por José Cintora

Paseando una tarde Antonio Ramírez encontró a su amigo Juanito López.

Empezaron un diálogo trivial. Antonio advirtió que Juan estaba preocupado; apenas ponía atención a lo que hablaban; se distraía como si su imaginación estuviese embargada por cosas distintas al tema de la conversación.

Antonio le interrogó:

—¿Qué tienes? Me parece que estás triste... ¿Te ocurre algo?

—Sí — contestó Juan—. Tú eres buen amigo mío y mereces toda mi confianza.

—No te engañas. Soy buen amigo tuyo. Si te sucede algo que yo pueda remediar, ya sabes que no tienes más que decirlo.

—Pues, chico; me ocurre que mi estada en la capital se acaba... Mi padre, que hace tiempo viene reclamando mi presencia en casa, me ha enviado el ultimatum, y no me queda más que dos salidas: obedecer o rebelarme. Lo primero me cuesta mucho trabajo, y lo segundo, como comprenderás, es imposible.

—Es verdad — afirmó Antonio.

—Después prosiguió Juan — mi madre está decididamente empeñada en que me case con mi prima Irene, una chica guapísima, hija única de mis tíos, dueños de una gran fábrica de cerámica. Las cartas que recibió son ya tan apremiantes y las cosas han llegado a tal extremo, que no me queda más remedio que irme al pueblo, y esto me tiene disgustadísimo y preocupado.

—Lo comprendo... Matildilla...

—Esa es la gran dificultad. ¿Cómo dejo yo a esa muchacha? ¿Cómo me despido de ella? ¿La voy a abandonar?... Además, la quiero...

—Sí que es grave el asunto.

—Y no hay remedio. Hace un año que terminé la carrera... Durante otro he podido ir entreteniendo a mi padre para continuar aquí con pretexto de prácticas, que, por cierto, no he hecho; pero ya no puede seguir el engaño. Su decisión es terminante: desde el próximo mes no me enviará un centavo.

—El caso es gravísimo.

—Mi madre toma el asunto por la parte sentimental. No vive, tranquila y feliz mientra yo esté ausente de casa. Me pinta la dicha y la fortuna que me esperan con mi matrimonio con mi prima... En fin que no tengo medio alguno para substraerme por más tiempo a esas insinuaciones, y la determinación de mi padre es de una eficacia definitiva..

—¿De modo que te decides a partir?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?... Lo más penoso y difícil para mi es despedirme de Matilde. ¿Qué le digo?... Va a ser una escena terrible.

—Evita esa última entrevista.

—¿Cómo?

—Ecribiéndole...

—Esas cosas no se dicen por carta... Dada la nueva situación en que voy a entrar, eso sería dejar escrita una prueba comprometedora para mí...

—Tienes razón. ¿Qué hacer, pués?...

Juan miró fijamente a Antonio, y como si hubiese tenido una feliz inspiración, exclamó:

—¡Me ocurre una idea!

—¿A ver?...

—Me voy mañana mismo sin ver a Matilde... Tú eres mi amigo; ella te conoce y te aprecia mucho... Tú te encargas de explicarle...

—Sí; pero todo eso pasará... No hablemos más. Quedamos en que verás a Matilde...

—¡No hemos quedado en nada! —dijo alarmado Antonio.

Ya entrada la noche se despidieron. Juan partiría por la mañana; Antonio daría a Matilde las explicaciones convenidas.

* * *

Matilde y Juan se habían encontrado casualmente, y se amaron. Ella era sola y libre y de temperamento apasionado. Juan fué su primer amor. Los dos se juraron fidelidad eterna, y sin mirar otras consecuencias se entregaron por completo a su pasión.

La misma noche en que los dos amigos se hablaron, Matilde, en su pisito, la pasó sola y presa de gran intranquilidad. Juan, contra su costumbre, no había venido por la tarde ni en toda la noche...

El día sorprendió a la joven sentada en el sofá del gabinete, llena de angustia y con los ojos enrojecidos de llorar.

Pasó la mañana. Al mediodía sonó el timbre de la puerta.

Matilde se puso en pie de un salto y corrió desalada a abrir.

Se encontró con Antonio.

Sintió la joven un escalofrío.

—¿Y Juan? — exclamó —. ¿Le ha ocurrido algo?... ¿Una desgracia?... ¿Por qué viene usted?...

—Cálmese dijo Antonio —. No sucede nada grave... Deseo hablar con usted.

—Pase...

—Y Matilde condujo a Antonio al gabinete.

El joven, de una hojeada, comprendió la mala noche que había pasado la muchacha. El desorden de su peinado, su palidez, sus ojos llorosos...

La verdad es que él también estaba muy emocionado. Tampoco había dormido ni tuvo ganas de desayunar. Venía a ver a la joven sin un plan fijo, después de haber planeado muchos, y casi sin saber lo que decirle... Su misma turbación iba a desmentir ante Matilde las palabras tranquilizadoras que profiriera...

El instante difícil había llegado.

—Y bien — intimó ansiosamente Matilde —. Hable usted, Antonio... No me oculte nada; dígame la verdad... ¿Una desgracia?...

—No tranquilícese... Lo que ocurre es que Juan ha tenido que salir precipitadamente para su pueblo... Un telegrama urgentísimo de su familia...

El estado emocional de Antonio contradecía tanto sus palabras, que Matilde exclamó:

—¡Usted quiere engañarme! No es eso... Juan hubiera venido a decírmelo.

—No le dió tiempo...

—¡No mienta usted! Lo tuvo para ir a buscarle a usted y hablarle y ¡no lo tuvo para venir aquí!.. ¡Lo que pasa es que Juan me deja, que se ha ido al lado de sus padres, que me abandona! — gritó dejándose caer sobre el sofá —. Y usted viene a disculpar esa cobardía, esa infamia que él, a quien todo lo he sacrificado, comete conmigo... ¿No es cierto?...

El bueno de Antonio, que no tenía grandes dotes de diplomático, se quedó anonadado, sin saber qué contestar a aquellas frases tan sencillas, reveladoras de que la joven no se hacía ilusiones y de que se colocaba dentro de la realidad...

Además otro orden de ideas embargaba ahora el ánimo de Antonio.

Contemplaba a Matilde que, en su desaliño y abandono, estaba realmente bella y sugestiva... Una especie de envidia a la suerte que Juan había tenido al intimar con aquella joven se apoderó de él...

* * *

Han transcurrido seis meses.

Juan, en el pueblo, se casó con su prima Irene.

Haciendo el viaje de boda pasaron por la capital.

Una noche, estando los recien casados en un palco de un teatro, Juan vió, muy juntitos y amartelados en las butacas, a Matilde y Antonio.

Sonrió y dijo mentalmente:

—A mi amigo no le fué muy difícil cumplir, y con exceso, el encarguito que le dí...

EN POS DE TÍ

Soñador, de la tierra enamorado
de las encinas, que en el verde otero
vagas solo, y te juzgas olvidado
bajo el ramaje oscuro del sendero,

a do vayas, absorto en tu quimera,
a despertar lo que en tu pecho duerme,
en la playa, en el bosque, en la pradera
te seguiré cual sombra... y no has de verme.

No busques otros cielos, ni tu planta
de tu camino por temor apartes.
Tu voz doquiera en mis oídos canta,
y mis ojos te ven en todas partes.

Si me ves no me llames *importuna*,
ni temas que te siga o que te hable.
Será siempre, en mi vida sin fortuna,
sólo verte pasar, dicha inefable.

No *insensata* me llames. Sólo ansío
que sea, en mis recónditos dolores,
de tu alma un eco el pensamiento mío.
y que mi nombre para siempre ignores.

ALICE CLERIC.








SINTÉTICAS

PUPILOS SUELTOS

Hace pocos días se estrenó en la sala del Carnegie Hall, de Nueva York, el "Ballet Mechanique", obra musical del compositor futurista George Antheil. La orquesta hizo uso, entre otros, de los siguiente instrumentos: seis pianos comunes, un piano eléctrico, tambores de cobre, xilofones, pitos, matracas, campanillas eléctricas, máquinas de coser, motores, cajas de lata vacías, hélices de madera, etcétera; y, como era de esperar, el auditorio, después de salir de su "arrobamiento", tributó a los intérpretes un expresivo conjunto de sonoridades, tan armoniosas como las producidas por aquel excelente conglomerado artístico.

De hallarse más a la mano
Dicha orquesta, en realidad,
Un bien, doctor Scarano,
Haría al género humano
Pidiéndola en propiedad.

CONSECUENCIAS LÓGICAS

"Un grupo de sujetos, que se supone sean afiliados al partido "nacionalista alemán, agredieron e hirieron al señor Kantor, cón-"sul de Rusia acreditado en la ciudad de Koenigsberg".

El hecho es de lamentar,
Aunque no hay culpa mayor
Si el grupo quiso, al llevar
La agresión contra Kantor,
Tan sólo hacerlo "cantar".

CAMPEONATOMANÍA

La señorita Rosa Rooney, de Central Falls, (Rhode Islan), ha sido proclamada vencedora en el campeonato de tragar ostras, realizado en Estados Unidos. Durante una sesión de hora y media, dicha señorita, ingirió diez y ocho litros del mencionado molusco.

Admitimos que la campeona tiene excepcionales tragaderas, y hasta que posee una atrayente espiritualidad femenina; pero

Con el perdón de la bella,
Nos permitimos creer,
Que el campeón debe ser
Aquel que la trague a ella.

TRIUNFO FILARMÓNICO

Hace algunos meses se realizó en Noruega un plebiscito referente a la conveniencia de sostener la ley seca que regía en aquel país. El resultado de la votación arrojó una considerable mayoría de sufragios, que se pronunciaron abiertamente contra la mencionada disposición prohibitiva; y como consecuencia de ello, el Parlamento de Noruega acaba de abolir la ley de referencia, de acuerdo con la voluntad popular.

Es, pues, de felicitar a los buenos noruegos, ya que

Alcanzaron, tesoneros,
Un gran triunfo, en verdad,
Puesto que son los primeros
Que reivindican los fueros
De su "musicalidad".

IMITADORES

"La policía de Berlín ha descubierto una enorme falsificación "de estampillas de impuestos fiscales que, asciende a más de cua-"renta millones de marcos oro".

Frente a tan graves desmanes
Nuestra protesta lanzamos,
Y, seriamente, acusamos
De plagio a los alemanes.



LA PIPA DE GUERRA

Por Bertoldo Auerbach

Vamos a referir una historia puramente personal, pero que se encuentra íntimamente unida a la moderna historia del mundo, o a lo que es casi lo mismo, a la historia de Napoleón. ¡Qué tiempos aquellos! Cada campesino, desde el palco real que constituye su casa propia, podía ver pasar y moverse, ante sí, toda aquella gigantesca historia, donde reyes y emperadores marchaban unidos, ya apareciendo ya desapareciendo otra vez. Con frecuencia, aquel espectáculo costaba al afortunado campesino su casa, su granja y, no pocas veces, hasta la vida. Algo por el estilo ocurrió a mi vecino, Juan Jorge; pero para mayor claridad quiero contaros la historia desde el principio.

Corría el año de 1796, y difícil es que en esta época de tranquilidad en que vivimos los hijos de este país, insalubre y triste, nos podamos formar ideas de las tempestades de entonces. ¡Cómo nos hemos de figurar todas aquellas poblaciones en constante angustia, ni aquel hervidero de gentes en lucha incesante y continua con el solo fin de arrojar de aquí o de allí a este o al otro! La Selva Negra era entonces atravesada ya por los austriacos con sus casacas blancas, ya por los franceses de simpática figura, o por los rusos de lengua y poblada barba, y, mezclados con todos ellos, por los habitantes de la Baviera, del Wurtemberg o de Hesse. Desde la más remota antigüedad, la Selva Negra fué una puerta abierta para los franceses; sin duda por esto se le han echado ahora los cerrojos.

A cualquier hora, a través de ellas, se operaban marchas y retiradas, se daban cargas y se oían disparos de fusilería; en una palabra, era aquello una tempestad, pero tan continuada, que no se sabía a dónde volver la cabeza.

¡Cuántas veces, sin esperarlo, era arrancada de su sitio y arrebatada lejos de él! No muy distante de Baisingen, en medio de la llanura, se levantaba un montículo formado sólo con cadáveres de soldados frances y alemanes, tranquilamente echados allí los unos juntos a los otros.

Mi vecino Juan Jorge, a pesar de ser un joven de diez y nueve años, capaz de figurar en cualquier parte, había sido declarado exento del servicio militar, y vamos a decir la causa de esto, que, dadas aquellas circunstancias, puede parecer extraño. El día antes del señalado para la boda de Mauricio Wendell, que había escogido mujer en Empfingen, Juan Jorge, lo mismo que los demás compañeros suyos, cabalgaba detrás del coche que conducía a la desposada, y en el que también iban los muebles, el cofre azul, la rueca y la cuna, todo completamente nuevo. Juan Jorge, durante el camino, hacía disparos al aire, como un verdadero demonio, poniendo siempre doble carga en su pistola, y al llegar la comitiva a la marguera, dejando el estanque a la derecha y a la izquierda el tejar, desde donde acechaba Catalina, Juan Jorge disparó nuevamente, pero apenas sonó la detonación, cuando se dijo también, que el pobre joven pedía socorro. La pistola se le cayó de la mano y él a su vez hubiera caído del caballo, si su camarada Fidel no le hubiera sostenido. Al reventar el cañón del arma del que tanto había abusado, le había partido por la mitad el dedo índice de la mano derecha: lo bajaron del caballo y cada uno procurando dominar la propia emoción, acudió a prestarle auxilio. Catalina, más muerta que viva, salió también corriendo del tejar al ver que el dedo de Juan Jorge pendía sólo de un hilo sangriento formado por la epidermis; el joven sentía dolores tan vivos, que rechinaba los dientes con fuerza, en tanto que miraba fipjamente a Catalina; condujéronlo a casa del tejar; uno de sus amigos fué después precipitadamente a buscar al viejo Jockel de Schenbüss, que tenía grande habilidad para contener las hemorragias, mientras que otro corría a la ciudad para avisar a Erath, cirujano de gran reputación. Cuando el viejo Jockel llegó, todos se apartaron ante él, en doble hilera, y pasando por en medio se dirigió al herido, que se hallaba acostado sobre un banco cerca de la mesa. Sólo Catalina se atrevió a salir de la fila, exclamando: — ¡Por amor de Dios, Jockel, salvad a Juan Jorge! — Este abrió los ojos, volviendo la cabeza hacia el sitio donde escuchó la voz, y cuando Jockel llegó a cogerle la mano, refunfuñando algunas palabras, vió que efectivamente la sangre corría en abundancia. En aquella ocasión no manaba ciertamente a causa de su simpatía por Jockel, sino por la que secretamente existía entre Juan Jorge y Catalina, pues tan pronto como el herido hubo escuchado la voz de la joven, se agitó cual si toda la sangre se le agolpase al corazón, y he aquí por qué iba chorreando el dedo.

Erath, el cirujano, llegó y cortó el dedo al joven, que sufrió, como un héroe, tan dolorosa operación. Como desde el momento de su desgracia no le había abandonado la fiebre, le parecía que de contínuo había un ángel inclinado sobre él, refrescándole con su aliento, y no dudaba que este ángel fuera Catalina que le sacudía las moscas, y que, muchas veces, se hallaba demasiado cerca de su rostro; tal aproximación, lo mismo que el tacto de una mano querida y cariñosa, produce en nosotros un efecto mágico, y este efecto pudo muy bien tomar para nuestro Juan Jorge la forma de un sueño. Al mismo tiempo veía otra figura, de la que nada recordó al despertar, tan sorprendentes y ligeros son los sueños. Esta figura tenía en la boca un dedo cortado, en el cual fumaba tabaco como si fuera una verdadera pipa, del tal modo que claramente veía elevarse en el espacio nubes de azulado humo, torciéndose en espirales.

Catalina se inquietaba mucho viendo que Juan Jorge durante el sueño, abría y cerraba los labios continuamente. Al despertar... ¿a qué no adivinais que era lo primero que pedía?... Su pipa.

EL HOMBRE FELIZ

Cierto buen soberano
(No sé de qué país precisamente)
Se aburría de lo lindo, y era en vano
Que todos le llamaran a porfía
Sabio, excelso y augusto y prepotente.
¡Ni por esas! ¡No hay más que se aburría!
¿Cuál otro como el suyo igual destino?
¡Destino lamentable!
¡Cuán horrible su pena y sufrimiento!
Arcas de oro, alcázar opulento,
Dulce néctar por vino,
Y mesa confortable,
Rendidos cortesanos,
Adictos e indulgentes sobre todo
Con sus regios defectos soberanos;
Imitadores suyos de tal modo,
Que sus vicios copiaban y maneras;
Decidores de chistes, si no agudos;
Ocasión de sus risas placenteras,
Medio roto teniendo el espinazo
A puras reverencias y saludos...
Nada, pues, a su alteza distraía,
Lo cual era un bromazo:
Todo enojo no más le producía.
El augusto aburrido
No impresionaba la gentil belleza,
Ni el ingenio y la gracia encantadora
De la beldad de mérito subido,
Para todos sin duda encantadora.
No hallaban a su mal algún remedio;
Todo inútil: la misma su aspereza,
Su humor el mismo siempre; igual su tedio.
Convocóse a los sabios,
A célebres doctores
Cuya ciencia brotaba por sus labios.
Alópatas... de todos los sistemas,
Charlatanes ilustres, seguidores
Del magnetismo, en fin. Más tan supremas
Eminencias perdieron su trabajo,
Sus latines, su charla y desparpajo.
El mal iba en aumento...
¡Alarmante era el tal aburrimiento!
Entonces un anciano
De extendido renombre,
Llegó también a la alarmada reina,
Y le dijo: —De un hombre
Feliz, al Soberano,
Para su pronta curación precisa
Que no tarde en ponerse la camisa.
Cada cual presuroso
En busca fué de aquel medicamento,
Cuya virtud sin duda era completa
A tal padecimiento;
Del doctor anciano singular receta.
Dióse por fin con el mortal precioso
Que salvar al buen príncipe debía
De perder la razón, pues ya de luengo
Período sobre nada discurría.
El rey al ser por tan feliz tenido,
—¡Tu camisa, le dijo has de venderme!
—¡Mi camisa aquel hombre sorprendido
Contestóle. Difícil ha de serme.
¡Perdonadme, señor, yo no la tengo!

TOUVENEUX.

Juan Jorge tenía la pipa más hermosa que había en la población; pipa que, como importante objeto de nuestra historia, se hace indispensable describir antes de pasar adelante. Consistía en una cabeza tallada en parda madera de Ulm, cuyas marmóreas vetas formaban mil caprichosas figuras extrañas hasta un punto que no puede imaginarse: la tapa, que era de plata, tenía la forma de un casco guerrero, y se hallaba tan limpio y brillante que podía uno mirarse en él, con la ventaja que se veía uno doble desde la cabeza hasta los pies.

En la parte inferior iban adornos de plata terminando en forma de bota de la que pendía una doble cadena del mismo metal con un pasador, sujeta al tubo largo y graciosamente arqueado. ¿Verdad que la tal pipa era realmente bella y que Juan Jorge tenía razón en apreciarla, como los héroes de las pasadas edades estimaban sus escudos?

El primer pensamiento de dolor que asaltó a Juan Jorge, cuando tuvo conciencia de la pérdida de su dedo, fué el considerar lo difícil que en adelante le sería poder cargar bien su pipa, idea que hizo reir mucho a Catalina, quién le riñó también un poco, si bien por aquella vez consintió en preparársela; fué a buscar un ascua y se atrevió a aspirar por sí dos o tres bocanadas, aunque agitándose y haciendo unos gestos, que, claramente, dejaban comprender lo mucho que le disgustaba el tabaco. Por lo que a Juan Jorge se refiere, según decía, no recordaba haber fumado nunca una pipa tan sabrosa como aquella que Catalina había tenido en la boca.

Aunque esto ocurría durante los más fuertes calores del estío, la gravedad de la herida, fué causa de que no pudiera ser trasladado el chico a su casa, y hubiera de permanecer en el tejar; y aunque sus padres fueron allí a cuidarle, sabía además que no habían de ser cortos ni raros los momentos en que se viera solo con Catalina.

A la mañana siguiente, se celebraba la boda de Mauricio Wendel; cuando las campanas de la iglesia tocaron, anunciando el comienzo de la ceremonia, Juan Jorge principió a silvar en la cama, por lo bajo, la indispensable marcha nupcial, que en aquel momento sonaba en la calle. Terminada la misa, la música recorrió las principales calles de la población, deteniéndose ante las casas de las jóvenes más bellas o de las que tenían los pretendientes en la comitiva: los jóvenes de ambos sexos se unían a ella, creciendo de este modo por momentos. Detúvose también delante del tejar, y Fi del con su compañera, entró, como amigo de Juan Jorge, para convidar al baile a Catalina, en representación del joven: pero ésta se limitó a dar las gracias, y pretextando sus ocupaciones se quedó en la casa.

A Juan Jorge no pudo menos de agradarle extraordinariamente esta conducta y tan pronto como quedaron solos, le dijo:

—No te dé pena, Catalina: bien pronto se celebrará otra boda, y en ella bailaremos alegremente los dos.

—¿Una boda? — preguntó la joven un tanto turbada; — ¿y de quién... si se puede saber?

—Acércate aquí — respondió Juan Jorge sonriendo; y habiéndose aproximado Catalina, — atiende — le dijo, — es necesario que te lo confiese. Me he herido el dedo intencionalmente... para no caer soldado... ¿Comprendes ahora?

Catalina se alejó del lecho de súbito, sollozando y cubriéndose el rostro con el delantal.

—Veamos, ¿por qué gritar tanto? — pregunto Juan Jorge.—¿Qué hay de malo en esto? Yo creo que a tí debía parecerte muy bien, porque... en fin... tú tienes la culpa.

—¡Yo! ¡Jesús, María y José! ¡No, de ninguna manera! ¡yo no tengo la culpa de nada de eso! ¡Dios mío! ¡qué pecado tan grande has cometido, Juan Jorge! Piensa que muy bien hubieras podido matarte. ¡h, eres cruel! ¡No, no quiero casarme contigo, porque desde ahora me causas miedo!

Dicho esto, Catalina quiso escapar; pero Juan Jorge la retuvo con la mano izquierda. Catalina impacientada por esta contrariedad, volvió la espalda y guardó silencio, masticando la punta de su delantal, y Juan Jorge hubiera dado entonces lo de más valor par que le mirara siquiera una vez; pero todas las súplicas fueron en vano. Dejó, pues, que se fuera y aguardó un rato por si volvía; pero cuando vió que seguía seria, vuelta de espaldas, le dijo con voz trémula:

—¿Tendrás la bondad de ir a buscar a mi padre? Quiero volver a casa.

—¡No, eso es imposible! te daría un desmayo; así lo ha dicho Erath — respondió Catalina sin volverse.

—Pues bien, si no quieres ir a buscar a nadie, me iré solo — replicó Juan Jorge.

Entonces se volvió hacia él Catalina, con los ojos bañados en lágrimas, en los que manifiestamente se veían todas las súplicas y toda la energía de la más interesada inquietud. Juan Jorge cogióle a su amiga la mano, que le ardía, y después contempló largo rato el rostro de la jóven. Esta no era lo que con propiedad puede llamarse una belleza: robusta y bien formada, casi redonda la cara y la cabeza, la frente abultada, formando un semicírculo, los ojos hundidos en sus órbitas, la nariz pequeña, un tono de voz burlón e irónico, las mejillas redondas, en fin, una criatura fresca y simpática. A Juan Jorge, por otra parte, le parecían más bellas las mujeres de buen color.

Así permanecieron sin cambiar una palabra: por último, rompió el silencio Catalina, diciendo:

—¿Quiéres que te cargue la pipa?

—Sí — respondió Juan Jorge y la soltó.

El ofrecimiento de Catalina era el mejor medio de reconciliación entre ambos, y tanto es así que no volvieron a decirse una palabra de lo que había sido causa de su disputa.

Por la noche, fueron nuevamente a casa de Catalina una porción de jóvenes de ambos sexos, con los rostros encendidos y los ojos brillantes, para invitarla otra vez al baile; pero ella se negó también esta vez como la primera. Esto producía en Juan Jorge un contento, que tenía muy buen cuidado de disimular, reservándose el placer de rogar por sí a Catalina, instándola para que aceptara la invitación. A sus primeras palabras la joven se decidió, y, contenta y alborozada, ausentóse, volviendo al poco rato en traje de baile.

Un inconveniente no previsto surgió entonces. A pesar de los buenos sentimientos de todas aquellas gentes, ninguno quería dejar el baile y quedarse al cuidado de Juan Jorge; pero, cuando estaban ocupados en esta cuestión, llegó muy oportunamente el viejo Jockel, quién, por un cuartillo de vino, que fueron a comprarle a la taberna próxima, se ofreció a permanecer allí toda la noche, si necesario fuera.

Juan Jorge había pedido a Erath que pusiera su dedo dentro de un frasco lleno de alcohol, pensando hacer con ello un regalo a Catalina; pero a pesar de toda su serenidad, la joven tuvo miedo como de un aparecido y no se atrevió ni aún a tocar el fresco. Por esto, tan pronto como Juan Jorge pudo abandonar la habitación, fueron juntos al jardín a enterrar el dedo. Juan Jorge, en tanto que Catalina rellenaba el hoyo, miraba pensativo sin que su preocupación fuera hija del crimen que había cometido con respecto a la patria. Lo que a él le ponía meditabundo era la idea de que allí quedaba enterrado un miembro que Dios le había dado lleno de vida, y que había de llegar un día en que tendría que dar cuenta de él. Por decirlo, así, asistía vivo a su propio entierro, lo cual le sugirió la firme resolución de emplear en adelante todas sus fuerzas en cumplir extrictamente su deber y satisfacer a su conciencia. En medio de los tétricos pensamientos que entonces le asaltaban, levantó al fin los ojos en los que se traslucía indecible mezcla de dolor y satisfacción al hallarse en completa salud y tan cerca de la mujer amada. Cuando todas estas consideraciones fueron haciéndose lugar en su alma poco a poco, dijo a Catalina:

—Comprendo cuán culpable soy en lo que hice; quiero ir a confesarme; es necesario que me quite este peso enorme de encima del corazón, y estoy dispuesto a cumplir la penitencia que me impongan.

Catalina se arrojó a su cuello abrazándole estrechamente, de modo que recibió anticipadamente la más preciada absolución.

Al domingo siguiente, Juan Jorge fué en efecto a confesar, sin

ENEMIGOS DEL ALMA

Las gentes os absuelven de vuestra idiotez; lo que no os perdonan es la inmoralidad. ¡Ah la ética! Los sabios tienen públicos limitados. Los moralistas llegan a todas partes. Y en tanto la ciencia consiste en llegar las cosas al espíritu, la ética consiste en traer el espíritu a las cosas. Es la manera directa de hacer práctico el espíritu y traerlo sobre la tierra. Pero, ¡qué difícil labor! Nos enseñan que el estómago y la vanidad son los dos grandes enemigos de la moral. Cuanto al demonio, ¡pobre demonio!, no es el peor de los adversarios del alma. Ni siquiera es el mejor. Es el barrendero que ideó la Humanidad para limpiar sus inmundicias. Gracias a ese desventurado editor responsable, los hombres pueden permitirse el lujo de pecar y lavarse las manos después con agua de penitencia. En realidad, yo diría que nuestro mayor enemigo es el alma misma. Ella, que nos pide cuenta de un solo momento de abandono, de todas las concesiones que hacemos a diario al mundo y a la carne.

"Ese hombre no fué, no pudo ser responsable; la necesidad le apremiaba", decís en tono de excusa, y el alma permanece inflexible... "Tenía hijos añadís; — no podía dejarles perecer en la miseria..." Ella continúa con el mismo gesto de severidad. "Había de realizar una misión sobre la tierra — decía aún, — y precisaba rodearse de prestigio; hizo concesiones para que se las hicieran." Y el alma continúa glacial.

"Pero, en cambio — exclamáis con lágrimas en los ojos y dolor en la voz, — ese hombre pereció de un hartazgo de dignidad." Y, al fin, el alma sonríe... Ved ahí la ofrenda que ella os exige, como la más terrible y celosa mujer: vuestra sangre, toda vuestra sangre, hasta la última gota, purificada por el sacrificio. No hay, pues, enemigo del alma; ella es nuestro mayor enemigo, justamente porque es nuestra mejor amiga.

La ética no es para nosotros; somos nosotros para la ética.

V. García Martí.

que jamás se haya sabido qué penitencia le impusieron.

Bien puede suponerse que el hombre siente alguna atracción secreta por el lugar donde reposa una parte de su ser. Del modo que la patria se nos hace doblemente santa, cuando pensamos que en ella reposan los huesos de los seres queridos; y la tierra entera parece más digna de amor cuando consideramos que las cenizas de nuestros amigos y de nuestros semejantes están mezcladas a su polvo, así un hombre de cuyo cuerpo indivisible se ha convertida ya una parte en tierra, debe sentirse atraído por ese poder infinito de la santidad del suelo y volverse frecuentemente hacia el sitio donde está ya enterrado en parte.

Luego que esta idea, aunque vaga, se hizo luz en el ánimo de nuestro Juan Jorge, tomó una resolución, pues fácil es comprender que no era capaz de titubear. Todos los días iba a la casa del tejero atraído, no se crea por la muerte, sino por la vida, esto es, por el amor que profesaba a Catalina. Con todo, muchas veces volvía muy triste, porque le parecía que Catalina manifestaba un gusto especial en martirizarle y en quererle dominar, siendo lo principal que a cada paso le exigía que abandonara la pipa. Cuántas veces la joven percibía el olor del tabaco, se negaba a abrazarle, por lo que antes de ir a la casa de su amada, lo primero que tenía que hacer era esconder cuidadosamente la pipa. En la habitación del tejero parecía reglamentariamente prohibido el fumar, y esta era una poderosa razón para que, a pesar del placer que hallaba en estar allí, sus visitas fueran muy cortas. Catalina tenía sobrada razón en tratarlo así; pero Juan Jorge se irritaba hasta el último extremo con tales exigencias, y cada vez sentía con mayor fuerza aquella pasión y encontraba que es altamente indigno que un hombre sufra prescripciones, aunque éstas emanen de una mujer. Las mujeres han sido creadas para obedecer, se decía; y es el hecho que todo hubiera sido imposible para hacerle perder su costumbre.

En una ocasión lo había ensayado por espacio de dos días; pero la verdad es que ni un momento dejó de creer que estaba en ayunas, o que le faltaba alguna cosa, por lo que volvió, en fin, a su pipa, de la que oprimió el tubo entre sus dientes con verdadera embriaguez, cuando la encontró en tanto que hacía uso de los avíos de encender.

—¡Que el demonio se lleve a Catalina y con ella a todas las mujeres, antes que yo renuncie a mi pipa!

Al hablar así, Juan Jorge, distraído, se dió un fuerte golpe en los dedos con el eslabón.

—¡Bueno! — continuó, sacudiendo con fuerza la mano lastimada; — he aquí el castigo de lo que acabo de decir; bien que, después de todo... ¡si no hay tal cosa!

Por último llegó el otoño. Juan Jorge fué reconocido y declarado inútil para el servicio militar. Algunos otros jóvenes habían querido imitarle en su estratagema para conseguir el mismo resultado, quebrándose, por ejemplo, los dientes incisivos, sin los cuales era del todo imposible morder el cartucho; pero la comisión militar encargada de los reconocimientos, vió, tan sólo en ello, una mutilación voluntaria, mientras que en la de Juan Jorge, por lo más peligrosa que era, reconoció una desgracia casual. Los demás fueron incorporados a las compañías de artillería en las que no hay necesidad de dientes para hacer fuego sobre el enemigo; con la quijada maltrecha debieron comer el insípido rancho ordinario de la escuadra, esperando la hora de ir a morder el polvo, para lo cual tampoco es necesario tener diente alguno.



LA AMIGA. — (A la estrella de film). Son muy interesantes los artículos de moda que está usted publicando con su firma...
LA ESTRELLA. — Lo mismo me han dicho varias personas... No voy a tener más remedio que leerlos.

El general francés Moreau, operó su famosa retirada por la Selva Negra, en los primeros días del mes de octubre, y un destacamento de su división tuvo que pasar por Nordstetten. Esto, que se sabía desde muchos días antes, había producido en toda la aldea tal miedo y ansiedad, que no se sabía qué hacer, ni que partido tomar. En todas las cuevas se abrían grandes hoyos, y en ellos ocultaban todo el dinero y alhajas que tenían, y con objeto de esconderlos también, las jóvenes se quitaron las sortijas y los collares, de los que pendían medallones en forma de corazón. Todos andaban de acá para allá, sin hacer ostentación de nada, como si se estuviera en un duelo. Los rebaños, para mejor garantía, fueron conducidos a una caverna casi inexpugnable del valle de Egelsthal. Cuando oían hablar de la aproximación del enemigo, las jóvenes y los jóvenes se miraban con inquietud, y aun algunos de éstos llevaban maquinalmente la mano al mango de sus puñales, que asomaban por sus bolsillos.

Los más contristados de todos eran los judíos. Aunque a un campesino se lo quieran quitar todo, siempre le quedarán sus campos y sus carretas, que se burlan de los ladrones, en tanto que los judíos tenían toda su fortuna en bienes muebles, sea en dinero, sea en mercancías, por lo que perderían dos veces y aun tres más que los demás. El jefe de ellos, hombre listo y astuto, recurrió a un medio de los más oportunos. Hizo colocar a la puerta de su casa un gran tonel lleno de vino bien cargado de alcohol, y sobre una mesa puso varias botellas para obsequiar a los huéspedes que venían, sin haber recibido invitación alguna. Su astucia surtió efecto; bien es verdad, que mucho influyó en ello el que los franceses tenían gran prisa en alejarse de aquel sitio.

El día designado para el paso del destacamento, llegó al fin, y salieron mejor librados de lo que pudo esperarse. Aquel día toda la gente, dividida en grupos, se estacionó en distintos puntos de la aldea, y sin decir palabra permanecieron viendo el desfile: éste comenzó por una sección de caballería a la que siguió un cuerpo considerable de infantería. Juan Jorge, con sus camaradas Fidel y Javier, se habían ido al tejar, con objeto de encontrarse cerca de Catalina en el caso de que pudiera ocurrirle algo desagradable. Permaneció, pues, delante de la casa con sus compañeros, apoyado en la empalizada del jardín, fumando tranquilamente su pipa. Catalina asomó la cabeza por la ventana, y dijo:

—Juan Jorge, si quisieras dejar de fumar, te invitaría a subir con tus amigos.

—Nos encontramos perfectamente aquí — respondió Juan Jorge, aspirando una tras otra tres bocanadas y apretando con placer su pipa.

Llegó la caballería; aquello era una confusión general; apenas si podía creerse que todos aquellos hombres pertenecieran a una misma división; cada uno pensaba sólo en sí, a pesar de que, como claramente se veía, todos iban juntos. Algunos sonreían maliciosamente a Catalina, que seguía asomada a la ventana, contentándose con ver lo que pasaba a través de los vidrios. Después de la infantería llegaron los bagajes, y por último los furgones con los heridos. ¡Espectáculo lamentable!

La cobardía y el miedo

La cobardía es una languidez o frialdad que impide al alma poner en ejecución lo que haría si se encontrase exenta de tal pasión; y el miedo o espanto, consiste, no sólo en la frialdad, sino también en una turbación o estupefacción de espíritu que le quita el poder de resistir los males que cree próximos. Ahora bien, aunque no logre yo convencerme de que la naturaleza haya dado a los hombres pasión alguna que siempre sea mala no tenga algún uso bueno y digno, encuentro, sin embargo, una dificultad en adivinar para que puedan servir estas dos.

Me parece que la cobardía únicamente es de alguna utilidad en cuanto nos libra de ciertos sufrimientos, que tal vez nos veríamos movidos a sobrellevar por razones plausibles, si otras razones más ciertas, que nos hacen considerar a las primeras como poco atendibles, no hubiesen excitado aquella pasión; y en que, además de librar de tales sufrimientos a nuestro espíritu, es útil también para el cuerpo, en cuanto retardando la acción de los impulsos, impide que se desperdicien las fuerzas. Pero ordinariamente es muy perjudicial, porque desvía a la voluntad de los actos útiles, y puesto que nace en quien no tiene esperanza o deseo, basta fomentar estas dos últimas pasiones para corregir la cobardía.

En cuanto al miedo o al espanto, no veo que jamás puedan ser loables o útiles, no siendo además pasiones especiales, sino tan sólo un exceso de cobardía, de asombro o de temor siempre vicioso. Del mismo modo que el atrevimiento es un exceso de valor que siempre es bueno, mientras lo sea el fin propuesto; y como la principal causa del miedo es la sorpresa, no hay medio mejor para intentar librarse de aquél, que considerar previamente las cosas y prepararse para todas las eventualidades, cuyo temor es causa de la referida sorpresa.

RENATO DESCARTES.

Uno de los heridos dejó ver una mano en la que sólo tenía cuatro dedos; Juan Jorge tembló de los pies a la cabeza; le parecía verse allí en el lugar de aquel desgraciado.

El herido llevaba por todo abrigo un pañuelo roto, anudado alrededor de la cabeza; viólo Juan Jorge y al punto saltó a la empalizada, y cogiendo la capa con pieles que allía había puesto, se la echó al pobre soldado, dándole, también, todo el dinero que tenía y la bolsa de cuero en que iba.

El herido hizo algunos gestos con la boca, queriendo indicar con ellos lo mucho que le agradaría poder fumar; miraba a Juan Jorge con aire contristado y suplicante, y varias veces le indicó la pipa que llevaba en la boca; pero el joven se retiró, haciendo con la cabeza señales negativas.

Catalina bajó también trayendo pan y algunas camisas, que colocó en el convoy de los heridos. Aquellos hombres enfermos manifestaban gran placer en ver a la joven y hasta la saludaban militarmente chapurreando entre ellos; después, al alejarse, le hacían con la mano amistosas señales de despedida. Nadie se preocupaba entonces, si aquéllos eran amigos o enemigos; sólo veían hombres desgraciados y en huída, a los que cada uno debía prestar el auxilio que pudiera.

La retaguardia estaba formada por un fuerte destacamento de caballería. Catalina volvía de nuevo a su ventana y Juan Jorge al sitio desde el que había visto el desfile, cuando repentinamente Fidel comenzó a gritar: "¡Ahí vienen los merodeadores!"

Con efecto, vieron aproximarse algunos andrajosos cubiertos con malas prendas de uniforme; antes de llegar al sitio donde Juan Jorge se encontraba, reuniéronse y conversaron un momento, al cabo del cual uno de ellos rompió en una alegre carcajada; puestos de nuevo en marcha, aunque al paso, el que se había reído seguía casi rozando la empalizada. Cuando llegó muy próximo al sitio donde nuestro joven estaba, extendió la mano, y tirando con fuerza le arrancó la pipa de la boca; picó luego a su caballo con ambas espuelas, y huyó al galope.

Dueño de la pipa, cuando se vió a cierta distancia, el merodeador comenzó a fumarla con un aire singular de burla y fanfarronería.

El primer movimiento de Juan Jorge fué llevarse la mano a la boca, pues le parecía que acababan de arrancarle todos los dientes de las encías, y entre tanto Catalina, muerta de risa, le gritaba:

—¡Anda, anda ahora a buscar tu pipa!

—¡Vaya si iré! — respondió Juan Jorge, arrancando al propio tiempo una de las barras de la empalizada. — Venid conmigo, Fidel y Javier, montaremos a caballo para alcanzarlos, y aunque tengamos que morir allí, ese canalla no se quedará con mi pipa.

Los dos amigos fueron, efectivamente, a toda prisa, al pesebre, a buscar sus caballos, en tanto que, muy asustada, llamando a grandes voces a Juan Jorge, desde el corredor, corría Catalina hacia él; éste acudió al fin renegando, muy irritado por las burlas anteriores. Catalina le cogió temblorosa de la mano, diciéndole:

—¡Por amor de Dios, Juan Jorge, olvida tu pipa... en cambio, yo te prometo hacer cuanto me pidas; pero concédeme esto al menos! ¿Quieres ir a que te maten por una cosa que vale tan poco? ¡Yo te lo ruego! ¡Te lo suplico! ¡No vayas; quédate aquí...!

¡No! ¡Con mil demonios; me es todo igual aunque me parta una bala la frente! ¡A qué he de estar aquí más tiempo! ¡Tú no haces más que burlarte de mí!

—¡No! ¡No! ¡Eso no es cierto! — exclamó Catalina, saltándole al cuello. — No quiero dejarte ir; has de quedarte.

Juan Jorge comenzaba a conmoverse; no obstante, le preguntó con bastante dureza:

—¿Quieres ser mi esposa?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo quiero... sí!

A estas palabras siguió un abrazo indefinible, después del cual Juan Jorge exclamó:

—¡En todo lo que me quede de vida, no vuelvo a tocar una pipa! Si es mentira lo que digo, que el demonio...

—¡No! ¡No jures! ¡Yo te lo pido! Es menester que sin eso guardes y cumplas tu promesa; esto es mejor. Ahora te quedas aquí, ¿verdad? Deja que tu pipa se la lleve el francés o el demonio.

En este momento llegaron a caballo los camaradas armados de horquillas, gritando:

—¡Vamos, valiente! ¡Juan Jorge, vamos allá!

—Ya no quiero ir — dijo Juan Jorge, teniendo a Catalina del brazo.

—Entonces, ¿qué nos das si te traemos tu pipa? — preguntó Fidel.

—Es para vosotros .

En el momento, como arrebatados por una tempestad, partieron por el camino de Empfingen, en tanto que Juan Jorge y Catalina los veían marchar. Los merodeadores se encontraban ya mucho más allá de la marguera del tejar; pero al verse perseguidos cambiaron de frente y sacaron los sables; uno de ellos se disponía a disparar su pistola, visto lo cual por Fidel y por Javier, volvieron también grupas, y llegaron a la aldea mucho antes de que tuvieran tiempo de verlos correr. Desde aquel día, Juan Jorge no volvió a fumar una pipa, y un mes después se publicaron los dichos con Catalina.

Un día que Juan Jorge se dirigía al tejar, llegó hasta detrás de la casa sin que lo advirtiera nadie, y oyó que Catalina hablaba con alguien en el interior, al que preguntaba:

—¿De modo que tú la conoces bien?

—¡Que si la conozco! — respondió el interlocutor, en cuya voz reconoció Juan Jorge a Mayer, un quincallero judío, de pelo rojo. —Lo he visto muchas veces con ella, cuando la amaba tanto como ahora te ama a ti, y creo que si hubiera sido posible, hasta se habría casado con ella.

—Está bien — dijo Catalina; — ya tengo grandes deseos por ver los ojos que va a abrir el día de su boda, cuando se la presente. ¿Puedo fiarme de ti, verdad?

—¡Ojalá estuviera yo tan segu-

LA CAJETILLA DE CIGARROS

Por Ricardo Palma

Aquella mañana, la del 7 de Junio de 1880, habían corrido raudales de sangre peruana en el legendario Morro de Arica. Francisco Bolognesi, el inmortal soldado, había sucumbido, cayendo en torno suyo 900 bravos de los 1600 que formaban su cuerpo de ejército.

Se había batallado "hasta quemar el último cartucho", y 6.500 soldados chilenos se adueñaron del Morro, sin más pérdida para ellos que la de 144 muertos y 337 heridos.

La lucha fué en la proporción de uno contra cuatro. La victoria no correspondió al esfuerzo heróico, sino al número inflexiblemente abrumador.

En momentos de pronunciarse el desastre, un joven capitán peruano, a quien acompañaban cuatro soldados, golpeó con la culata de su rifle el fulminante de una mina, produciéndose la explosión que mató a tres de los enemigos, dejando heridos y contusos a muchos más.

Disipada la espesa nube de polvo y humo, se encontraron al capitán García y sus cuatro valientes rodeados por un grupo de treinta chilenos, al mando del teniente Luján. Toda resistencia era imposible, y los cinco peruanos fueron hechos prisioneros.

En esos momentos se presentó un coronel quien, informado por Luján del estrago producido por la mina, dijo lacónicamente: Baje usted con esos hombres a la falda del Morro y fusílelos.

Y vencedores y vencidos emprendieron con lentitud el descenso de más de trescientos metros que los separaban de la llanura.

Habrían caminado ya una cuadra cuando el capitán García se detuvo, y sin fanfarronería, con entera serenidad de espíritu, le preguntó al oficial chileno, que tenía aspecto de buen muchacho:

—¿Me permite usted, teniente, encender un cigarrillo?

—No hay inconveniente, capitán. Fume usted cuantos quiera hasta llegar a la falda.

García sacó del bolsillo de su "talismán" nombre con que se bautizó, por entonces, a la levita de los oficiales, una cajetilla de cigarros de papel.

—¿Fuma usted, teniente?

—Sí, capitán, y gracias — contestó el chileno aceptando el cigarrillo.

—Así como así — continuó García — siendo éste el último que he de fumar, hago a usted mi heredero de los doce o quince que aún quedan en la cajetilla, y fúmeselos en mi nombre.

Luján se sintió conmovido y aceptando el regalo contestó:

—Muchas gracias. Es usted todo un valiente, y créame que me duele en el alma tener que cumplimentar el mandato de mi jefe.

Y sin más prosiguieron el descenso.

Faltábales poco menos de cincuenta metros para llegar a la siniestra falda cuando, a una cuadra de altura, resonaron gritos dados por otro oficial chileno: ¡Eh! ¡Luján! ¡Teniente Luján! ¡Párese, hombre! ¡Espéreme!

Luján mandó hacer alto a su tropa, y retrocedió para salir al encuentro del voceador.

¿Qué había sucedido? Que el coronel, calmada la primera impresión, reflexionó que su orden de fusilar prisioneros encarnaba mucho de injusticia y de ferocidad salvaje. Llamó a uno de sus subalternos y le mandó que corriese a detener a Luján.

—Dice el coronel — fueron las palabras del emisario, al aproximársele su compañero—, que no fusiles a estos "cholos" y que los lleves al depósito de prisioneros.

—Me alegro — contestó Luján —, porque el capitancito me ha sido simpático, como que me ha hecho nada menos que su heredero.

Unido el teniente a los cautivos y su tropa, dijo:

—Le traigo a usted una buena noticia, capitán. Va usted, con sus cuatro hombres, al depósito de prisioneros. Ya no lo fusilo.

—Entonces, mi amigo — contestó el imperturbable capitán García —, se quedó usted sin herencia. Devuélvame mi cajetilla de cigarros.

ro de poderme ganar cien mil florines!

—Bueno pero es menester que Juan Jorge no sepa ni una palabra de esto.

—Seré mudo como un pez — respondió el rojo Mayer, yéndose.

Juan Jorge entró con algún temor en casa de Catalina, sin atreverse a declarar que había escuchado la conversación; pero cuando se encontraron familiarmente sentados el uno junto al otro, no pudo menos de decirle:

—Oye, es necesario que te lo diga, no vayas a creer nada de lo que te cuenten, porque es completamente falso. Alguna vez se ha murmurado de mí; ya lo sé; se decía que tenía relaciones con la criada de la taberna del "Aguila", que está ahora sirviendo en Rotweil; pero, créeme, todo eso es falso, pues entonces, todavía estaba yo aprendiendo la doctrina cristiana; aquello fué puramente una niñada.

Catalina fingió que daba a esta declaración grandísima importancia, y Juan Jorge tuvo mucho que hacer para justificarse. Por la noche hizo cuanto pudo a fin de que el judío le dijera de qué habían hablado; pero éste, fiel a su promesa, permaneció mudo como un pez.

A más de otros castigos, Juan Jorge tuvo que sufrir, por decirlo así, los azotes. El domingo, antes de la celebración de la boda, él y su camarada Fidel, según antigua costumbre, tuvieron que recorrer la aldea entera, llevando una cinta roja al brazo y un lazo del mismo color en el sombrero, y entrar de casa en casa repitiendo el novio en cada una de ellas:

—Estáis invitado, con la mejor voluntad, para mi boda, que se celebrará el martes en el "Aguila". Haremos todo lo que podamos por merecer el honor de que vayáis, no lo olvidéis.

En cada casa, la dueña de ella, abría el cajón de la mesa; y sacando el pan de la familia y el cuchillo y entregándoselos, decía: "Cortad de este pan"; y el desposado no tenía otro remedio sino cortar un pedazo y guardarlo en el bolsillo. Juan Jorge, por más cuidado que ponía, cortaba el pan muy mal, con los cuatro dedos que le quedaban, y no podía menos de disgustarle oír que a cada momento le decían:

—Juan Jorge, tú no debías casarte, pues con tu dedo de menos, cortas muy mal el pan.

Catalina aspiró una bocanada, ha-

Sólo cuando hubo terminado aquel paseo, pudo Juan Jorge respirar con libertad.

El mayor regocijo y alegría contribuyeron a que la boda fuera de las más notables; lo único que faltó fueron los disparos de pistola, pues, desde la desgracia, o mejor dicho, desde la voluntaria casualidad de Juan Jorge, habían quedado totalmente prohibidos. Terminada felizmente la comida nupcial, Catalina entró en la cocina, volviendo a poco con la famosa pipa en la boca. Hubiera sido difícil decir si era aquélla la antigua o una exactamente igual. ciendo, como siempre, su gesto de disgusto, y la presentó después a Juan Jorge, diciéndole:

—Aquí está, tómala; te has portado perfectamente y sabes cumplir lo que prometes; por lo que a mí toca, puedes fumar cuanto quieras; nunca te diré nada.

Juan Jorge, que se había puesto rojo como un ascua, se negó, diciendo:

—No; lo que he dicho una vez, dicho está. En todo lo que me queda de vida, vuelvo a tocar una pipa. — Después, levantándose, añadió:

—Mira, Catalina, aunque acabas de fumar, ¿quieres abrazarme?

Cayó el uno en los brazos del otro y se estrecharon tiernamente. Entonces fué cuando Juan Jorge declaró que había escuchado la conversación de Catalina con Mayer el Rojo, confesando que creía se hablaba de la sirvienta del "Aguila".

Nadie dejó de reirse de la equivocación.

La pipa, como imperecedero recuerdo, fué colgada del techo de la cama nupcial de los jóvenes esposos, y Juan Jorge la enseña aún con frecuencia, como ejemplo de que, con una firme resolución y la ayuda del amor, puede uno deshacerse de cualquier costumbre, por arraigada que esté.

Dos palabras nos ban a bastar dara decir lo ocurrido mucho tiempo después.

Juan Jorge y Catalina son ya abuelos y se encuentran felices en medio de su familia, fuertes y vigorosos, a pesar de los años. La pipa se conserva allí, como preciado recuerdo de familia, para los cinco hijos que tienen, y ninguno de ellos, ni sus hijos, se han acostumbrado a fumar, hasta el presente.

A ELLA

Sólo mirarte en mi ansiedad espero,
sólo mirarte en mi ansiedad aspiro,
y más me muero cuanto más te miro,
y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero,
lloro su raudo, turbulento giro,
y más te quiero cuanto más suspiro,
y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja a tu cuello encadenar mi brazo,
y al blando son con que nos brinda el remo,
la mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo al viento ni a las ondas temo,
que más me quemo cuanto más te abrazo,
y más te abrazo cuanto más me quemo.

SALVADOR RUEDA.

La nostalgía de Barbaroche

Por J. H. Rosny

Una mañana de septiembre, Juan Claveroy, que daba su paseo habitual por el bosque de Tournes, vió a un pobre diablo que hacía resistencia a una pareja de gendarmes. Era, sin embargo, una resistencia cortés, pues sólo trataba de librarse de las garras de los gendarmes, que lo tenían cogido con fuerza. El hombre se lamentaba.

—Es la tercera vez este año, Yo quiero ir a la cárcel, señores gendarmes; pero no me voy a pasar allí toda la vida. Eso no es justo.

—Justo o no, el caso es que no tienes ni documentos ni un céntimo. ¿Eres o no un vagabundo? ¿Dónde has pasado la noche?

—No digo que sí ni digo que no. Y en cuanto a la noche, donde la he pasado no he hecho daño a nadie, como no lo he hecho en mi vida.

—¿Y de qué vives? ¿De tus rentas?

—Hay buenas gentes, señor gendarme...

—Es decir, que mendigas. ¿No es eso?

El desdichado miraba al gendarme de un modo que inspiraba lástima. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el aire de un buen hombre.

—Déjenme ustedes — dijo — no me detengan ya. Acabo de salir. No está mal que me pasee un poco.

Juan, apiadado, se aproximó al grupo, y dijo:

—Déjenle ustedes.

Los gendarmes lo conocían desde hacía tiempo, y sólo pedían un pretexto para soltar al viejo.

—¡Si llevase al menos algún dinero! — dijo uno de los gendarmes.

Juan alargó al vagabundo un billete de cinco francos, y volviéndose a los gendarmes les dijo sonriendo:

—¡Ya ven que lo lleva!

—Bueno; por esta vez puede irse. ¡Pero cuidado con que volvamos a verte por aquí!

Cuando los gendarmes se hubieron alejado el vagabundo se volvió a Juan, lleno de gratitud.

—¡Buen caballero; si hay Dios, ya se lo pagará!

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer? — le preguntó Juan, que iba experimentando una viva simpatía hacia aquel desgraciado —. ¿No le gusta a usted andar? Venga usted a mi casa. Allí hay muchos recados que hacer. Vigilar la propiedad...

El hombre dió de nuevo las gracias conmovido, y siguió a su salvador. Ya en la casa se le sirvió un buen tazón de café con leche y se le vistió decentemente.

Tenía un carácter excelente, y con tal que no le dedicasen a una labor asidua, prestaba multitud de pequeños servicios. Nadie como él para colocar cepos; vigilaba la casa con la fidelidad de un perro; conocía como nadie las setas venenosas y las plantas medicinales; cuidaba de los animales enfermos, componía los muebles con una destreza singular... Pero era necesario dejarle en libertad. No podían encomendársele cosas que tuvieran que estar hechas a una hora determinada.

Juan había comprendido muy bien esta naturaleza y repetía frecuentemente:

—Es un hombre prehistórico. El tiempo no existe para él. Hay que dejarle hacer lo que quiera. Con todo eso, es uno de mis servidores más útiles.

Barbaroche, por su parte, parecía muy feliz. Cantaba reía, engordaba. Su cara de muerto de hambre se había transformado en un rostro de hombre bien alimentado.

Cuando hablaba de su amo decía:

—Hay gente buena; pero el mejor de todos es el señor Clavercy.

Pasaron diez meses, y un día Barbaroche no pareció. Al principio su ausencia no llamó la atención. Estaban acostumbrados a no verle durante un día entero. Pero como ni al día siguiente ni en los sucesivos se tuviera la menor noticia de él, Juan empezó a preocuparse.

—¿Lo habrán cogido los gendarmes otra vez? ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

Pasaron varios días. Juan había renunciado a saber de su vagabundo, cuando una mañana se presentó humilde, sucio, andrajoso. Inspiraba piedad.

—¿Ya estás aquí? — le preguntó Juan —. ¿De qué caverna sales?

—Perdón, señor. Reconozco que he obrado mal; pero ha sido más fuerte que yo.

—¿Has sentido la nostalgia de tu vida de vagabundo?

—No, señor. Usted me deja que vaya donde yo quiera; pero, ¡qué quiere usted! uno ha adquirido sus costumbres y no es posible desterrarlas al cabo de veinticinco años. Usted me daba la libertad; pero yo echaba de menos el aire de la cárcel..., y he ido a que me encerraran unos días.

ENTRE BATURROS

Por Víctor Gabirondo

El Calzorrillas quería encontrar al Zoquete, necesitaba encontrarlo. Le había inferido una ofensa que un hombre de su temple no perdonaba nunca. Y, decidido a cobrársela con creces, se echó a la calle, como en los días anteriores — desde que pudo moverse — con la escopeta bien cargada.

Se le había metido entre ceja y ceja colocarle aquel tiro, y él era de Ricla. Claro que el Zoquete también era de Ricla, y como no parecía muy dispuesto a dejarse agujerear la piel, el empeño se hacía un poco difícil. Pero él no cejaba. Había de encontrarlo, necesaria, imprescindiblemente, y entonces...

Habían sido amigos íntimos, compañeros de trabajo desde que tuvieron uso de razón, y de rondas desde que fueron mozos. Juntos se les vió siempre: en el campo, los días laborables; en la plaza, los festivos, y en las calles, llenas de coplas y de sonar de guitarras, todas las noches.

Y para que la amistad fuera más completa, pusieron los amores en la misma casa. El Zoquete se enamoró de Casimira, hija de una viuda joven, y el Calzorrillas terminó casándose con la que había de ser suegra de su amigo.

Su amistad, pues, entró en un grado de parentesco que debiera de hacerle más firme, más estrecha. Y así ocurrió, verdaderamente, hasta que un motivo baladí abrió entre ellos un abismo.

Una noche que el Zoquete rondaba a su novia—noche memorable, porque era del día de su santo—, al Calzorrillas le supo mal que interrumpieran su sueño, y furioso, sin tener en cuenta que se trataba de un amigo de toda la vida, le disparó desde la ventana el busto de hierro de un San Roque que encontró a mano.

Fué fortuna que no le destrozara la cabeza; pero le rompió la guitarra, cosa que para el Zoquete era mucho más grave, tanto, que al día siguiente, domingo, decidió pedirle una explicación.

Pero el Calzorrillas, en vez de darle una explicación, le dió con un palo, con el palo precisamente que el Zoquete le había regalado el día de su boda. Esto ya era intolerable, y, sin tener en cuenta la antigua amistad ni su condición de padrasto de su novia, le disparó con toda su alma un guijarro que fué a darle en las nalgas.

El golpe fué tan brutal, que el Calzorrillas no pudo moverse ni sentarse durante quince días. Y durante ellos no le abandonó ni un instante la idea de la venganza, que fué preparando momento por momento. Y apenas pudo dar un paso, salió con la escopeta al hombro, en busca del Zoquete.

Pero éste, advertido por su novia, le evitaba. Eran dos terquedades en lucha; pero en lucha épica, porque en ella intervenía el amor y el odio.

El Calzorrillas, abusando de su superioridad como padrastro, decía que el permiso para que el el Zoquete cortejara a Casimira estaba en la carga de su escopeta, y su ex amigo aseguraba que él había de casarse sin aquel permiso.

Y, mientras tanto, Rincholas, un mozo enemigo del Zoquete, quería aprovecharse de aquella lucha para acercarse a Casimira.

*

Desde un campo próximo donde trabajaba vió el Rincholas alejarse al Calzorrillas. E inmediatamente dejó sus aperos y se aproximó a la casa. Acaso aquella tarde viese a Casimira.

Rondaba por los alrededores, acechando la salida de la joven, cuando le llamó la atención un maullido:

—¡Canastos!—se dijo—. ¡Aquí hay gato encerrado!

Y como viera aparecer detrás de la cerca del huerto la cabeza del Zoquete, una idea infernal cruzó por su cerebro. Y al ver salir a Casimira se alejó en dirección al pueblo...

—¡Vete, vete!—aconsejaba entre tanto la joven a su novio—. Ya sabes que el Calzorrilla no te pué ver...

—Todos se ponen contra mí—se quejó el mozo.

—Y contra mí. Por quererte me dan muchos disgustos. Siempre me están hablando de tú. Zoquete p'almorzar, Zoquete pa comer, Zoquete pa cenar, siempre están con el Zoquete en la boca.

—Me tienen oieriza.

—Es que tu ación no fué güena.

—¿Fué güena la de él? — se quejó —. Se puso de mal genio porque le disperté, y, sin pensar que era mi santo, me tiró con el santo y por poco me descrisma.

—Te rompió la guitarra.

—Pero me callé por tú, y al día siguiente, porque le quise icir que no había hecho bien, levantó el bastón que yo le regalé, y que tenía una caecita de perro con la lengua fuera en el puño, y me rompió la caecita en mi caeza. ¡Uvas! La caeza era mía.

—Las dos eran tuyas.

—Por ésta no lo sentí; pero la otra... A un amigo no se le rompe un palo en la caeza. Digo yo...

—¡Ties razón!

—¿Qué hice yo? Pos agarrar un guijarró. Se le tiré a la caeza; pero tuve la esgracia de darle en las nalgas, porque él se golvió.

—Quince días ha estao de pie. ¿Pa buscarme?

—Pa curarse. No se podía mover. Vino el médico.

—¿Y qué?

—Pos dijo que aquello no era un cardenal, sino una confusión de todos los cardenales de Triento.

—¡Miá qu'es bruto!...

—Insúltale dimpiés que te defendió.

—¿Amí?

—A tú. Por eso lo echó de casa.

—¿Y cómo me defendió?

—Como había tan repulío, no m'alcuerdo de sus palabras; pero dijo algo de concilio. Mi padrastro, entonces, contestó que aquello era cosa suya y tuya y que el concilio lo tendrías cuando te viera. Por eso sale con la escopeta.

—¡Uvas! ¡Que se ande con gromas!

—Le curaba madre con sal y vinagre, y cada día echaba un puñado de sal y vinagre y otro a la escopeta. Dice que siente no poderle echar también el vinagre. Yo lo sentiré mucho, pero como m'ha dicho que dimpués que te ponga la sal..., en donde tú le pusiste el guijarro, que nos casamos...

—¿Qué?

—Que debías hacer por que te la pusiera...

—¡Uvas!... ¿La sal así, en escopeta?... ¡Quiá! Esa sal, esa sal no es pa mí.

Casimira se ofendió:

—¡Tú no me quieres!—dijo, dirigiéndose a la casa, con gesto adusto.

El Zoquete vacilaba entre el amor, que exigía aquel sacrificio, y su dignidad, que se oponía, cuando asomó el Rincholas en la cerca del huerto, sin que ninguno de los dos novios, abstraídos en sus pensamientos lo vieran.

El Rincholas, para saborear mejor la venganza que tan bien había preparado, se encaramó sobre la pared y sonrió irónico, mirando a los jóvenes que discutían.

En aquel momento se oyó una formidable detonación, a la que siguió un grito que parecía un alarido.

El Rincholas rodó a los pies del Zoquete.

—¿Ha sío a tú? ¡M'alegro! ¡M'alegro! — dijo aquél iracundo.

—¡Zoquete! — se oyó la voz del Calzorrillas — ¡Rasca, rasca, morrazos! ¡Ya llevas sal pa un año!

Se volvía a contestarle con aire de triunfo, cuando su novia le detuvo:

—¡Calla!... Que se figure que t'ha dao.

—De modo que yo, que esto... —sollozó el Rincholas.

—Es el permiso pa casarnos —le contestó alegremente Casimira. Y como el herido se quejase, le dió un empellón.

—¡Hala, a curarte!... Y cudiao con decir una palabra.

Y mientras el Rincholas huía renqueando, se volvió a su novio:

—¡Quéjate! ¡Quéjate tú!... ¡Fuerte, más fuerte!...






LEYES 9.527 Y 11.137

La Caja Nacional de Ahorro Postal es en el país la única institución que ofrece a sus depositantes estos privilegios:

Garantía de la Nación para todos los depósitos.

Inembargabilidad, hasta los CINCO MIL pesos, para las sumas que se le confían.

Inembargabilidad para la propiedad urbana o rural que se compre con cantidades depositadas en la Caja, por un costo no superior a DIEZ MIL pesos, mientras dicha propiedad se halle en poder del adquirente, de su esposa e hijos menores.

Cuatro por ciento de interés acumulativo.

Una misma libreta sirve para operar en cualquier punto de la República.

DEPOSITANTES MAS DE
1.000.000

DEPOSITADO
73.000.000

¡Hoy mismo obtenga una alcancía!

La Caja opera en todo el país por las Oficinas de Correos habilitadas al efecto y por su Administracción Central, Callao y Bartolomé Mitre, Buenos Aires.



Hogar triste

Por Pío Baroja

Durante toda la mañana, estuvieron esperando en la casa nueva a que llegara el carro de mudanzas, y por la tarde, a eso de las cinco, se detuvo junto al portal.

Los mozos subieron a trompicones los pobres trastos, aprisa y corriendo, y, en la precipitación, rompieron el entredós de la sala, el mueble que más se estimaba en el hogar modesto, y un cristal de la puerta de la alcoba.

El carretero pidió tres duros en ves de dos que eran lo convenido, porque, según dijo, los muebles no cabían en un carro pequeño, y los mozos soltaron unas cuantas groseras pullas, porqué no le daban bastante propina.

Ya de noche, a la luz mortecina de una candileja, marido y mujer se pusieron a colocar los muebles en su sitio mientras el niño se entretenía en arrancar la estopa del vientre de un caballo de cartón. Pero el niño se cansó pronto, empezó a seguir a su madre y a cogerse a sus faldas, llamándola con voz soñolienta. Entonces ella tomó una lámpara de alcohol, calentó en un cazo un poco de caldo que había sobrado del mediodía y se lo hizo tomar al niño; lo acustó y al poco rato el chico dormía dulcemente.

Ella se disponía a seguir en su faena.

—Pero descansa un rato, mujer — le dijo él. — No sé qué me dá verte trabajar así. Siéntate y charlaremos un rato.

Ella se sentó y apoyó sobre su mano ennegrecida la cabeza sudorosa y despeinada.

El esperaba que le volvieran a colocar pronto; si no, aceptaría los veinte duros que dan en el almacén por llevar la contabilidad; mientras tanto podrían vivir; la casa aquella era alta, quinto piso, pero por eso sería más alegre. Y miraba alrededor, y las paredes frías, con la amargura de la desnudez triste, y los muebles cubiertos de polvo, y el suelo lleno de cuerdas de estropajo, parecían reírse lúgubremente de sus afirmaciones. La mujer, resignada, aprobaba todo lo que decía el marido.

Cuando descansó un rato se levantó nuevamente.

—Y yo — dijo — que no he tenido tiempo para preparar la cena.

—Déjala — repuso él. — No tengo ninguna gana. Nos acostaremos sin cenar.

—No; saldré a buscar algo.

—Iremos los dos, si no te opones. ¿Quieres?..

—¿Y el niño?

—Volveremos en seguida. No se despertará.

La mujer marchó a la cocina a lavarse las manos; pero la fuente no corría.

Estamos bien. Hay que ir por agua.

Ella se echó un mantón sobre los hombros y cogió una botella; él ocultó otra debajo de la capa, y salieron sin hacer el menor ruido. La noche de abril era fría y desapacible.

Al pasar junto al Teatro Real vieron montones de hombres que dormían acurrucados en el suelo. Por la calle del Arenal pasaban los coches con un sonar grave y majestuoso por el pavimento de madera.

Llenaron las botellas en una fuente de la plaza de Isabel II, y con esa complacencia que se tiene para las impresiones dolorosas, al pasar se detuvieron otra vez un momento delante de los hombres en montón.

Llegaron a casa, subieron las escaleras sin hablarse y se acostaron.

El creyó que iba, con el cansancio, a dormirse en seguida, y, sin embargo, no pudo; la atención sobreexcitada le hacía percibir los más ligeros ruídos de la noche.

Y levemente oía el sonar grave y majestuoso de los coches, y ante sus ojos aparecían los hombres dormidos en la calle, y ante la imaginación, el abandono y el desamparo de una parte numerosa de la familia humana, cuya miseria y sufrimientos son doblemente irritantes frente a la hartura y comodidades de que goza otra mínima parte.

Los pensamientos negros le angustiaban y llenaban de un gran sobresalto; hacía esfuerzos para no agitarse y despertar a su mujer. Ella estaría durmiendo la pobre, descansando de las fatigas del día.

Pero no..., gemía y se quejaba débilmente, débilmente...

—¿Qué te pasa? — le preguntó el marido dulcemente. — ¿Por qué lloras? ¿Qué tienes?...

—El niño... — murmuró ella sollozando.

—¿Qué tiene? dijo él sobresaltado.

—El otro niño... Pepito... ¿Sabes?... Mañana hará dos años que lo enterraron...

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Por qué es tan triste nuestra vida? ¿Por qué, Dios mío?

El cisne y el cuervo

En un largo tranquilo, cuyas márgenes
sembraban flores bellas,
Un cisne navegaba acariciado
Del aura placentera,
Abriendo sin cesar sus blancas alas
sobre las ondas lentas.
¡Qué gracia y magestad, y cuán flexibles
Movimientos! Se ostenta
Ya doblando su cuello con molicie,
Ya irguiéndole con fuerza
Y arrogante altivez. En este instante
Gozosa y feliz deja
El azulado espacio de los cielos
Donde fúlgidas huellas
Trazó su vuelo luminoso, y viene
Bajo la sombra amena
Del valle a murmurar las maravillas
Que doquier le embelesan.
Apercíbela un cuervo que abandona
Su lóbrega caverna.
La hermosura del cisne desagrada
Al ave, que siniestra
Y graznadora, de tan mal augurio
Es siempre do se encuentra.
Acercarse, no obstante, al cisne hermoso
Con interés desea.
—¡Qué mérito, así exclama, tener puede
Blancura tan extrema?
Bañándose está siempre, y no es extraña
Por tanto, su limpieza,
Probarle quiero que del mismo modo
Ofrecerme pudiera.
Y rápido, una vez y otra en el agua
Metiendo su cabeza,
Y sus plumas mojando con su pico,
Parece al ave necia
Que la ligera espuma que produce,
Su plumaje blanquea;
Mas se convence chorreando toda,
De verla dando pena,
Que en vez de en blancas convertir sus [plumas,
Se tornan en más negras.
—Olas y gentes contra mi conspiración
De idéntica manera.
Se me silba... y al mísero avechucho,
Ruín por la simpleza,
A este idiota empolvado, más altivo
Que un pavo nunca fuera,
Hola de nieve que en su largo cuello
A la sierpe asemeja
Que nada sabe hacer, que nada dice
Porque insulso es de veras,
Se alaba por gallardo: hay quien lo admira,
No falta quien le eleva...
¡Del presumido a fe he de vengarme!
Dice; y lleno de ciega
Y delirante rabia, a un hediondo
Cenagal, raudo vuela.
Revolcándose en él, al punto, aleve,
Se lanza con viveza
Al limpio cisne a quien de lodo cubre
En su envidia perversa.
Sucio un instante por el lodo inmundo
Que el cuervo vil creyera
Había de ennegrecerla al ave hermosa
Tan cara y predilecta
De los dioses, hundiéndose en las ondas,
Reaparece aun más bella.
—En vano, pues, los envidiosos seres
Que abundan en la tierra,
Denigran la virtud, el noble ingenio,
El talento y la ciencia.
Del cisne son las plumas siempre blancas,
Y las del cuervo negras.

PECONTAL.

Pide lo que quieras

Si en este momento se presentase ante tí un Ser milagroso, vestido de blanco, resplandeciente de luz magnífica, y te dijese: "¡pide lo que quieras! Te será concedido", tú, sin duda, te apresurarías a pedir las cosas mejores.

Pues bien, ese Ser milagroso existe dentro de ti y tiene el poder de darte cuanto le pidas.

Sólo que antes, debes saber bien qué es lo que quieres..., conocimiento al parecer fácil, mas que se realiza en muy pocos hombres.

Y después que lo sepas, debes pedirlo al dios interior, con seguridad tal, cual si lo pidieras al hombre milagroso vestido de blanco, que sedujese tu fe con el prodigio de su presencia externa.

Piensa que eres desgraciado porque ignoras lo que puedes.

Todo es tuyo y te estás muriendo de anhelos...

Las estrellas te pertenecen y no tienes lumbre en tu hogar...

La naturaleza entera quiere entregársete como a su dueño y señor, ¡y tú lloras desdenes de una mujer!

Pide lo que quieras, que todo te será concedido.

AMADO NERVO.

Gregorio López, portero

Por Boy

Como en aquel tiempo yo era muy aficionado a servir oficiosamente a mis amigos, cuando me enteré de que en la Legación Argentina había quedado vacante un puesto de portero, mandé llamar a Gregorio López, que tenía buen tipo para vestir librea, y le dije que se fuese a ver al secretario de la Embajada con la siguiente tarjeta: "Creo que esta persona que le recomiendo llenaría decorosamente el empleo vacante. Es un hombre a que conozco desde hace tiempo, celoso, serio, trabajador y acostumbrado a desenvolverse entre gente de fuste oficial. Actualmente está colocado, pero desea mejorar su situación. Le agradeceré de veras que se lo recomiende de mi parte a nuestro buen amigo el señor ministro". Gregorio López no volvió a mi casa; pero algunos días después asistí a una recepción en la Embajada y lo encontré ya en sus funciones de portero con su levitón azul y sus guantes bien calzados. Al pasar me dió las gracias y me dijo que se hallaba muy contento. Cuando ví al secretario se lo comuniqué y el secretario, a su vez, apresuróse a manifestarme que Gregorio era un hallazgo para aquel puesto. Pero apenas había pasado un mes cuando me enteré de que Gregorio había salido de la Embajada. Casi simultáneamente, recibí una tarjeta bajo sobre. Era del secretario de la Embajada y decía lo siguiente: "Como usted es aficionado a escribir cuentos conmovedores, le propongo que trate de verme para enterarse de lo ocurrido con su recomendado. Tendrá un asunto casi fantástico".

No perdí el tiempo. Al encontrarme con él, lo primero que hizo mi amigo fué llevarse las dos manos a la cabeza. Yo confieso que tuve que hacer lo mismo cuando me enteré de lo que había pasado.

* * *

A los quince días de hallarse colocado en la Embajada, Gregorio López recibió una carta que le produjo visible sensación. Entre la servidumbre de la casa circularon tales rumores y la nerviosidad del portero era tanta, que al día siguiente el secretario lo llamó a su despacho para preguntarle qué le sucedía. El portero le refirió que su mujer, siempre un poco delicada de salud, se había enfermado ahora seriamente y había sido trasladada al hospital por carecer de recurssos para poder asistirse en casa.

—Naturalmente — le dijo el secretario — deseará usted ir a verla.

—Sí, señor, — Contestó Gregorio López — pero el hospital está tan lejos que no me he atrevido a pedir licencia. Además, me sucede otra cosa que no sé cómo arreglarla.

—Andará usted mal de fondos.

—Sí, señor. Bastante mal. Tengo cinco hijos pequeñitos que a estas horas Dios sabe qué será de ellos.

El secretario hechó mano a la cartera.

—Bien — concluyó. — Ahora tome usted esto para salir del paso; más tarde ya hablaré con el señor ministro y veremos la manera de ayudarle. Por lo pronto, vaya usted a ver a su esposa y a sus chicos; si necesita quedarse allí, trataremos de encontrarle sustituto.

Gregorio no sabía que decir. Con una mano tomó el dinero y con la otra sacó el pañuelo para enjugarse las lágrimas. El secretario le allanó el camino para que se fuera. Y se fué.



—Sí, querido; yo soy [illegible]... Sí, riquín, sí... Pero ¿con quien tengo el placer de hablar?...

Se fué y volvió a las dos horas. Gregorio llegó diciendo que a su mujer no había podido verla porque en el hospital no dejaban visitar a los enfermos sino los domingos. En cuanto a las criaturas, las había encomendado a una parienta que se había ido a vivir a su casa. El secretario le preguntó:

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—Cumplir con mi obligación.

—Su obligación de hoy es atender a su familia.

—Mi obligación es siempre estar aquí.

Gregorio afirmó esto último con tanta convicción que el secretario, conmovido, le tendió la mano. Pero le preguntó:

—¿Y cómo va usted a enterarse del estado de su mujer?

—También eso está arreglado. Preguntarán por ella y me escribirán lo que haya.

En efecto: aquella misma tarde el portero de la Embajada recibió otra carta que se guardó en el bolsillo sin decir nada. Pero en los días siguientes recibió dos cartas más, y cuando el secretario se enteró, llamó a Gregorio y le dijo:

—¿Qué noticias tiene usted

—Malas, señor Martínez.

—¿Continúa mal su mujer?

—Sí, señor. Cada vez peor.

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—Nada.

—No; nada, no. Es preciso que se la lleve usted del hospital.

—¿A dónde?

—A su casa.

Gregorio sonrió de un modo melancólico y dolorido. Contestó:

—¡Oh, a mi casa! ¿Y con qué quiere usted que la lleve? Y luego, ¿cómo pagamos el médico, la botica y todo lo que a cada momento se necesita?

—Eso no es un imposible. Yo hablaré con el señor ministro para que le anticipen a usted dos o tres meses de sueldo.

—Y después, ¿con qué vivimos?

—Lo importante es lo de ahora El porvenir, en este caso, está todo contenido en el presente. Además se me ocurre otra cosa. Aunque todavía es usted nuevo en esta casa, el personal de la Legación y los amigos que la frecuentan lo estiman ya bastante para tocarles el bolsillo a través del corazón. ¿Qué dice usted?

—Yo digo que es usted un santo, — contestó el pobre portero colocándose las manos sobre el pecho.

* * *

Anochecía ya cuando pasaba esto. Aquella misma noche el secretario inició la subscripción encabezada por el ministro con cincuenta pesos y continuada por los agregados civiles y militares de la Embajada, con una cantidad que robustecía aún por la contribución del personal de la oficina y de la servidumbre de la casa, alcanzó a arrojar una suma de más de cuatrocientos pesos. Finalmente se fué arriba de seiscientos con el anticipo gestionado por el secretario.

A la mañana siguiente, mientras Gregorio López se preparaba a salir para llevarse a su mujer del hospital, le entregaron la carta trágica. Su mujer acababa de morir.

El portero se fué al fondo del jardín y allí se desplomó sobre un banco de piedra.

Cuando lo levantarón parecía haber perdido el sentido de la realidad. El secretario le introdujo el dinero en un bolsillo y le rogó al jardinero que lo acompañara hasta la casa. Gregorio entonces se repuso un poco. Dijo:

Una emoción profunda...

En el botón de rosa
ocúltase el aroma que embalsama
el aire tibio de las noches, y en
la dura roca, la canción del agua;
en el nido
que el sauce enhiesto ostenta en una rama,
— rústico alcázar de las avecillas —
que mi patio engalanan
en ese nido, vibran
vidas que cantan!
En el límpido espejo
del arroyo, en las tardes desoladas,
parece que cada onda en sí llevase
una hebra de sol, porque de plata
se tornan... Y tú corazón mío,
que en mi pecho yo siento que te ensanchas,
y te emocionas
por la quietud que empaña una mirada,
por la risa armoniosa
por suspiros y lágrimas,
¡Oh! tú corazón mío
que dejas tus pesares en la trama
de la humilde canción, sin que lo sepan
— los hombres que me encuentran y que pasan,
como el botón de rosa
y el nido de la rama
y la onda ligera del arroyo
y la roca besada por el agua,
oh ¡tú también encierras
una emoción profunda entre tus alas!

FÉLIX B. VISILLAC.

—No. Muchas gracias. Demasiado los he molestado ya.

Y desapareció trabajosamente por una pequeña puerta del jardín, dejando en el ambiente de la Embajada un profundo sentimiento de compasión.

* * *

Aquella noche, pasada ya la hora de la cena, la cocinera, una hija suya, el jardinero, una mucama y el chófer de la Embajada, se pusieron de acuerdo y pidieron permiso para ir todos juntos al velorio de la mujer del portero, En el camino se les planteó un conflicto inesperado, porque ninguno sabía a ciencia cierta dónde estaba la casa de Gregorio; sólo le recordaban haberle oído decir, de un modo vago y confuso, que vivía por el barrio de Reus. La incertidumbre dió origen a una larga discusión en medio de la calle. Uno de ellos creyó haber tenido una idea decisiva proponiendo dirigirse al hospital para preguntar allí; pero cuando ya habían emprendido el camino del hospital, rechazaron la idea a causa de la hora; resolvieron andar lo andado y tomar un tranvía que los pusiera en el citado barrio.

Como allí todo el mundo se conoce, apenas preguntaron por Gregorio López, el portero de la Legación Argentina, enseguida hubo quien dijo dónde vivía. El grupo se detuvo delante de la puerta de la casa; ésta, como siempre que hay velorio, encontrábase entornada; pero cuando la abrieron para entrar no vieron a nadie en el largo corredor emparrado que se vislumbraba en la oscuridad. Entonces volvieron atrás y la cocinera dió algunos golpecitos con el aldabón. Luego dijo:

—¡Qué raro! No se oye nada.

La hija le contestó:

—¡Mamá, si están de velorio! ¿Van a ponerse a bailar?

—En otras partes se baila — agregó secamente el jardinero.

—Entre salvajes, no digo que nó.

La cocinera volvió a golpear, esta vez algo más fuerte.

Ahora se oye el llanto de una criatura.

—¡Angelito! — exclamó la mucama. — Será el más chico de los cinco huérfanos.

—¡Ave María, que ocurrencia! ¿Los van a tener aquí?

—¡Quién sabe! Hay que ver cómo vive esta gente.

Entonces dijo la cocinera:

—Yo veo una puerta con luz. ¿Vamos a entrar si llamar?

—Deje usted que llame yo — interrumpió el chófer adelantándose. Y pegó dos golpes fuertes. Inmediatamente se abrió una puerta del corredor y apareció una mujer joven y ágil que avanzó con un mate en la mano. La cocinera le preguntó:

—¿Es aquí donde vive Gregorio López?

—Sí, señora — repuso la mujer.

—Nosotros somos sus compañeros y venimos al velorio.

La mujer de la casa preguntó:

—¿A qué velorio? ¿Pero aquí no están velando a su mujer?

—¿A qué mujer?

—A la mujer de Gregorio López.

—Señora, me parece muy extraño. La mujer de Gregorio soy yo.

Los del grupo exclamaron asombrados:

—¡Usted!

—Yo misma.

* * *

El primero en restituirse del colapso fué el viejo jardinero, que preguntó:

—¿No será éste otro Gregorio López?

—Seguramente dijo la mujer. — Mi marido es el Gregorio López que trabaja de portero en la Legación Argentina.

—¿Dice usted que trabaja?

—Sí, señor.

—Y ahora, ¿no trabaja allí?

—No, señor. Ha trabajado hasta ayer; pero estos días parece que ha ganado unos pesos con un negocito que de pronto le salió, y esta noche se ha embarcado para Buenos Aires, a ver si se abre camino. Yo, al principio, quise quitárselo de la idea, porque siempre resulta triste la separación; pero luego pensé que hacía bien en emigrar porque aquí, de todos modos, la gente honrada no tiene porvenir.

La cocinera le contestó, metiéndole los dedos por los ojos:

—¡A los hombres honrados como su marido me los colgaba yo en el faro de la Escollera!

Y Salieron andando los cinco, a tropezones en la obscuridad.

Profundos estudios de sublimes tonterias

Ahora resulta que el saxófono, instrumento "dernier cri" de todas las "jazz bands", al cual se consideraba la última incorporación a la música moderna, es uno de los más antiguos aparatos musicales. El profesor Federico Celentano, declara que ya en los tiempos de Nerón existían los saxófonos, aunque, claro está, en una forma primitiva, pero que no obstante denota la misma familia.

Calentano dice que en la época del 'rapto de las Sabinas", el "tibisius thusci", que es el antepasado del saxófono, estaba ya en pleno auge. Dice Calentano que aun cuando los romanos, en lo que se refiere al amor, eran primitivos en sus métodos, se daban cuenta del valor de dicho instrumento como excitante del impulso amatorio.

Por lo que antecede se comprenderá que estamos todavía muy lejos de ser innovadores musicales. Y no desesperamos de que, cualquier día, aparezca por ahí un sabio descubriendo que el "charleston" es un baile de los trogloditas.

UNA CONQUISTA

Por R. Monner y Sans

I

Cada día y a la misma hora, veía Eduardo, tras la espesa celosía del balcón de un primer piso, unos ojazos negros, en cuya pupila brillaban, al parecer, llamaradas de amor. Aquellos ojazos, que adornar debían una faz morena, bien modelada, eran en verdad seductores, y no fué nunca nuestro héroe, hombre para despreciar una aventura amorosa.

Cuando en ellos se fijó por vez primera casi no le impresionaron; a la segunda, ya acortó el paso a fin de recrearse largo rato en aquellos dos punzantes dardos: después, tardaba diez minutos en recorrer la corta distancia que separaba las dos calles entre las que se alzaba el caserón en que moraba la hermosa morochita.

No era Eduardo hombre para perder el tiempo, y cuando se convenció a sí mismo, cosa facil cuando se tienen veinticinco años, de que era preciso, y costase lo que costase, contemplar aquellas dos ascuas de fuego, trazó el consiguiente plan de campaña, tan cursi com los usados en el día por los Tenorios

En el plan de campaña entraba la indispensable misiva entregada a la bella por la sobornada sirvienta; una visita en la propia casa o fuera de ella, una declaración en regla, y si preciso era, formal palabra de casamiento.

Un día, precisamente aquel en que era de noche en la celosía, porque en ella no brillaban los dos hermosos luceros, un carruaje estaba estacionado en la puerta de la casa. Eduardo se detuvo en la esquina a ver quién ocuparía el elegante "coupé".

Ni él mismo supo después cómo sucedió el hecho, pero lo cierto es que no separando su mirada de la codiciada puerta, sólo acertó a ver el final de la cola de un vestido que airosamente se recogía para poder cerrar la portezuela.

Después, el coche pasó casi volando por su lado, no sin que Eduardo distinguiera en su interior a una dama, y dama hermosa por añadidura.

—¡Es ella! — exclamó el platónico galanteador. — ¡Y casada! Porque una señorita no saldría así, sola!

Y como quien toma heróica resolución, se dirigió a la casa entablando con el portero el siguiente diálogo:

—¿Vive aquí el señor Pérez?

—No, señor.

—¿Y no sabría decirme si vive en las casas vecinas, porque usted debe ser portero viejo de la casa?

—Ya lo creo; figúrese usted que vi nacer a la mamá de las niñas, y sé que por aquí no vive...

—¡La mamá de las niñas!

—Sí, señor, como usted lo oye; llevo treinta y dos años en la casa, sin faltar ni un solo día. ¡Dgo mal; una vez falté una semana porque se me murió una tía en Tacuarembó.

—Usted parece hombre honrado y franco, y voy a tener con usted una confianza. Lo del señor Pérez era una excusa para hablar con usted y ver qué hombre era.

—Ya me lo figuré, no vaya a creer; pero, como el señor parece decente y yo podía equivocarme... por eso....

—Bueno, pues, hablemos francamente. Necesito que usted entregue esta carta a la señorita.

—¿A la señorita?

—Sí; a la que todas las mañanas de nueve a nueve y media se coloca detrás de la celosía del primer balcón de la derecha... La de los ojos negros.

—Ahora mismo. ¡Y poco contenta se pondrá ella cuando sepa que se han fijado!... Espere, espere.

Y sin dar tiempo a que Eduardo contestara, subió el portero por la ancha escalera para cumplir con el referido encargo.

II

—Dice la niña que suba por la escalera de servicio, que ella misma quiere contestar a usted.

—¿Pero?...

—Dése prisa, pues puede venir gente...

Y al decir esto, el portero echó a andar y maquinalmente Eduardo tras de él. La aventura iba resultando algo arriesgada, pero no podía retroceder, pues se lo prohibían aquellos dos ojos que como imanes le atraían y el temor de pasar por cobarde ante los ojos del portero.

Al llegar al primer piso fué Eduardo introducido en una habitación, al parecer bien amueblada, y digo al parecer, porque cerrados herméticamente los postigos, sólo entraba la luz por las más ajustadas rendijas, y esa luz, velada aún por la famosa celosía.

—Quédese aquí, quieto, que ella va a venir. Sea breve.

Eduardo no estaba muy tranquilo: no se atrevía a abrir porque ignoraba si había poca o mucha gente en la casa, ni quería moverse por temor de hacer ruído. Que el portero era hombre de bien, se descubría en la cara, y que le protegía era indudable. ¿No le había dicho "sea breve"?

Pasaron unos minutos, y por fin unos pasos quedos, menudos, delataron la aproximación primero, la presencia después, de la enamorada doncella. Porque enamorada debía estar cuando acudía al primer reclamo.

III

—¿Que no le quiero a usted? Míreme rendido a susplantas, dispuesto a cualquier sacrificio para demostrarle la intensidad de mi pasión.

Junto con un torrente de luz eléctrica que iluminó la estancia, resonaron dos francas carcajadas lanzadas por una hermosa pareja matrimonial, al ver a su amigo, a Eduardo, postrado a los pies de una china recién entrada al servicio de los dueños de la casa.

IV

—¿Te ha pasado el susto?

—La broma fué pesada y no me explico...

—Pués verás. Cuando Braulio subió con tu carta me hallaba con mi mujer en la salita azul, pues acabamos de despedir a tía Emilia que contra su costumbre, se había levantado temprano para venir a invitarnos a la comida con que esta noche obsequia a sus relaciones.

Leer tu carta y concebir mi mujer el plan, fué obra de un minuto. Tú ya la conoces; es muy resuelta. "A estos Tenorios hay que burlarlos", exclamó enseguida en tono semidramático.

Lo demás ya lo sabes.

—¿Y cómo la china vigilaba diariamente mi paseo?

—Como nadie tiene que hacer, y es medio simple la pobre...

—¡Ah! lo que es Braulio... Este si que es un...

—Buen hombre a carta cabal. No tuvo reparo en subirme la carta, porque no conociéndote, creyó que atentabas contra mi honra. ¿Comprendes ahora?

—Sí, ahora me lo explico todo, como dicen en las comedias.

—¿Quedas pensativo?

—¡Y cómo no! si entré en tu casa, como un vulgar Tenorio, y salgo de ella corrido y avergonzado.

—Fué dura la bromita, lo confieso, pero mi mujer, mujer al fin, quiso vengar a las incautas que hayas podido seducir, y curarte de esa manía que tenéis los buenos mozos, la de creer que todas las mujeres se enamoran de vosotros. No la guardes rencor, pues ni ella ni yo hemos de contar a nadie que Eduardo Viso y Campo, se arrodilló a los pies de una achinada, maritornes, ni a nadie se lo contará mi cronista.

El halcón de Barbarroja

Con un halcón torzuelo, blanco como la nieve
Que calza un capirote de penacho encarnado
Y puesto en la manopla ni siquiera se mueve,
Galopa en su caballo danés por el collado.

Son las garzas reales su caza favorita
Y en cetrera impaciencia aprieta las espuelas.
De pronto se detiene. En la luz infinita
Vuela el ave buscada. Desata las pihuelas:

El halcón, rectamente, en bravo desafío,
Hiende el dombo cerúleo de aquel cielo de estío,
Mas no abate a la garza su guerrero furor;

Un aguilucho, en cambio, trae del azul, sin vida.
Y el caballero, entonces, degüella al regicida
Por haber dado muerte a su dueño y señor...

René Zapata Quesada.

Nuevo sistema de escritura para ciegos.

Como es sabido, los ciegos necesitan recurrir al sentido del tacto para leer y escribir. Los caracteres que utilizan tienen relieve, y se componen de una serie de puntos que se combinan por medio de un punzón en una regleta especial. El alfabeto utilizado hasta ahora es el que inventó Braille en 1839. Este sistema, que tiene la ventaja de utilizar un reducido número de puntos, ejecutarse rápidamente y leerse con facilidad, ofrece en cambio el inconveniente de no poderse leer por los que desconocen el alfabeto Braille.

Para obviar este inconveniente se ha pensado en componer un alfabeto lo más parecido al usual, que permita la correspondencia entre los ciegos y los que poseen el sentido de la vista. Con tal objeto se han hecho varias tentativas, pero no había prosperado ninguna, hasta ahora, por cierta imperfecciones, principalmente por el excesivo número de puntos que empleaban.

En 1917 el doctor Cantonnet, inventó su escritura usual, empleando de 1 a 3 puntos horizontales y verticales. En 1819 Nouet hizo una síntesis de todos los sistemas conocidos, obteniendo una escritura aplicable a todas las lenguas europeas, y poco después las escrituras en relieve y por puntos de Cantonnet y Nouet se fusionaron en una sola, utilizando un número mínimo de puntos, y ofreciendo la gran ventaja de que puede utilizarse por las personas que disfrutan del sentido de la vista y desconocen el alfabeto Braille, empleando caracteres conocidos y legibles, y sin necesidad de aprendizaje.

En la ciudad del Rosario [1]

Este sueño de amor que casi es melodía,
Corresponde a un:
—¡Salud, calle Córdoba! El día
Que se va, te ha llenado de un festín de salón
En que tienen el Lujo, la Banca, el Chic, el don
De lo supremo.
Y bien, hoy las rimas preciosas
Dirá el muchacho alegre para los labios rosas
De la mujer que luce melena a lo Teodoro
De Banville, cuello fino, voz de timbre sonoro,
Y que gusta, a la vez, sus ocios ordinarios
Matar con la lectura de revistas y diarios.
(Es una alegoría veneciana el paisaje
Del crepúsculo, arriba). Lo mejor de este viaje
Urbano, está en que es grato a las recordaciones
De una cita... de un beso.. con esas variaciones
Del madrigal y el lance... y que sólo es, en suma,
un pétalo caído sobre un globo de espuma.
Mas no vale la pena pensar en tales cosas
Cuando se está entre gentes pulcras, parsimoniosas,
Que en grupos van y vienen a todo indiferentes,
El burgués, la elegante, los niños relucientes,—
Mientras otras, en frente del amplio pizarrón
De la agencia de informes del diario "La Nación",
Discuten la certeza de un nuevo telegrama
De la guerra... ("¡Cuadrúpedo!" uno al otro le llama
De súbito, al denuesto sigue una bofetada,
Un ¡ay!, una voz ronca, un pito, y luego... nada).
Este tumulto vario es como el de una feria
En que con el espíritu comercia la Materia.
—Mira: ahí va Alfonsina — digo a mi acompañante. —
Y de repente siento que triste me he tornado...
¿Me engañarán sus ojos? ¿Estaré enamorado?
¡Bah! Es una zoncera: ¡quién sabe si la vida
Valga el hondo suspiro de esta canción florida!
Luego, juntos, formando una fiel trilogía,
Camino de la plaza San Martín (la poesía
Del paseo está aquí) elogiamos la bella
Claridad vespertina de la distante estrella,
Mientra que de las bocas fácil surte la risa
Como un chorro de agua.
—No andemos tan de prisa—
Dorian Gray manifiesta, — que no hay motivo en este
Momento. (De unos ojos la mirada celeste
Acaricio, de paso). Ni una onda de viento
Se aspira. En el asfalto blando del pavimento
Dejan huellas los autos que tocan su bocina
Yendo a marcha forzada. Se entusiasma Alfonsina
Y habla de Margarita Gautier ya enferma, con
La inefable ternura de una viva emoción
De armoniosos registros.
En grupos, apartados,
Los "canillitas" ríen de un "gomoso".
Soñados
Bienes de Sport florecen en versos de malicia
En el reino en que es horca del bueno la codicia.
Un rumor de colmena puebla el espacio. Es la hora
En que flota en el aire un humo azul de aurora.
En Londres o en París, joviales provincianos,
Iríamos lo mismo, cogidos de las manos...

Y sobre todo, acaso, audaz, pero galante,
Lo ritmaría estrofas en elogio al flamante
Editor con que sueño en mi vida bohemia.
(Pienso: toda obra de arte la gloria un día premia.
Anónimos: hermanos por la melena y por
La verdad, la justicia, la belleza, el amor,
Por cuyo culto siempre los hombres me han pagado
Con la moneda indigna del mal inesperado).
—Ved las damas que vuelven de la iglesia vecina
En que doblan a muerto los bronces. — Alfonsina
Susurra, señalando hacia la izquierda, al propio
Tiempo en que de impresiones vamos haciendo acopio.
En esta calle Córdoba como una rosaleda
Al caer de la tarde, en que la flor de seda
De la frase galante, de todo alto balcón,
Un caudal de perfumes vierte en el corazón,
Cuando, como un sonámbulo, posa Romeo al lado
De un grácil Julieta que tal vez le ha soñado
En las noches de luna de su Verona ideal,
En algún cuarto de hora de dicha espiritual.
—Amigos: ¿será cierto que un toque de clarín
Y un sonar de atambores bastarían al fin
Y al cabo — yo pregunto — para destruir el mundo?
Dorian Gray se sonríe. Elevado y profundo
El mirar de Alfonsina es de aprobante signo:
Ella sola comprende lo que en mi hay de más digno.

SANTOS AGUILERA.

(1) Este poema fué escrito en el año 1917. — N. del A.

El tesoro de los pobres

Por Jean Richepin

Había una vez ya no recuerdo en que país, dos pobres, tanto, que no poseían nada; pero nada de nada.

No tenían pan que poner en la alacena, ni alacena en que poner el pan.

No tenían casa para poner la alacena, ni terreno donde construir la casa.

Si hubieran tenido un poco de terreno podrían haber ganado con qué construir una casa.

Teniendo casa, hubieran podido colocar la alacena.

Y si hubieran tenido alacena, seguramente que en uno cualquiera de sus rincones hubieran encontrado un pedazo de pan. Pero no tenían ni terreno, ni casa, ni alacena, ni pan: eran verdaderamente pobres.

Lo que más echaban de menos no era el pan, sino la casa.

Porque de pan siempre encontraban algún mendrugo que llevarse a la boca, y a veces, un poco de tocino y hasta un poco de sidra.

Pero hubieran preferido ayunar siempre, sabiendo que tenían una casa donde quemar alguna leña y conversar al lado de las brasas.

Porque lo mejor que hay en el mundo, mucho mejor que comer, es ser dueño de cuatro muros, sin los cuales uno no es más que una bestia errante.

En el camino, por el que iban lamentando su desgraciada suerte, encontraron un pobre gato que maullaba. Era en verdad un desgraciado, tan pobre como ellos, pues no tenía más que la piel pelada sobre sus huesos.

Si hubiera tenido pelo en la piel, sin duda no hubiera sido tan miserable.

Si su piel no hubiera sido tan miserable, seguramente no se le verían los huesos.

Y si hubiera tenido algo más que la piel, sin duda que hubiera sido bastante fuerte para atrapar con qué alimentarse.

Pero como no tenía pelos y con su pobre piel sobre los huesos, era, en verdad, un pobre gato.

Los pobre son buenos y se ayudan los unos a los otros.

Los pobres de nuestro cuento regocijáronse al encontrar el gato, y no pensaron en comérselo; por el contrario dieron un poco de tocino que les habían dado a ellos por caridad.

El gato, después de haber comido, echó a andar delante de ellos y los condujo a una vieja choza abandonada.

Había en ella dos asientos y una chimenea, según pudieron ver al entrar, merced a un rayo de luna que desapareció enseguida.

Cuando se encontraron en las tinieblas delante de las chimeneas, que la ausencia del fuego hacía más negra todavía, dijeron:

—¡Ah! Si tuviéramos aunque no fuera más que algunos tizones... ¡Hace tanto frío!... Sería bueno pasar la noche, al lado del hogar, contándonos historias.

Pero no había fuego en la chimenea, porque como he dicho, eran dos pobres, tan pobres que no tenían nada absolutamente.

De pronto, dos ascuas brillaron en el fondo del hogar, dos hermosas ascuas amarillentas como el oro.

Y el viejo se frotó alegremente las manos diciendo a su mujer:

—¿Notas ese hermoso color?

—Sí que lo noto — respondió la vieja — y alargaba las manos hacia el fuego. — Sopla un poco y el fuego se avivará.

—No — respondió el marido — se acabaría demasiado pronto.

—Y se miraron alegres ante aquellos dos tizones, tan relucientes que hicieron olvidar sus pasadas miserias.

Toda la noche estuvieron al lado de la chimenea con las manos extendidas hacia aquellas ascuas, que relucían como dos luises y que seguían ardiendo sin consumirse.

Y cuando llegó la mañana, los pobres, que habían pasado satisfechos y sin frío la noche, vieron en el fondo de la chimenea al pobre gato que los miraba con sus grandes ojos de oro.

Entonces compredieron que el reflejo de aquellos ojos era el fuego que los había calentado toda la noche.

—Y el gato les dijo:

"La ilusión es el tesoro de los pobres".

EL FISCAL

Comprobando una copia
Cierto señor fiscal impertinente,
Púsose a corregir de mano propia
Tres faltas que notó del escribiente,
Descuidos ortográficos ligeros.
Raspó lo equivocado;
Pero con tal desmaña o tal enfado,
Que en el papel abrió tres agujeros;
Y viéndolo inservible,
Lo rasgó y lo tiró; barrió el criado,
Y a un muladar lo echó, revuelto en broza.
Censor hay de genial tan apacible,
Que no ha de corregir si no destroza.

J. E. Hartzenbusch

Procesión del Domingo de Ramos



El arzobispo de Buenos Aires monseñor Bottaro, al salir de la catedral, presidiendo la procesión del Domingo de Ramos

Banco Municipal de Préstamos



El intendente municipal y otros altos funcionarios de la comuna, durante el acto de poner en posesión de la presidencia del Banco Municipal de Préstamos al señor Saturnino García Anido

Banquete de despedida al señor Pablo E. Foucher



Con motivo de su partida para Europa, el director-gerente de las casas Harrods y Gath y Chaves, don Pablo E. Foucher, fué objeto de una demostración de afecto por parte del personal superior de los mencionados establecimientos, consistente en un banquete servido en el salón restaurant de la casa Harrods. La cabecera de la mesa, durante el acto.

En el Círculo Belga





Festejando el cumpleaños del rey Alberto I de Bélgica, realizóse una animada fiesta social en el Círculo Belga. Dos vistas de la concurrencia.

CONFERENCIA





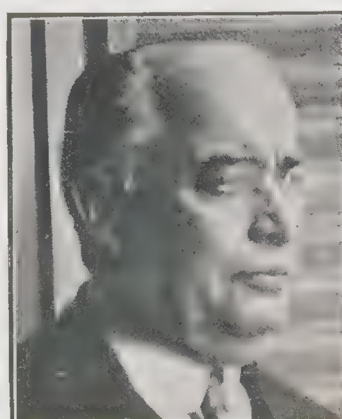
El prestigioso comediógrafo, don Oscar R. Beltrán, disertó en el conservatorio "Román Vago", sobre el tema "El amor en las comedias". A la izquierda: el conferencista dirigiendo la palabra al auditorio. A la derecha: la señorita Rosario Beltrán Núñez que, en el mismo acto recitó diversas composiciones.

Aniversario de la Caja Nacional de Ahorro Postal

Acaba de celebrarse el duodécimo aniversario de la fundación de la Caja Nacional de Ahorro Postal, institución modelo entre sus similares y que como se sabe ha logrado alcanzar cifras estupendas en los depósitos del ahorro popular. De izquierda a derecha: doctor Diógenes Taboada, presidente de la institución e inspirador de la campaña práctica de propaganda; señor Juan L. Páez, secretario general y señor Enrique A. Coronado, contador general del establecimiento.









El señor Alvaro Costa jefe de propaganda de la Caja trabajando en la oficina a su cargo.

Fots. Rapid Film



La entrada principal del palacio situado en la esquina de Callao y Bartolomé Mitre, propiedad de la institución, donde ésta tiene instaladas sus dependencias.

Nuevas profesoras de solfeo



Señoritas de Dicicco, Schiaffino, Rama y Oliva y señores Pugliese y Aramayo, que han obetenido diploma de profesores de solfeo y teoría de la música en la Academia Moderna.

Técnicos constructores





Señores Sebastián Cannata y José L. Argento, nuevos técnicos costructores, egresados recientemente de la Escuela Industrial de la Nación.

Necrología



Señorita María Irene Fernández, distinguida educacionista, cuyo deceso ha sido muy lamentado.

Los que se ausentan



Señor Alejandro Micholotti, acompañado de su esposa hijos y nietos, a bordo del "Giulio Cesare", momentos antes de partir, en viaje a Italia.



Mar del Plata Golf Club



La boina es prenda obligatoria en el golf.



Las costumbres democráticas van derrotando a la etiqueta.



Beatriz Mongay en un buen tiro.



El señor Gibson, ágil sin embargo.



En la terraza del Club.



Señor Portalis.



Señor Watson



Señora Madero Unzué de Ayerza y señorita de Gondra.



El señor Hileret, su esposa y su hijito



Ingeniero Greham.

Fots. Bonnin.

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — Enlace de la señorita María Aldazábal con el doctor Angel E. Obiglio.



Señorita María Laura Pedragoza, de la sociedad uruguaya.



La señorita Celika Ithurralde y el señor Horacio J. Duggan, después de sus desposorios.



La señorita Etel Rosés y el señor Rodolfo Azcueta, cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



Señorita Elvira Tosi que contrajo enlace con el señor Juan de Sahagún Ferrari.



Enlace de la señorita Lilly E. Burgwardt con el señor Alfredo C. Schroeder.



ROSARIO. — Señorita Martina Camara con el señor Alberto Aguzzi (hijo)



Señorita Hortensia E. Malaspina con el señor Martín T. Ernaga



Señorita Carmen M. Acquesta con el señor Pedro Accornero.



Señorita María Luisa Forte con el señor Oscar R. Beretervide.



Señorita Zulema Repetto con el doctor José N. Cichetti.



Actualidades cinematográficas



Laura La Plante y James Kirkwood en "Mujeres a la moderna", cinta Jewel que la Universal estrenará el jueves próximo.



Escena de "Murphy el silencioso", cinta que interpretan Patsy Ruth Miller, Jeorge Jessel, Vera Gordon y Nat Carr, y que la New York Film exhibe desde anteayer.



Ronald Colman, como protagonista de "Su noche de amor", cinta que se dispone a estrenar Artistas Unidos.



Eleanor King, intérprete con Hugh Wilson y Reginald Simpson de "La mansión del suicidio", que la Corporación estrena hoy.



Buck Jones y Eva Novak en "A 30 grados bajo cero", film que la Fox estrenará el jueves 21 del corriente.



Escena de "A través del Pacífico", que interpretan Monte Blue, Jane Wintor y Myrna Loy y que la General estrenará el próximo viernes.



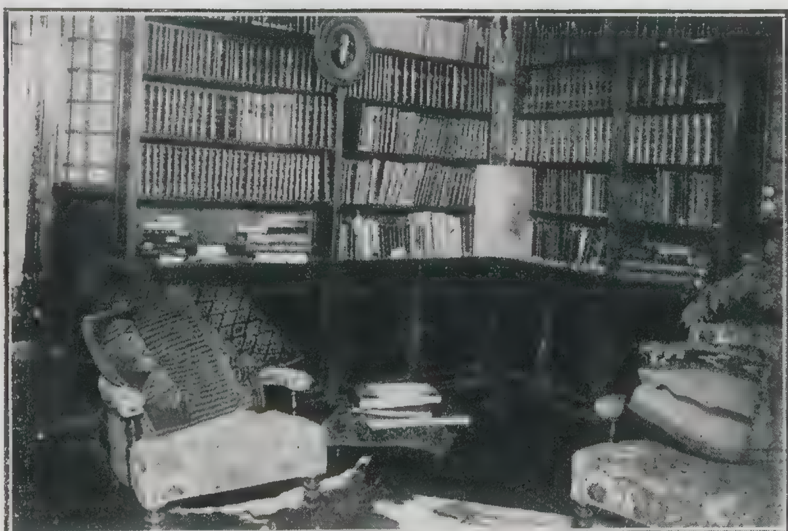
Dorothy Mac Kaill y Conway Tearle en "La bailarina de París", que Glücksmann exhibe desde anteayer.

Cómo veranean nuestros intelectuales





El doctor Roberto Bunge en su magnífica quinta de San Miguel, acompañado de sus hijos.



Un rincón de la biblioteca.



Un bello aspecto de los jardines de la quinta



El rosedal.



La cancha de tennis

De Nahuel=Huapí



Un grupo de turistas, en el Hotel Correntoso, almorzando en la galería que da sobre el lago Nahuel Huapí. Son comensales la señora condesa de Pacci y su hija Eva; el señor Zamboni y su esposa; el señor Boxe y señora; el señor Vigni y su esposa, la familia Asplanato Conti, los señores Florit, diputado Alcides Greca y otros.

Fot. Lührs.

Una excursión por Tandil



Señoritas de Prins, Ovando, Fidanza y Cullen y señor Cullen



Edificio de la estancia "Sans Souci", propiedad de la señora Sara W. de Santamarina.



Señoritas de Ovando, Holmberg, Cullen, Prins y Fidanza.



Otro grupo de familias veraneantes.





La señorita Corina Ovando y el señor Miguel Angel Cullen Holmberg.



"La Brisa", estancia del señor Bautista Alchouron.



Quinta "Villa Constitución", propiedad de la señora María Holmberg de Fidanza.



Un rincón del patio de la estancia "Acelain", del señor Enrique Larreta, celebrado autor de "Zogoibi". Fots. Ros.



De Mar Chiquita



Señoritas de Varela y Harguindegui.



Niñas de Ostoich, Casella, Arbones, y otras.



Señorita Elide Valli.



Doctor Daniel Moyano Escalera.



Señoras de Broli y de Harjes y señorita J. Conen.



Doctor Carlos Ortiz Grognet.



Señor Albino Bustinza y señora.



Señora de Guerrini y señorita de Serra



Señorita Victoria Casella.



Doctor Clemente Sañudo y familia.

Fots. Jordán.



El pecado de Sor Angélica

Por Javier Fernández Pesquero

I

Aquella noche como de costumbre, Sor Angélica, antes de recojerse a su celda, cuando ya todas sus demás hermanas de Comunidad estaban acostadas, atravesó los abovedados claustros del convento silencioso y descendiendo por la estrecha escalerilla de caracol, pronto se halló en la Iglesia, en donde, como sacristana, debía revisar, que la lámpara del sagrario, estuviera ya despabilada y con el aceite suficiente, para que aquel fuego sagrado de las hijas de Cristo, no dejase de alumbrar día y noche, al divino prisionero de amor.

La silueta grácil y esbelta de la jovencita misionera del amor místico, se dibujaba como la de una virgencita llevada en andas sobre la tenue escarcha rubia que amarilleaba entre las negras oquedades de las tétricas sombras claustrales y sus pasitos menudos, secos y blandos, repercutían sobre el bruñido y bordado mosáico de la iglesia como suave aleteo de paloma al posarse sobre el nido.

Su almita cándida de niña de diez y siete primaveras floridas, no se enredaba medrosica en la sombría penumbra del imponente templo solitario, desde cuyas hornacinas doradas y arabescas asomaban sus rostros picarescos los mofletudos y regordetes angelotes desnudos y sus caras cetrinas austeras y angulosas, los santos eremitas, más que por lo familiarizada estaba ya con ellos, por la dulce protección que desde su trono de rosas y oro, le brindaba con sus ojos azules de piadosa maternidad, la hermosa Virgen del Amparo a cuya imágen todas las noches venía a ofrecer su jaculatoria de huérfana abandonada a su misericordiosa protección y que la animaba y llenaba de arrestos de confianza.

Acababa de revisar la lamparilla del santuario, y ya se retiraba dando su última mirada de amor filial a su madre Virgen, cuando Sor Angélica, sintió, no lejos de ella, el vagido angustioso de un niño que lloraba desconsolado; y mirando y remirando azorada, llena de asombro, por todos lados, no acertaba a ver quién podía a esas horas en el templo solitario, tener un niño que llorase, cuando al pasar por delante del Nacimiento que por ser día de Navidad, las monjitas habían hecho a un lado y al pie del altar mayor y reparar inconsciente en el niño Jesús del pesebre, con gran sorpresa y asombro, descubrió nada menos, que el niño Jesús del pesebre era el que, no solo lloraba a gritos, sino que por estar desnudito enteramente y en noche tan cruda, acostado sobre las pajitas, entre las estatuas de San José y la Virgen y el buey y el asno, más los pastores y reyes magos, se debatía desesperadamente, agitando sus manecitas y pies amoratados, mientras que de su boquita de rosa se escapaban sus vagidos y de sus ojitos azules y bailarines fijos en la luciérnaga de la mariposa roja que alumbraba el sagrario, manaba una fuente de lágrimas que rutilaban de cristal las pupilas color de cielo, bajo sus pestañas y cejas rubias como su cabello color oro.

Sencilla, Sor Angélica, como otra Bernardetta, creyendo en su místico lirismo en un milagro divino, no atinó más que a caer de hinojos ante ese niño Jesús humanizado, plegadas sus manos finas de azucena, sobre su casto seno de Virgen y dióse contemplativa y arrobada de gozo a veranear al Dios que venía hacia ella, fijándole sus ojitos lacrimosos y suplicantes y tendiéndole sus bracitos que aleteaban como paloma que pugna por tender el vuelo hacia un refugio cercano.

Más como el pequeñuelo arreciase en su llanto desesperado y en sus manoteos Sor Angélica, obedeciendo instintivamente a un arrebato de amor humano, ebria de gozo, aureolado su rostro bello de doncella temblando de emoción, alzóse e inclinándose por sobre las figuras inanimadas del pesebre de Belén, atrajo entre sus manos al gordezuelo infantillo hasta estrujarlo contra su seno, dándole el calor de sus osculos tiernos, y envolviéndoselo junto a su cuerpo con los pliegues de su capa azul del hábito, como el ladrón que hurta una joya muy valiosa y muy deseada, hendió las tinieblas del templo y jadeante ascendió las escaleras y traspuso los lóbregos claustros, hasta desaparecer dentro de su celda, cuya puertecita cerró tras sí presurosa, valida de que el niño, al sentir el tibio calor de aquel cuerpo amoroso, se acurrucó muy dentro de ese abrigo y calló agradecido al refugio.

Sor Angélica, depositó su preciosa carga, sobre su humilde lecho, encendió la vela que le servía de alumbrado y, de rodillas, al pié del lecho, donde ya más consolado el infantillo la miraba placentero y la sonreía con su boquita de grana mientras la tendía sus bracitos invitándola a acariciarlo, ella, con su hermoso rostro nacarado alboreado por las rosas frescas de la emoción, alumbrados sus bellos ojos verdes por los centelleos de una nueva y para ella desconocida sensación dulce y trastornadora, quedó contemplándole encantada de que aquel niño tan delicioso, se le pareciese tanto a ella; pero como el pequeñuelo, volviese a sentir el frío que le mordía sus carnecitas desnudas y a llorar suplicante, ella, en un santiamen, desprendiose de su tosco sayal azul, y de su blanco velo e introduciéndose bajo el pobre abrigo de sus modestas cobijas, tomó nuevamente entre sus brazos bellos de doncella fresca y estrechó contra las desnudeces de su pecho al infantillo, al que colmó de besos nerviosos y abrigó con solicitud trémula de madre solicita.

El pequeñuelo al sentirse abrigado y acariciado de ese modo, dióse, codicioso a hurgar con sus manecitas bajo el tosco lino de la virgen, pegó glotón sus labios a los botones de rosa de aquellos senos, empeñado en golosinear hambriento un néctar precioso de vida en en una fuente no abierta a los goces de la maternidad, mientras Sor Angélica había apagado la velita y en la oscuridad de su alcoba cenobita sentía sobre la doncellez de sus carnes acariciadas por el contacto caliente de aquel cuerpecillo inocente y tierno, la boquita inquieta y nerviosa que la hacía estremecer con una sensación hasta entonces nunca por ella conocida y que la hacía desvanecerse de gozo extraño, hasta que fatigada por tan fuerte impresión acabó por dormirse, como el pequeñuelo, que tenía muy estrujado contra sus senos, soñando, en que era ella, también, otra nueva Virgen del Parto como la que se veneraba en la Iglesia.

II

Las cinco de la madrugada de aquella fiera mañana invernal, eran ya, cuando las campanitas del Monasterio, madrugadoras y bulliciosas como aves que salen a alborotar el vecindario, llamaban a maitines a las hijas del señor.

De sus celdas, como sombras funambulescas al débil incierto resplandor amarillento de las pálidas candilejas claustrales, fueron arrodillándose en el coro, aún soñolientas, en torno del alto sitial de la Abadesa, todas las ovejas de aquel rebaño místico, mientras con voz gangosa respondían a la salutación angélica de la oración matinal.

Finadas las plegarias, desfilaron hacia el refectorio, en donde grande fué la sorpresa de la Superiora y Maestra de novicias, al descubrir que no se hallaba entre las demás hermanas, la oveja predilecta, la Benjamina de la casa, a Sor Angélica, la niña monja, lirio de pasión aún en capullo, y la que, celosa y obediente como la que más nunca, hasta ahora, había faltado a ningun acto de comunidad.

Como nadie, ni la Abadesa y Maestra supieran explicarse el porqué de la ausencia de Sor Angélica, éstas, alarmadas, se llegaron a la celda y después de empujar la puerta, se acercaron a la cama, donde muy dormida y con el niño en brazos, hallaron asombradas, a la monja niña.

Presas de la más grande inquietud, las ancianas monjas, costóles trabajo despertar a la dormida, inquiriendo de ella, después de cerciorarse que no estaba enferma, más que su falta a la regla, con la ausencia al coro, la presencia de aquel niño, que no comprendían ni se explicaban de dónde había sacado.

Sor Angélica, restregándose los ojos, pero no sin cerciorarse de que tenía en sus brazos al glotoncillo, que se vió bruscamente despertado de ese modo, y mirando asombrado la faz adusta de las viejas monjas, comenzó a llorar, al par,

que la monja niña, lo apretaba contra su pecho, como temerosa, queriendo librarlo de algún peligro imajinario, explicó el hallazgo, no sabiendo concretar cómo habían ni quien trastocado el niño estatua por el niño vivo.

Mientras ella se vestía el tosco sayal azul y la toca blanca, sin dejar al niño, que arropó bien en su cama, la Abadesa y Maestra, fueron a la iglesia a escudriñar el sitio donde hallase Sor Angélica al infantino, y después de mirar y remirar y de muchas búsquedas y conjeturas, hallaron, al pie del Nacimiento y en un rincón, acostado sobre unas ropas pobres de pequeñuelo, la estatuína del niño de Belén y entre esos pañales y ropas, un papel que decía: "Una pobre madre soltera, no teniendo cómo lactar al hijo del pecado, lo confía a la misericordia del Dios niño, aprovechándose de la función de la noche al ser la última fiel que sale de esta iglesia cuando las monjitas iban a cerrar el templo, y pide a las monjitas, lo cuiden como a hijo".

Entonces, las ancianas monjas, después de consultarse entre sí y antes que la Comunidad se impusiera de este pecado, decidieron y así lo hicieron, con gran desconsuelo de Sor Angélica, la niña monja, ordenar a la demandadera que les hacía los recados de la calle, que llevase y depositase, en el torno de la Inclusa, a este niño abandonado en la casa de Dios, por una madre pecadora.

III

Aquella tarde, al Angelus, en el último recreo, la Abadesa, no pudo hallar a Sor Angélica, entre las demás novicias, ni en ninguna aposentaduría de la Iglesia y del Convento, pues todas novicias y monjas, la habían visto llorar y llorar en silencio durante el día en todos los actos de comunidad, sin explicarse, cómo ella, la niña novicia y monjita más alegre de todas, había caído en semejante postración, de mudo y hondo dolor.

Al fin de azarosa búsqueda ansiosa, la anciana Abadesa, logró descubrir a Sor Angélica, escondida entre el más apartado e intrincado boscaje del jardín, en un banco de piedra, sentada bajo el palio blanco de un limonero, cargado de azahares, que el viento desmenuzaba como sedosas plumas blancas de ave sobre el azul regazo de la joven y hermosa monjita cual, manifestación de cómo se iban deshojando las flores blancas de su inocencia y de su casta pureza.

La luna, radiante, la daba de pleno, envolviéndola en su vaporoso cendal de nubes de plata y ella, clavados en el cielo sus fascinadores ojos verdes, grandes y hermosos, turbios por las lágrimas y cruzadas sus blancas manos sobre el seno aún emocionado por los recuerdos de las caricias del pequeñuelo recuerdos que la hacían estremecer las entrañas con sensaciones dulces y nuevas, pálido su rostro encantador, apenas alumbrado con las rosas frescas de sus mejillas, estaba llorando, embelesada en la visión de su noche de maternidad improvisada, que le abría un mundo desconocido.

La Abadesa, acariciándola su rubia cabecita y creyéndola pesarosa de su primer pecado a la regla, trataba de consolarla, diciéndola que estaba perdonada de su falta involuntaria, pero ella sollozaba lamentándose por la pérdida de aquel niño que hizo estremecer sus entrañas de Virgen y lloraba no por un pecado baladí, sino porque pesintió y se despertó en ella, el sentimiento de la maternidad que toda mujer lleva innato como atributo que la hace Diosa de la humanidad, porque, como Dios, también ella crea la vida.

Sor Angélica, lloraba, sí, un pecado, pero era su pecado de malograr sus 17 años floridos, de grandiosa belleza, en la esterilidad del claustro, cuando pudo ser flor del mundo, que diese muchos retoños al jardín de la vida. Por eso lloraba y lloraba amargamente, su pecado de virginidad, que era el verdadero y único pecado, que cometiera la hermosa Sor Angélica...

MI CANTO

Yo soy una audaz, yo soy sincera,
Yo miro al mundo, por el mundo mismo,
Templada con un genio de altanera
Llevo en alto el pudor de mi bandera
Como sacra inducción de mi idealismo.

Yo llevo indomable dentro el pecho
Como altivo blasón que uní a mi lema,
Una fe de gigante por pertrecho
Una aureola de luz como derecho,
Y mi diosa triunfal, por magno emblema.

No me ciega ni el odio, ni la envidia
De nadie mi alma protección espera;
Tengo fe en la victoria y en la lidia
Me mantengo altanera y sin desidia
Como un blanco penacho de cimera.

Así en viviente paliación estalla
Esa fe que me agita, y en su gloria,
Rindo el culto homenaje de mi talla
Como el genio clarín de la batalla
Rinde dianas de triunfo a la victoria.

Yo no soy una audaz, yo soy sincera,
Yo miro al mundo, por el mundo mismo,
Templada con un genio de altanera
Llevo en alto el pudor de mi bandera
Como sacra inducción de mi idealismo.

MALENA SAAVEDRA BASAVILBASO.

IDILIO EN EL BOSQUE

Por Felix Tourrette

Victorina Lenglumet paseaba en el bosque de Bolonia sus veinte años, su rostro de pepona provinciana recién llegada a París y su vestido un poco pasado de moda. Colocada de doncella, era la primera tarde que le tocaba de paseo, y el buen tiempo le había movido a disfrutar en el bosque de sus horas de libertad.

En uno de los paseos paralelos a la carretera de Longchamp se le acercó un joven que estaba parado junto a un pequeño camino de travesía.

—Perdóneme, señorita — le dijo, quitándose respetuosamente el sombrero; — pero quería pedirle a usted un favor. Es tan poco lo que voy a pedirle, que...

Parecía vacilar, y al fin prosiguió:

—El caso es que tengo unos francos ahorrados, y en vez de tenerlos guardados en casa, expuestos a que me los roben, quisiera esconderlos aquí en el bosque, y lo que yo me atrevo a solicitar de usted, señorita, es que siguiera usted aquí un rato para avisarme si viene alguien. En ese caso tome usted. ¿No le molesta mi pretensión.

La joven, divertida, no se atrevió a rehusar. Respondió sencillamente:

—Me quedo aquí. Dése usted prisa.

Victorina vió al joven hacer un hoyo con su bastón y enterrar una cajita de hierro. Con destreza volvió a cubrirlo de tierra, y se acercó de nuevo a la joven.

Ya eran conocidos y siguieron juntos su paseo.

—¿No teme usted — dijo riendo la joven — que vaya a desenterrar su tesoro?

—¡Qué dice usted, señorita! Si su aspecto no inspirara una gran confianza no me hubiese dirigido a usted.

Se llamaba Luis Dufort. Era de Nievre y desde hacía dos años residía en París, empleado en una tienda de comestibles de la calle de Saint-Honoré. Pensaba seguir viviendo en París y encontrar una mujercita para casarse con ella.

Al decir esto, miraba de tal modo a la joven, que ésta bajó los ojos ruborizada.

Dieron la vuelta al lago conversando alegremente. El tiempo era espléndido. El público dominguero era cada vez más numeroso.

Luis Dufort pareció preocupado.

Hay demasiada gente en este bosque — dijo —. Me parece que he hecho mal en esconder aquí mis mil ochocientos francos.

Victorina asintió. Era peligroso, en efecto.

—Vamos al lugar del escondite — propuso el joven.

Al llegar, Luis vaciló.

—Hay mucha gente. Si me ven... creerán que he venido a ocultar el producto de un robo.

La joven echó a reir.

—¡Qué miedoso!

—¡Qué quiere usted, es más fuerte que yo! Prefiero dejar aquí el dinero. Si lo hubiese sabido...

Su preocupación iba en aumento. Victorina se decidió.

—Tome usted mi bolsillo y déme su bastón. En un minuto acabo.

La joven desenterró la cajita y volvió a tapar el agujero. Cuando volvió ya no estaba su compañero. Lo buscó en vano. ¿Qué significaba aquello? De pronto empezó a sospechar. Abrió la caja. Sólo tenía un poco de arena.

Y al contemplar maquinalmente el bastón del señor Dufort — un bastón de 12 francos—, la pobre Victoriana, desamparada, no sabía qué lamentar más, si los dos billetes de cien francos que tenía en el bolso o la ausencia del joven, de tan simpática presencia y agradable conversación.

WALTER SCOTT

Por la celebrada autora de "La cabaña de Tom"

Enriqueta Beecher Stowe efectuó en los años 1853-54 un viaje por Europa, — viaje triunfal si cabe, y que sirvió para exteriorizar en una forma entusiasta, las simpatías suscitadas por la causa abolicionista y su elocuente evangelio, que tuvo una influencia tan grande en la supresión de la lacra vergonzosa de la esclavitud de la raza de color en Norte América, aun cuando todos los Estados Federales de la Unión no la borraron el mismo día, debido a su constitución política que como la nuestra, crea Estados dentro del Estado.

Mistress Stowe visitó Inglaterra, Escocia, Francia y Suiza, siendo acogida en todas partes con respetuosa admiración, hasta por los antiabolicionistas, como Granier de Cassagnac, el cual no creía en la asimilación intelectual de los negros. A su regreso, publicó sus impresiones, — dos tomos en que la ilustre dama, honra y prez de su sexo, raya a la altura del gran escritor de que se ocupa, por el color de sus descripciones, por su estilo realmente seductor y un fino espíritu de observación que encanta.

"Recuerdos felices" bastaría a llevar el nombre de la autora a la posteridad, si antes no lo hubiera conseguido con "La cabaña de Tom (Uncle's Tom Cabin) obra de combate, obra de redención, que logró sacudir a viejas sociedades carcomidas por el egoismo comercial y que no tenían reparo en estrechar la mano de los traficantes de carne humana.

La autora ha trazado del bardo escocés una imagen imparcial, sin tratar de ocultar los lunares susceptibles de arrojar sombra sobre esa luminosa personalidad. Ella confiesa, sin embargo, su admiración al escritor y al hombre, y, por consiguiente, pueden otorgarle su completa adhesión los que han tenido la oportunidad y el gusto de leer la vida y las obras de Walter Scott.

***

"Llegamos — escribe mistress Stowe—al famoso puente de Bothwell, que Scott ha inmortalizado en "Los puritanos de Escocia". Procuramos evocar allí las escenas de la batalla, tal cual él la describe. Pero después de localizar nuestros recuerdos, sufrimos una decepción: el puente ya no era el mismo; se nos dijo que el que teníamos ante nuestros ojos es mucho más ancho y de reciente construcción. Sin embargo, me consolé al examinar los pilares, viendo que son, a no dudarlo, los mismos viejos pilares que sostenían ese puente en vida de Walter Scott.

Luego pasamos a una habitación elegante, que perteneció a Lockhart, yerno de Walter Scott.

La amable dueña de la casa nos condujo a un pequeño gabinete de trabajo, donde, Scott escribió "Los puritanos".

Desde la ventana la vista abarca una vasta extensión de los paisajes descriptos en esa novela.

¿Era Scott un hombre supersticioso?

Nótese que en ese país de lagos misteriosos y castillos encantados, la imaginación popular tiene ancho campo donde divagar.

En ese castillo de Glamys, citado más arriba, Scott durmió una noche en un departamento aislado del cuerpo principal. "Confieso, — dice — que al sentir las puertas cerrarse una tras de otra, después de retirarse mi guía, empecé a sentirme un poco lejos de los vivientes y demasiado cerca de los muertos... A despecho de la verdad histórica, toda la noche mi espíritu estuvo cavilando las escenas de "Nacbeth".

Hay que confesar, asimismo, que resulta difícil, aun para el más escéptico, sustraerse a la influencia del castillo de Glamys, pues su aspecto es tan extraño, tan fantástico y fatal, que no puede menos que conmover e impresionar hondamente la imaginación más inerte.

Scott ponía en sus descripciones una exactitud, una minuciosidad profusión de minuciosos detalles, a lo que replicó el poeta: "No hay imaginación que valga para poder conservar mucho tiempo su frescura, si no se la alimenta por la observación atenta de la naturaleza."

Cuenta Lockhart en su "Vida de Walter Scott", que éste se entusiasmó de tal manera al contemplar el castillo de Craignesthan, que su propietario le ofreció, con carácter vitalicio, una casita dentro del radio de ese dominio.

Con tal antecedente, yo pensaba hallar en la imaginación popular de esas regiones algo de la admiración que yo profeso a Scott. Sufrí un desengaño: los nombres de Bannockburn y Burns son más apreciados. Es que Scott pertenece al pasado y no a la época moderna. Ha embellecido y adornado aquello que se estaba envejeciendo, aquello que iba a desaparecer. Adoraba con todo su corazón instituciones que, para la gran mayoría del pueblo, significaban un obstáculo, así como una pesadilla. El que se está muriendo de hambre en un torreón, se forma naturalmente una idea, bien distinta de un castillo feudal, a la del poeta seducido por el encanto pintoresco de lejanas perspectivas.

tan grande como si se tratase de una guía para uso de turistas. Por ejemplo, tenía por costumbre anotar en su libreta de apuntes los menores detalles, los nombres de las plantas, con los rasgos característicos de cada una. Díjole una vez un amigo, que sin duda, era su imaginación la que le suministraba esa

Para nosotros, americanos, el feudalismo no pasa de ser una mera palabra, pues somos completamente ignorantes de las injusticias y opresiones que el feudalismo implica. Por esto, cuando contemplamos nuestros magníficos paisajes del Nuevo Mundo, podemos apreciar los elementos de la poesía con otro criterio que los que saben por experiencia lo que cuestan tan pintorescas decoraciones.

Sin embargo, ya que hay dos mundos en el hombre: el real y el ideal, ambos proveniente de Dios, debemos considerar un bien para la humanidad que Scott haya venido al mundo real para unir el presente al pasado.

Las ficciones de Walter Scott se parecen a la hermosa hiedra que tapiza las ruinas: no tan sólo las adorna sino que, a veces, las sostiene, impidiendo que esas masas de piedra roídas por el tiempo, se desmoronen hechas polvo.

La desgracia es que al trazar su ideal de "Los puritanos", nadie sabe a qué responde, desde que las muchachas consideran a Morton como un tonto fastidioso y se enamoran de su rival, lord Evandale. Por lo que se supone que el autor tuvo la idea preconcebida de sorprender el corazón de las mujeres, ganándolas a la causa realista.

Es positivo que al crear el tipo de Evendale, modeló un carácter vívido e interesante, por cuanto se ha llaba en completa armonía con su carácter propio, pudiendo decirse que en ese personaje se refleja su misma vida. Henri Morton, por el contrario, es una creación artificial y laboriosa, destinada a representar a un hombre del justo medio y de buen sentido imaginario. Se preguntará por qué Scott no puso en acción caracteres como el duque de Argyle, Hampdon o sir Harry Vane, que unían a la alcurnia una noble educación y sentimientos caballerescos y fervor religioso. Es que Scott no podía hacerlo así, por no existir en su ente moral la religiosidad que permite concebir tales tipos. No se puede crear más que caracteres cuyos elementos se tienen en sí, y hay que reconocer que el entusiasmo por la religión no fué una característica de ese grande hombre, por más que aseguró más de una vez y— ¿por qué no se ha de creer en su sinceridad?—que él moriría si fuera preciso por la causa del Cristianismo. Hay que decir también que era de un temperamento por demás calmoso y feliz, para sondar las profundidades de las almas sacudidas por grandes luchas y grandes sufrimientos.

Se ha dicho por más de un comentador que Scott jamás tuvo en vista en sus obras un fin moral. El mismo, en las postrimerias de su vida, hizo alusión a este reproche; habló con humildad, confesando haber empleado sus facultades en cosas superficiales y subalternas.

Puede declararse en su descargo que ya es una gran cosa que tan poderoso espíritu tuviera tan clara visión para discernir entre la virtud y el vicio. Al leer sus

ANTES DE SABER

En el día en que los lotos florecieron, andaba mi alma vagando, y ¡ay! yo no lo sabía.

Mi canasta estaba vacía, y las flores quedaron abandonadas. A intervalos, una honda tristeza caía sobre mí; interrumpía yo mi sueño y sentía en el viento del Sur el rastro vago de una extraña fragancia. Aquella suave dulzura llenó de dolorosas ansias mi corazón, y pensé que era el agudo hálito del verano que buscaba la perfección completa de sí mismo.

No sabía yo entonces que aquel perfume estaba tan cerca de mí, que "era mío", y que aquella acabada dulzura florecía en el fondo de mi propio corazón.

RABINDRANATH TAGORE.

novelas, vemos que nunca solicita nuestras simpatías en favor del vicio que, en ciertos cuadros seductores, suele, muchas veces, tomar la apariencia de la virtud; lo que también hace titubear la mente, tratándose de la demarcación de límites entre uno y otro.

Lo que, en realidad, se les podría reprochar mayormente, es su predilección por los asuntos bélicos. Leyendo, "La Dama del Lago", le es difícil a un cristiano desechar esa especie de repulsión que despiertan en Homero pinturas análogas; pero a medida que la influencia de Cristo se difunda, los escritores se apartarán de esta pendiente.

Se le ha acusado, también, de haber sido injusto para "coventaires" y puritanos. Presumo que Scott quiso ser imparcial entre los dos bandos en lucha, al poner de lado del "covenant" su modesto y bravo héroe Morton, quien es precisamente un puritano, tal cual habrían sido todos, tomando consejo de Sir Walter Scott.

Fué una hermosa mañana de Abril, nebulosa, lluviosa, mística, cuando tomamos el tren en Aberdeen, para visitar en el día Absbdford, Dryburgh y Melrose.

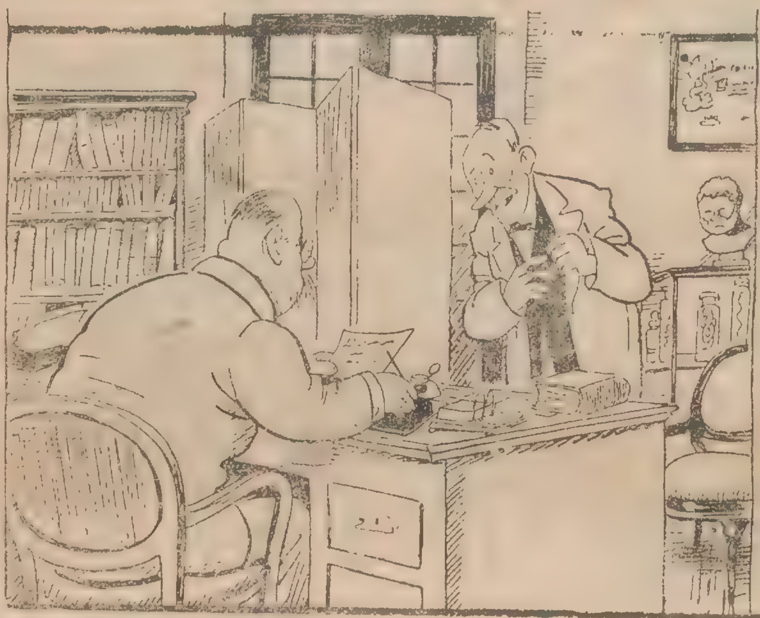
En las cercanías de Stone, donde eran coronados antiguamente los reyes de Escocia, rodeado de bosques sombríos, se levanta el castillo de Glamys, en el que se desarrolló la tragedia de "Macbeth". No hicimos más que divisarlo desde el tren. Scott pasó una noche en ese castillo, y sin ser supersticioso, según afirma, refiere en su "Demonología" que, solamente en dos ocasiones, experimentó una impresión supersticiosa, siendo una de ellas la noche que durmió en Glamys.

Cada arroyo que cruzábamos, cada paisaje, nos hablaban del gran bardo escocés. El pensar que el hombre cuyo genio prestara tanto prestigio a esos sitios era desaparecido para siempre, nos sumía en melancólicas meditaciones. Y no sólo él se había ido: de su familia, de sus íntimos amigos no quedaba un sobreviviente, ni siquiera un hijo heredero de tan precioso nombre.

Con emoción, franqueamos la puerta del castillo de Abbotsford, construído por el poeta, de acuerdo con la modalidad de su espíritu. Todo el mundo lamenta, asimismo, que Scott haya ejecutado semejante construcción; pero ella hacía su felicidad, era su poema en piedra, la concibió y meditó con cariño. Puede decirse que cada una de sus partes expresa un pensamiento de Scott. Allí colocó, como en un inmenso estuche, todas las riquezas arqueológicas y reproducciones de las más antiguas y bellas ruinas de Escocia, que conmovieron su imaginación y su corazón. Cada objeto había de recordarle alguna de sus poéticas creaciones, cada escultura era una historia y, como los versos de sus poemas, expresaban los sentimientos de su alma.

En cuanto al aspecto general de Abbetsford, es la cosa más estrafalaria del mundo: cada vez que el morador tenía la fantasía de ver un balcón en su ventana, lo hacía construir; cada vez que un fragmento de escultura o un trozo artístico le venía a la mano, lo engarzaba en las fachadas, sin preocuparse de regla alguna, violando así las leyes de la arquitectura, como asimismo, las ideas utilitarias de la economía doméstica. Sólo debe buscarse en esa extraña construcción el esfuerzo de un poeta que desea materializar y hacer palpable el mundo de los ensueños, formando en una especie de novela arquitectónica un refugio contra las frías y fastidiosas realidades de la existencia.

La biblioteca de un pensador como Scott no podía menos que tener un aspecto fantástico: esta es la impresión que me causó, con sus 20.000 valúmenes guardados en estantes que cubren todas las paredes. Contiguo está un pequeño gabinete; en el centro la mesa de trabajo y el mismo tintero que usó el escritor. Su sillón de marroquí negro se conserva, también, religiosamente.



EL DOCTOR. — La primera visita son veinte pesos y las siguientes son a diez.
EL CLIENTE. — ¡Bueno, para usted será la primera, pero para mí es la última.. ¡Conque usted dirá cuanto le debo!

Si Scott pudiera volver al mundo, tras la dura prueba de su vida, es probable que sus apreciaciones respecto de muchos puntos, tomarían otro giro. Los sentimientos que en su lecho de muerte intentó comunicar a Lockhart, habrían constituído para la humanidad una nueva revelación literaria.

Hay almas semejantes a esos preciosos jarrones de alabastro, de que hablan las Santas Escrituras, los que no dejan derramarse el perfume de la devoción, porque los grandes dolores nunca los han quebrado.

Sin embargo, no conozco nada más triste que el final de la biografía de Scott ¡Pobre Walter Scott! se exclama, leyendo la desolación del poeta el día en que perdió su esposa. Lokhart ha trazado de ese dolor un cuadro palpitante; y sobre todo cuando el cuerpo fué bajado a la bóveda, en la capilla del viejo castillo de Dryburgh, en la parte llamada "ala de Santa María". Esa ala está rodeada de espesos bosques de pinos y vegetaciones potentes. Dos grandes arcos sostienen una galería de pequeñas y elegantes ojivas, de las que algunas tienen esa liviandad morisca que da un color singular a las vetustas ruinas góticas. Fragmentos de piedra se hallan esparcidos por el suelo, y todo eso ostenta un aspecto silvestre, fantástico y pintoresco, propio para hacer palpitar el corazón de Walter Scott.

En su autobiografía, el bardo lamenta la mala suerte que impidió que este dominio fuese a parar a su familia, no dejando a los Scott sino el derecho de tener allí su sepultura. Y es desgracia, en efecto, que Scott no haya podido hacerse propietario de una ruina tan rica y tan poética, y que para él hubiera sido un tesoro más precioso que la más magnífica de las viviendas modernas.

¡Cómo pudo un poeta poseyendo en tan alto grado el sentimiento de lo bello, establecer su morada en un sitio tan insignificante como Abbotsford, pudiendo haber elegido cualquier otro más en armonía con ese sentir!

Dryburgh era el más indicado, bajo todos los conceptos.

Walter Scott descansa bajo los arcos de la capilla de Santa María, al lado de su compañera, y entre dos cosas que tanto amó: la libre belleza de la naturaleza y los viejos monumentos de la historia del Arte.

Con todo, hay en ese sepulcro algo que yo desearía poder modificar: me parece que estas grandes lápidas pesan por demás y son muy frías sobre el pecho de un amante de la naturaleza y de lo bello.

Se me ocurre que el verde, salpicado con florecillas, no pone entre los muertos y el cálido afecto de los vivos una barera tan desesperada. El césped y las margaritas parecen prometer que los restos mortales que cubran, renacerán en la inmortalidad.

Son como suaves mensajes que os envía el polvo sepulcral, para anunciaros que reposaréis en la esperanza y con la certidumbre de una resurrección gloriosa..."

***

Con emoción creciente he traducido las bellas páginas que anteceden, que a fuer de un corte literario impecable, revelan un gran corazón de mujer, un corazón lleno de ternura para la humanidad.

He tenido que abreviar bastante, en previsión del espacio, suprimiendo, desde luego, la visita a Melrose, sitio interesante, no sólo por su belleza natural, sino porque todo allí respira Walter Scott, así como Weimar es la evocación de Goethe. Pero lo que se ha leído dará suficiente idea de la diferencia existente entre esa literatura sana, fuerte, radiosa, que conforta el espíritu, y las desconsoladoras pinturas de la novela moderna, que hace la apología descarada del impudor en las mujeres y la depravación en los hombres.

Los pedantes dirán que el mundo ha evolucionado; "que hoy debe quemarse lo que se ha adorado antes"; que el libro de mistress Stowe es muy anticuado y que por aquí nadie se acuerda de Walter Scott, a no ser algunos aficionados a la ópera, quienes al deleitarse con la obra maestra de Donizetti "Lucía de Lammermoor", se dignan recordar que el poema es de Walter Scott.

Dirán, en fin, que evocar a la escritura norteamericana y al bardo escocés, es hacer "una exhumación", palabra cara a los aristarcos que se pasan el tiempo desmenuzando las obras maestras del pasado en nombre de un modernismo extravagante. Así será, pero hay exhumaciones que dejan en descubierto grandezas imponentes, que infundirán siempre el respeto y la admiración de los hombres de buena voluntad. Es el caso de Walter Scott, poeta poco o nada leído por aquí. Y es lástima ese desdén, porque esta literatura es, a no dudarlo, más recomendable que las malas novelas francesas repudiadas por los que no comulgan en absoluto con el materialismo disolvente que predican.

Y confieso, también, que, entre dicha literatura y la de mistress Stowe, me quedo con la de esta última, que al fin y al cabo, hace honor al espíritu sajón.

En Inglaterra, una niña puede todavía, — a pesar del aflojamiento de todos los resortes, producido por la gran catástrofe mundial, — una niña puede, decimos, acercarse a un quiosco para elegir una novela, con la certeza de que sus padres no necesitarán pasarle vista antes de dejar el libro en sus manos.

En Buenos Aires no nos podemos mirar en este espejo.

Max Eugenio AUZON.

EL CODICILO

Por la Baronesa de Wilson

I

La capital de Guatemala es la más hermosa de la América central; sus cómodas y elegantes casas tienen lozanos jardines y, como en Méjico, corredores llenos de preciosas flores.

A pocas leguas de distancia se encuentran las majestuosas ruinas de la Antigua, entre los caprichosos volcanes de Agua y de Fuego, y un poco más lejos los escombros de "Ciudad Vieja", destruída por el torrente que despidó el volcán de agua en la noche del 11 de septiembre de 1541.

En la terrible inundación pereció doña Beatriz de la Cueva, viuda del conquistador Alvarado y gobernadora interina.

Los valles y alrededores de Guatemala, no sólo son curiosos para el viajero, sino feraces, pintorescos y productores.

Hace algunos años que cercana al teatro principal, se veía una antigua pero elegante casa toda de piedra con zaguán, jardín al frente y escalera espaciosa a la derecha.

Bellas habitaciones donde se admiraban costosos refinamientos del lujo, tapices y bronces, acusaban la riqueza de los dueños.

Atravesando dos grandes salones se llegaba a una puerta cubierta con cortinas de seda, la que daba paso a un primoroso gabinete, en el cual se veían mil bagatelas de plata, china y marfil: un artístico estante de cedro encerraba varios libros lujosamente encuadernados y un gran retrato de cuerpo entero pendiente por gruesos cordones sobre un sofá de brocado azul, completaban el todo.

En los huecos de los balcones caprichosas jardineras ostentaban begonias de variadas clases, cedros y otras plantas tropicales.

Aquel risueño cuadro formaba singular contraste con el traje de luto y el profundo pesar que reflejaba la fisonomía de una mujer joven y hermosa que, recostada en un sillón, acariciaba la rubia cabeza de una preciosa niña sentada a sus pies en toburete de terciopelo.

Era uno de esos tipos cuya belleza consiste en la suprema gracia, en la distinción y el poderoso atractivo que inspira respeto y amor a la vez.

Sus cabellos, de color castaño oscuro, coronaban un rostro pálido, pero con esa palidez apasionada (si es permitida esta frase) privilegio de los tipos hispano-americanos.

Los ojos eran aterciopelados, magníficos, con largas pestañas y cejas tan perfectas, cual si un hábil pincel los hubiera formado.

Aquella mujer era esbelta y delgada, con manos y pies de niña.

El dolor nublaba su fisonomía y gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Un criado levantó la cortina diciendo:

—El señor Vélez Rubio.

Un hombre como de treinta y ocho años, de elevada estatura y noble fisonomía, entró en el gabinete.

Al verlo se levantó de la mecedora y mostrando una silla cerca de la suya dijo:

—¿A qué debo el consuelo de ver a Vd. amigo mío? ¿debo mirar como feliz o funesto presagio el abandono de su bufete?

—Dispénseme Vd. Guadalupe, si he venido a turbar su dolor y su soledad; pero es preciso que me dé Vd. el codicilo para reunirlo a las demás piezas justificativas.

—¿Que dice Vd.? No tengo ese documento y creo habérselo entregado con todos los papeles.

—Entre ellos no está.

—La pérdida de ese codicilo sería mi ruina. ¡Oh! mi buen tío, — continuó sollozando y fijándose en el retrato de que hemos hablado, —tú que tanto me amabas protégeme: ¿qué será de mi hija? Federico me odia y es incapaz de sentimientos generosos.

—Pero la última voluntad de un moribundo...

—No la respetará...

—Sería capaz del mayor sacrificio para evitar a Vd un nuevo pesar, pero sin el codicilo el derecho de Vd. es nulo... busque usted...

—No, no; habrá sido robado: mi tío agonizante, me dijo que estaba en el sobre que entregué a Vd. y que contenía algunos papeles.

—Sí; títulos de propiedad, escrituras y otros documentos, pero no el principal; mas ¿cree Vd. capaz a Federico?...

—De todo: lo conozco. A la muerte de mi esposo intentó disuadirme de volver al lado de mi tío... Ya sabe usted que comprometida la fortuna de mi marido en la quiebra del banquero francés, nada pude recoger y que mi tío me abrió sus brazos y su casa.

—Valor y resignación; esperemos todavía.

—Gracias, amigo generoso, gracias.

II

Vélez salió de aquella estancia dolorosamente afectado, y al cruzar los dos elegantes salones, pensó con amargura en que un joven pervertido y audaz arrojaría a Guadalupe de aquella casa y la privaría de todo.

Nuevamente buscó hoja por hoja, sin mejor resultado.

El pleito continuó pero el testamento era legal y por él los bienes pertenecían a Federico Monreal, sobrino en el mismo grado que Guadalupe.

El último término se cumplió, y el orgulloso heredero se presentó en la casa, significando a Guadalupe que la abandonara inmediatamente.

La viuda estaba serena, tenía la dignidad de la desgracia y hubiera mirado como una humillación, implorar apoyo de aquel hombre, que siempre la había odiado, precisamente por la preferencia que su tío manifestaba por ella en los últimos años.

El testamento había sido hecho en circunstancias especiales.

Guadalupe era huérfana y vivía con el hermano de su padre, cuando se enamoró del que fué después su compañero, que pertenecía al partido liberal avanzado, mientras que su tío era conservador e intransigente con los que introducían en Guatemala reformas radicales y trataban de acabar por completo con rancios hábitos y antiguas instituciones.

La revolución se extendía por toda la República y el prometido de Guadalupe tomaba parte activa en las operaciones: entonces el anciano prohibió terminantemente a su sobrina que pensara en tal casamiento, pues jamás lo consentiría..

Pero ella amaba, adoraba, y la razón y la justicia además, le hacían considerar, que las luchas de partido no debían influir en su dicha, y su generoso corazón se sublevó contra aquel empeño absurdo y tiránico; un día, después de haber agotado todos los medios para obtener el beneplácito del que era su segundo padre, salió de la casa y de Guatemala, con el que era causa de aquella determinación.

La joven le confió su honra, segura de que estaría bien guardada, y un mes después se casó en Quezaltenango.

La cólera del tío de Guadalupe no tuvo límites y juró desheredar a su sobrina y no perdonarla jamás.

Entonces hizo el testamento en favor de Federico Monreal.

Pero cuando supo que en la acción de Tacaná había muerto el hombre a quien aborrecía y que, además, la quiebra de un banco le había arrebatado toda su fortuna, pensó en que la viuda quedaba pobre y sola; que una niña quedaba huérfana y sin apoyo. Olvidó todo, corrió a Quezaltenango y volvió a Guatemala con su sobrina y la hija de ésta.

Gravemente enfermo despues, recordó el testamento y por un codicilo lo anuló, instituyendo única heredera a Guadalupe y dejando sólo señalada una cantidad para Monreal.

¿Cómo llegó a noticia de éste? Tal vez por los criados o por el escribano, pero desde aquel momento pensó en sustraer un papel que le arrebata inmensa fortuna, destinada a sostener sus calaveradas.

El oro le proporcionó lo que deseaba; un criado infiel le abrió las puertas en la misma noche en que Guadalupe, anonadada por el dolor, velaba rezaba y lloraba junto al cadáver del anciano.

De ese modo quedó reducida a la miseria.

—La Providencia se apiadará de mí y de mi Luisa. — pensó — y al indicarle que podía sacar su ropa y alhajas, contestó con dignidad:

—Nada quiero, sino mis trajes más precisos y modestos: sólo pido el retrato del hombre que creyó asegurarme el porvenir sin contar con la traición y la maldad.

—La ley me devuelve lo que usted me usurpaba; por eso no quiero guardar el retrato del que tal vez pensó en despojarme... la muerte no le dió tiempo...

—¡La muerte! — murmuró Guadalupe. —No; un robo incomprensible.

Federico sonrió añadiendo:

Prudencia mundana

No has de disgustarte en un momento con un amigo que lo ha sido durante toda tu vida. Una piedra, tras muchos años, se convierte en rubí; ten cuidado de no destruirlo en un instante contra otra piedra.

La razón está bajo el dominio de los sentidos; a la manera que un hombre se rinde en manos de una mujer ladina. Cierra la puerta de aquella casa de placer que oyes resonar con la voz potente de una mujer.

Dos cosas moralmente imposibles: gozar más que lo que la providencia ha dispuesto, o morir antes del día predestinado. No se alterará el destino por miles de lamentaciones y suspiros, ni por nuestras loas y quejas. Al ángel que preside el tesoro de los vientos, ¿qué se le importa se apague la lámpara de una anciana viuda?

SA'DI.

—Es un lienzo magnífico y se vendería muy bien; es obra de un un pintor de gran nombre: está hecho en París; pero renuncio a él como a todo; dentro de algunos días se venderán los muebles en remate.

III

Guadalupe salió de aquella casa llorando amargamente: no por la pobreza que la amenazaba sino por el recuerdo de los días felices que en ella había pasado. En un carrito hizo colocar el retrato y un baúl pequeño y se hizo conducir a la modesta casa de una india, que había sido su doncella.

Las privaciones empezaron, pero con esa resignación propia de las almas elevadas, buscó en el trabajo los medios para subvenir a las necesidades de su hija y a las suyas.

El abogado Vélez Rubio trató de averiguar el paradero de Guadalupe; durante dos meses fué difícil el empeño.

Una casualidad volvió a ponerle en el camino de la hermosa viuda, por la cual sentía admiración y cariño.

Pasaba por la plaza de la Catedral, cuando vió venir en dirección opuesta a una mujer a quien creyó conocer.

Era una india con un pequeño paquete en la mano.

Al encontrarse más cerca, Vélez recordó quien era; la había visto en casa de Guadalupe, en donde servía como doncella.

Una idea cruzó por su imaginación: Tal vez aquella mujer sabía en donde se encontraba la joven.

—Nicolasa, — la dijo deteniéndola, — ¿no me conoces?

Sí, señor; sí; lo he visto allá, en la casa de la "niña" Lupe.

—¿Tú sabes en donde está?

—¿Yo?... no señor.

—Sí, lo sabes; ella te habrá encargado que guardes secreto, pero tengo que decirle una cosa muy importante.

—¿Para bien suyo?

—Por supuesto.

—Pues entonces se lo diré a Vd.; la niña Lupe está en Escuintla.

—¿En Escuintla?

—Sí, señor; aquí no podía vivir y me dijo: Nicolasa, tengo confianza en tí y por eso te llevaré conmigo: viviremos como se pueda, pero más barato que en Guatemala; y nos fuimos.

—Pero, ¿qué hace?

—Borda, cose, y eso cuando hay: la otra semana estuvo la niña muy mala y no pudo coser y por eso hoy...

La india vaciló.

—¿Hoy qué? — preguntó Vélez, ansioso e impaciente.

—Pues hoy me dió un alfiler y otras cosillas para empeñarlas: lo único que tenía puesto al salir de casa de su tío.

—¿Puedo contar contigo para hacer lo que pienso y sacarla de este estado?

—¡Cómo no! si yo daría mi vida por la niña...

—Pues bien, toma: le das ésto y le dices que es el valor de las joyas.

Y Vélez entregó a la Nicolasa unas monedas de oro.

—Pero, ¿y este paquete?

—Dame, yo sabré como dárselo más tarde.

IV

Escuintla es una pequeña población rodeada de jardines, huertos y preciosas "haciendas"; elevados cocoteros prestan sombra y protejen contra los ardientes rayos de sol y múltiples arroyuelos cruzan en distintas direcciones, como franjas de plata, murmurando suavemente y reflejando en sus cristales el cielo trasparente y azul.



—¡Ha visto usted, amigo, qué otoño tan desagradable!
—A mí me parece delicioso.

Numerosas familias de la capital han hecho de Escuintla, sitio de recreo, y en sus bosquecillos y a orillas de sus arroyos, bajo las frondosas copas de los árboles, se esparcen en grupos y pasan deliciosos instantes en las horas del calor.

Completan este cuadro tropical las indias sentadas a las puertas y en las aceras, vendiendo naranjas, plátanos, mangos y otros frutos, con los pies y piernas desnudos, la angosta saya azul y la camisa sin mangas y rayada de encarnado o azul.

El clima permite y autoriza esa desnudez.

Guadalupe habitaba una pobre casa, un rancho que no tenía otro atractivo que el aseo y las muchas flores, que por doquiera se veían.

Allí estaba contenta porque su Luisa nunca se había encontrado más fresca y en mejor salud.

Una mañana, sorprendida y avergonzada, vió entrar a Vélez.

—Como ha sabido usted que estaba aquí?

—¡La casualidad! acompañando a unos amigos la he visto a usted al pasar y como la buscaba con afán...

—¿Para qué?

—Guadalupe, usted me dijo un día que yo era su mejor amigo, y sin duda no lo creía usted así, puesto que se oculta de mí.

—No; usted no lo cree así, pero... la situación mía... la necesidad de ganar mi vida...

Vélez estaba conmovido; aquel rancho le parecía un santuario y ni aún se atrevía a formular el pensamiento que allí le había conducido.

—Usted no puede permanecer así; usted perderá su salud trabajando; usted no está acostumbrada a esta existencia; además la educación, el porvenir de Luisa...

—Pero, la necesidad carece de ley; aseguro a Vd. que soy feliz.

—Perdóneme usted y sea franca, completamente franca conmigo.

—¡Cómo no!

—¿Sería un sacrificio para Vd. ser mi esposa?

Guadalupe sintió que sus mejillas se cubrían de rubor y no contestó.

—¿Le soy a Vd. tan indiferente o teme no ser feliz?

—¡Oh! amigo mío, ni lo uno ni lo otro; pero ¿es exceso de amistad o es?..,

—Amor: sus virtudes de Vd. lo inspiran y su mano y su corazón serán para mí un paraíso de felicidad.

La joven viuda confundida y embargada por dulce emoción, contestó con una elocuente mirada, más elocuente que las palabras.

V

Ha pasado un mes.

En la Catedral de Guatemala se había celebrado el matrimonio de Guadalupe con Vélez Rubio.

Al entrar en la nueva casa que la fortuna le ofrecía, le dijo el feliz abogado:

—Ven, alma mía, a visitar esta casa que desde hoy embelleces y de la cual eres reina.

Atravesaron varias y elegantes habitaciones; al llegar a un precioso gabinete, al fijarse en una artística mesita de bronce, la joven lanzó una exclamación.

Las joyas empeñadas por Nicolasa estaban sobre una bandeja de plata.

—Fué mi cómplice — dijo Vélez sonriendo — esa india, ella me salvó de la desesperación, haciéndome conocer tu retiro.

La joven supo entonces el por qué de aquellas palabras y rodeó con sus brazos el cuello de su marido.

Cinco años después, Federico sucumbió en una cacería: desbocado el caballo lo arrojó al fondo de un abismo.

Al hacer el inventario de sus muebles, al registrar sus papeles, se encontró encerrado en una cartera, el codicilo robado a Guadalupe y por el cual volvían a poder suyo los bienes de su tío.

—Nada necesitas — la dijo Vélez: — esos bienes son para nuestra Luisa, sólo para ella: mi amor, angel mío, se ofendería de esas riquezas y no las acepta: ¿lo apruebas?

AL OTOÑO

¡Otoño!... ya te anuncian las hojas de mi huerto
que cruzan los senderos, en muda procesión...
¡Cuán rápidas se alejan, por el camino incierto
las mustias y amarillas viajeras de Ilusión!...

¡Otoño!... Ayer he visto, todo el jardín cubierto
Por hojas que en mis flores buscaron protección.
¿También a mis rosales las furias del desierto
hacer sentir pretenden su eterna maldición?...

¡Otoño!... Ten cuidado, viajero peregrino
Dirige bien tus pasos y elige tu camino...
Mis flores a las hojas, se niegan a seguir!...

¡Otoño!... ¿Acaso ignoras que en tarde placentera,
Ha tiempo, a mis jardines, llegó la Primavera,
Con la promesa santa de nunca más partir?

CHARLIE.






Amarras a tierra...

Por el Teniente H. Doserres

Amarrado al murallón estaba el buque con los chicotes de proa y popa llamando a un largo y los senos — cruzados al centro — trabajando en contra.

Los cabos de cáñamo una vez más "templábanse como cuerdas de guitarra", tanto por la humedad ambiente del Mersey como por la proximidad de la pleamar que rápidamente iba poniendo a pique la planchada.

El oficial de guardia, embozado dentro del cuello del capote, echaba un primer vistazo a las amarras, pisando las más tersas a fin de cerciorarse si era llegado el momento de lascarles un poco.

En el combés, los madrugadores profesionales — trompa, despenseros y ayudantes de cocina — aferraban sus coys; y en el alcázar, el encargado del agua dulce manejaba el repartidor llenando equitativamente las tinas para el lavado de la gente.

Poco después aparecieron algunos hombres más con la toalla al cuello, a modo de bufanda, que subían a los botes o trepaban por las jarcias hasta las cofas de los palos, en procura del cacharro destinado a la toilette matutina del hombre de a bordo.

Sólo los foguistas de la guardia saliente, con sus rostros tiznados, no participaban de ese ejercicio de gavieros, ocupados como estaban en cerrar con broche de oro el trabajo de sus últimas cuatro horas, izando ahora los baldes de ceniza, a objeto de no entorpecer más tarde la limpieza de la cubierta.

De regreso a la cámara, el Teniente pidió una taza de café, mientras paciente y concienzudamente alineaba las cartas de un juego de barajas para echar el consabido solitario que precede al golpe de diana.

A su lado estaba el cuaderno de Consignas del Segundo, cuya pequeñez contrastaba con el de Ordenes de Buque, en cuya última página se leía: "Nómbrase para administrar la gamela hasta el pase de los oficiales que deben regresar al país, al Alférez de Navío Don X. Z. y Auxiliar Contador, Don N. Y." y sobre la mesa chica a medio llenar el de Guardias en Puerto, con anotaciones como éstas: "Amarras: las anteriores. Fuegos encendidos: ninguno. Lanchas en el agua: todas, menos el salvavidas N.º 2...

—¡El regreso al país! — pensaba el teniente, recostado en el respaldo de la silla y mirando los baos como si leyera en ellos... ¡Cuántas veces había soñado eso!...

Hasta le parecía que la última parte de su existencia no era más que un ansia incontenida de regreso, pensamiento que ocupaba los largos paréntesis que median entre el beso triste de la despedida y el regocijado de la vuelta. ¡Cuántas preocupaciones para atesorar esos instantes fugaces, como son al fin los de la dicha, al cabo de los cuales el fantasma de la ausencia lo esperaría nuevamente con sus melancolías.

Por su imaginación desfilaban distintas etapas de su vida. El primer embarco — tal vez el más deseado — cuando aún adolescente sólo obraba en él el acicate de la curiosidad, que se conforma con arrancar al mundo visiones distintas cada día, pero que ya no eran el único alimento de su espíritu. Luego los servicios en Comisiones hidrográficas, viviendo bajo carpas a orillas del océano o en buques afectados a esos servicios, donde el mañana es una línea de sondajes o el cierre geodésico de un triángulo... Después a bordo de los transportes que surcan nuestras inhospitalarias costas, con días y noches desiguales, o bien en los largos períodos de rada de la vida en escuadra, donde los actos y obligaciones del hogar que requieren alejamiento de los buques, debería el Creador supeditarlos a los quince días de descanso que siguen a los treinticinco de labor...

Todo eso sin contar los numerosos pases a destiempo, desbaratadores de acariciados proyectos, a todos los cuales sométese en silencio la esposa como lo hacen las hermanas de esa familia sin lazos visibles, que constituyen "las santas aliadas de los marinos", cuyos nombres deberían repetir los mares a fuerza de oírlos a los que viven en los barcos.

¡Cuántas ilusiones tronchadas en homenaje al deber o en procura de méritos para el ascenso que envejece y que sin embargo nunca llega a su debido tiempo, vellocino de oro en el que todos creen durante algún tiempo y sin el cual se muere...

La visión del hogar ocupaba todo su ser. Algo había del alma triste de su buque desmantelado y con su aparejo en banda... Faltaba en él, el calor de sus calderas, el blanco de su casco llorando ahora óxido y la gala de sus palos cruzados. Entonces realmente concebía aquello del alma de los buques.

La gente de a bordo lo sabe sin decirlo, y los extraños que suben a su cubierta lo presienten sin saber por qué. De ahí que en todas las campañas que realizan hay una parte inherente e indivisible al buque que es la que triunfa a veces.

En todo eso pensaba después de haber leído aquello del regreso al país, no porque antes lo ignorara sino porque le parecía que ahora tenía más derecho a ensimismarse en él.

Con esa visión penetró en su camarote. Allí todo le era más familiar y se entrelazaban sin interrupción los recuerdos del hogar con las cosas de a bordo.

Allí estaban las imágenes de los suyos, que reemplazaban a las "Kalomas" o a las "mañanas de primavera", de los oficiales solteros; allí la silueta de un buque en alto sus bigotes, navegando a toda fuerza como él lo haría ahora si pudiera, rumbo a la patria; los viejos libros profesionales alineados en orden decreciente en los estantes al final de los cuales hay siempre lugar para Loti, Milanesse, Pierre Maél y Farrere, evidenciando la hermandad de sentimientos de los hombres de mar.

Cuando el teniente salió nuevamente a cubierta había nimbus en su mirada. La pleamar de zizigia se había producido y las amarras del buque, como ocurre a veces con las que mantienen las acciones de los hombres, habían perdido su elasticidad amenazando cortarse.

Un viejo Cabo de Mar con traje de faena sobre la ropa de paño y cinta negra al cuello, a quien conocía desde "su viaje" de Aspirante le devolvió los buenos días saludándole militarmente.

—Las espías de cáñamo son de maniobra más fácil y aguantan mejor... Los ingleses ya no la usan; ahora hay que "lascarle" un poco.

Le quitó las vueltas redondas a las bitas, "saltó" de un golpe de navaja el matafión que le servía de llave, y "sobre vuelta" le fué filando despacio todo lo que pedían.

Cuando las amarras dadas a tierra, aliviadas en su esfuerzo, dejaron oír su chirrido característico, el teniente no estaba a su lado y el toque de diana, himno al trabajo con clarinadas del deber, se elevó en la bruma, sobre el silencio de las aguas, a seis mil millas de la patria.

EL HOMBRE

—¡Pero, amigo "Fruto", no ha de ser pá tanto!...
—¡Que no, Don Garrido! Diga lo que quiera:
que pá mí es el hombre el bicho más malo,
y de pior estinto, di arriba e' la Tierra.

Y el decháo lo saco yo por mí mesmito:
Si ando por los campos, yenitos de vacas,
noviyos y toros, chúcaros, fierasos,
l'alma está serena, sin temor a nada.

Cuando entre los montes, o pó'entre las sierras,
voy diendo dispasio,
y sospriendo, ansina, bichos muy ariscos,
que juyen al verme, ¡como viendo al diablo!
yo quedo contento, porque sé, a la fija,
que pú' ayí no hay hombres, que yo solo ando:
que sinó, esos bichos, no andaban ansina,
tranquilos, pastiando!...

Sin embargo, viejo, cuando pó' el camino
voy ¡meta galope!
y a lo lejos veo que a cavayo viene
galopiando un hombre,
ya el estinto malo me abaj'a las manos:
refalo el cuchiyo; pongo el pingo al trote;
"la de dos narices" la corro pá e' lante,
y me aliso el poncho, que tuito lo esconde...
Y ansina, prontito pá ganar de mano,
me lo espero al hombre...

¡Esto es triste, amigo!
¡Triste, pero sierto!
¡Y yo sé que a tuitos
nos pasa lo mesmo!...

Ahura, viejo Santos, quiero que me dija
si he charláo al cuete!...
—¡Me ha robáo la plata, amigaso "Fruto"!
¡Es ansina mesmo, disgraciadamente!...

GUILLERMO CUADRI.

UN SECRETO

Por Ezequiel Díaz

(Para "FRAY MOCHO")

Tomándome del brazo me arrastró hacia un banco, y sin darme tiempo a que pudiera interrogarle, me dijo: "Quiero hablarlo ahora mismo... Es menester que lo sepa, urge esta manifestación ante Vd. solamente a Vd. se lo voy a contar.... Sé que no dirá a nadie este secreto que he descubierto, y que carcome mi tranquilidad como una lepra...

"Si, es una de tantas calamidades que hacen más triste esta humanidad. Vea, debiéramos revelarlo, porque es un crimen, un crimen horrendo; y todos estamos en el deber de impedir que se siga cometiendo.

"(Yo también guardo mi venganza, y éste, mi corazón, tiene una honda herida que está sangrando siempre. Pero no delataré a la justicia, no ha llegado aún el momento, se conocería así mi secreto. Tengo un hijo, y debe ignorarlo todo, todo... por eso voy a contárselo a Vd., a Vd. únicamente...)

Santos Cainzo, poseído de una emoción extraordinaria prosiguió: "¡Usted conoce a ese hombre? Ahí donde está sentado permanece días enteros. Así, en esa misma posición ridícula, con los brazos cruzados y la vista fija en la mujeres que pasan.

"Fíjese bien. Con esa abultada joroba, con esos miembros esqueléticos, y esa cara velluda, ¿no le dá la impresión de algo monstruoso? ¿De una enorme araña, por ejemplo, que estuviera por saltar? De unos de esos vestigios cuartenarios que nuestra imaginación los concibe sólo a través de una pesadilla torturante, enloquecedora...?

¡Véalo ahora! esa es su posición habitual. Allí permanece todo el día y parte de la noche, en que desaparece sigilosamente como si temiera ser visto, caminando por debajo de la calzada y confundiéndose, a veces, con algún perro que cruza en la oscuridad. ¿Vive? ¿Quién sabe dónde vive? Todas las mañanas hace su aparición en esta esquina. Se sienta allí donde está ahora, hasta que la noche vuelve a ofrecerle una oportunidad para escapar. Apenas distingue una mujer se queda estático, inmovilizado por una rara impresión de placer, de estupor... cruzan por su mente quién sabe qué horripilantes escenas.

Parece que este hombre es víctima de una doble personalidad; de algún espíritu perverso, tal vez. Si nó, vea cómo se transforma, cómo cambia, dando a su rostro esa expresión bestial, obsesionante, como si quisiera devorar a todas las mujeres con esos ojos...

Este hombre, no es un hombre, es algo cuya semejanza lo hace parecer, pero no es un hombre. Está aún muy lejos de serlo. Sin duda alguna pertenece a otra especie, o es un mónstruo escapado en un un aborto de la naturaleza.

Ya me parece verlo sobre el dorso de una montaña rocosa, estéril. De unos de esos parajes de desolación y de misterio, rompiendo primero el cascarón de la tierra reseca y dura, la joroba, los hombros, después los miembros... y quedar como esos troncos arraigados a las rocas, así... así... por último desprenderse de los pies y de las manos arrastrándose luego sobre la tierra cada vez más dura. Quizás a eso obedezca la deformación monstruosa de sus brazos, de esos brazos tan largos y tan flácidos, cuyas manos al caminar van rozando en el suelo.

"Allí, donde está sentado, lo ví la primera vez. Fíjese bien, ahora que parece mirarnos. Vea la expresión de sus ojos. ¿Ha visto alguna vez cosa igual?

"La fantasía popular refiere el caso de aquel huevo llamado "basilisco" que lo ponen las gallinas muy viejas pero que en vez de la yema, como los demás huevos contiene un animal asqueroso y feo, de ojos desproporcionados, horribles.

"Se dice que familias enteras han perecido bajo el poder doblemente hipnótico de ese animal. La mirada de esos ojos produce una muerte instantánea, pero, si el "basilisco" se ha mirado por casualidad en el agua, o en algún vidrio, muere él primero, horrorizado por su misma fealdad. Es así...

Los ojos de este hombre háceme recordar el basilisco de leyenda. Pero él se cree perfecto, y sueña en perpetuar su especie. Dice que toda la humanidad debe ser así.

¡La más perturbada imaginación habrá concebido jamás semejantes delirios? ¿Usted sabe qué hace ese jorobado en la misma posición de hace rato? El espíritu endiablado de este hombre, está, en este momento, tramando la más peligrosa venganza en contra de la humanidad. Ven, es preciso impedir ahora mismo este crimen incalificable, sin precedentes. Todo es monstruoso en él. Huído de una cárcel de Oxford por un horrendo crimen cometido por esa tremenda pasión que lo arrastra apresuradamente hacia el patíbulo.

"Simula vender amuletos en contra de la "jetta", pero en su "misión" es otra: es perpetuar su especie, vengarse de la humanidad.

¿Sabe cómo? Atienda: el espíritu de la mujer es aparentemente pueril, y se lo atrae con cualquier cosa; como a un niño, por ejemplo. Pues bien, este jorobado con el pretexto de su "negocio", busca los puntos más concurridos por mujeres, como ser las iglesias, los mercados, los paseos, etc. Allí se planta en la actitud que ya conocemos para poderlas mirar más de cerca. Las mira primero de pie a cabeza, pero especialmente se fija en los ojos, en el vientre... A veces extasiado pretende erguirse para tocarlas, les ofrece algo de sus cosas, y, así diremos, en esa lascivia queda conturbado. Un estremecimiento extraño conmueve todo su cuerpo y por un momento, es otro, otro.

Satisfecho, asegura que si esa mujer llega a tener algún día un hijo, será parecido a él. Así con esa abultada joroba, con esos miembros esqueléticos, y con esa cara velluda como un monstruo".

Otra vez, Santos Cainzo palideció, y como si no hubiera quedado aún satisfecho de su relato, siguió repitiéndolo con la misma incongruencia con que había empezado.

De repente se contuvo, y poniéndose de pie, me repitió al oído: "Hay que impedirlo, es un crimen, un crimen horrendo".

—:—

Días después el parte policial sintetizaba este enigma en breves palabras:

"Esta madrugada, junto al puente del Ferro-Carril Central Córdoba, se encontró el cadáver de un hombre.

"Aparte del arma homicida no se encontró ni un solo documento que facilitara su identificación. Unicamente de un bolsillo, se extrajo una hoja de papel que decía: "He muerto al jorobado".

La huella de nuestro paso

Nací pobre y fuí muy pobre;
mas a fuerza de trabajo,
hoy día, señores, soy
un pequeño millonario.
Muertos mi padre y mi madre,
que un oficio me enseñaron,
pude ganarme la vida
desde mis más tiernos años.
A las siete iba al taller
y a las seis o seis y cuarto,
de regreso en mi morada,
en vez de leer diarios
y comentar con alguno
un gran crimen o un asalto,
me entretenía leyendo
libros de estudio, didácticos.
Así las cosas, mi afán
por penetrar los arcanos
(los arcanos que la ciencia
ofrece al que estudia aislado)
llevóme a buscar al fin
un maestro, que aunque malo
pudo salvarme el escollo
de los estudios primarios.
Siguiendo mis aficiones
por saber, seguí estudiando,
y aunque con gran lentitud
cursé mi bachillerato.
Después vino una carrera,
y, por último, abogado,
tuve asuntos de importancia
que en ricacho me trocaron.
Pero, ésto, en vez de inducirme
a redoblar honorarios
y a especular "con casitas"
o con papel del Estado,
apartó mi actividad
hacia horizontes más amplios.
Fundé en mi aldea una industria,
una fábrica de hilados,
que transformó por completo
del pueblo el vivir precario.
Y no sólo dí riqueza
y fama a mis coterráneos,
sino que al cabo de un tiempo
y mejorando el trabajo,
pudo mi país librarse
del extranjero mercado.
Esto era ya suficiente;
pero, yo, siempre anhelando
superarme en lo posible,
con la ayuda del Erario,
construí un ferro-carril.
Me eligieron diputado,
fundé escuelas y hospitales,
asilos y orfelinatos,
y, andando el tiempo, llegué
a ser miembro del Senado.
Aunque mi mayor triunfo,
el más útil y preclaro,
lo obtuve llegando a ser
el esposo idolatrado
de la mujer más hermosa,
más buena y de más recato
que han contemplado los mundos
en su vivir milenario.
Esto logré, y aunque hoy
disfruto de poder amplio,
de riqueza y de salud,
de amor; y unánime aplauso,
noto que en mi vida falta
algo así como un remanso
en que poder confiar
para el día del naufragio;
algo sin cuya existencia,
la efímera del humano,
por prodigiosa que fuere
no logra dejar su rastro;
algo que es "sine qua non"
para afirmar un pasado;
vestigio grande y solemne;
prueba indeleble, alegato.
Y es, señor, que yo no tengo
un hijo, que es lo más caro
que al mundo podemos dar
en prueba de nuestro paso.

José Pavía R. Jaén.

En busca de otro planeta

La mayor parte de los astrónomos cree en la existencia de más planetas. De uno, por lo menos, más allá de la órbita de Neptuno.

Mr. Borelly, del Observatorio de Marsella, es uno de los que firmemente creen en su existencia, y se dedica a buscarlo, empleando para ello un anteojo de los dedicados a explorar el cielo en busca de cometas, anteojos con los que se pueden ver estrellas de 12a. magnitud. Al no haber dado con él, ni con estos aparatos, cree el astrónimo que el planeta ultraneptuniano es de menor magnitud y que puede encontrarse por la fotografía con poca exposición, es decir, con la misma que se emplea para fotografiar los cometas y los asteroides.

El planeta desconocido ha de tener, desde luego, un movimiento mucho menor que Neptuno.

Si su período es de poco más que el doble de Neptuno, su movimiento aparente será solamente de unos diez segundos por día.

En defensa de una gran encausada: la Democracia

Por Oreste Ciattino

Todos saben que la guerra fué el triunfo de la democracia, y que la paz, no obstante sus muchos y terribles defectos, es la paz que al través de los siglos ha libertado más pueblos y es la primera que, aunque sea en forma débil y defectuosa, ha fundado un órgano permanente de cooperación y consultación internacional para la prevención de las guerras; un órgano en el que hasta los débiles, si bien hasta ahora no son tratados a la par de los grandes, tienen, por lo menos, una cosa que ayer no tenían: el derecho de ser escuchados y un determinado peso en las resoluciones comunes.

Sin embargo, nunca como en estos últimos tiempos se ha anatematizado tanto en contra de la democracia, de parte de los escritores aristocráticos y de otros que nada tienen de tales, quienes todos, inspirándose acaso en las teorías de Daudet y Maurras han creído poder sepultar, con poco esfuerzo, ideas y principios universales para enaltecer a los últimos triunfadores, y, como insectos parásitos, pasar sobre el cuerpo del más grande triunfo histórico de los principios de libertad y democracia.

Siendo el éxito el más grande de los sugestionadores, así confieso que por algún momento ha pasado por mi imaginación la duda de que todos esos escritores tuvieran algún poco de razón de su parte y que nuestra época debía marcar para todos el ocaso del liberalismo. Pero la duda se disipó muy pronto, cuando, asomándome al balcón, vi el tranvía eléctrico llevar en un relámpago los pasajeros de un punto al otro, aumentando, cuadruplicando las comunicaciones y los contrastes; cuando pensé que el teléfono unía no solamente las casas de la ciudad, sino a países lejanos, — el telégrafo Marconi lograr eso sin siquiera la necesidad de los hilos — y el periódico, que antes era mensual y semanal únicamente, volverse diurno y hasta cuadriurno, y pasar de la más rica ciudad a la choza montañesa más aislada,— y la música de diversión para las Cortes o para un pequeñísimo número de familias, llegar a ser patrimonio del más humilde concurrente de los más lejanos cafés de villorrio, — y las cuestiones más elevadas de la política, de economía, los problemas del día, a discutirse tanto por el trabajador como por el ciudadano más rico y, a menudo con mayor buen sentido por el primero que por el segundo.

¡Oh! Si a pesar del menearse de los enemigos del libre pensamiento, los centros de cultura se multiplican bajo nuestros ojos; y si se puede tener la pretensión de obstaculizar el progreso, la libertad; ésta y aquél, a pesar de los esfuerzos de sus adversarios, marchan siempre hacia adelante.

Cabe advertir aquí que la democracia nunca tuvo mucha suerte ni gozado de gran estimación entre los intelectuales de profesión; en la antigüedad, Sócrates, Aristóteles, y sobre todo Platón, la despreciaron; en los tiempos modernos recibió los anatemas de Hobbes y Spinoza; hasta los fundadores de la República norteamericana hicieron de todo porque, no obstante la ausencia de una aristocracia y de una dinastía en aquella tierra de grandes recursos, ella hubiese de ser democrática lo menos posible; los liberales de la primera mitad del siglo pasado, en Francia, desde De Tocqueville a Benjamín Constant, creyeron en una antítesis entre liberalismo y democracia; Augusto Comte, el fundador del positivismo, siguiendo la tradición sansimoniana, la anatematizó como hechicería metafísica; Renán soñó la aristocracia de los filósofos como remedio a la anarquía del democraticismo, seguido en ésto, por muchos inmortales de la célebre Academia, entre otros a Emile Faguet, quien en la democracia vió el culto de la incompetencia, y en la moral y en la religión ilusiones y mentiras social e históricamente necesarias, creadas por el genio de la especie. En Inglaterra, Carlyle en contra de la democracia erigió el culto del Héroe y le arrojó los anatemas furiosos de los Latter day Pamphlets; el mismo Stuart Mill, en su áureo librito sobre la Libertad, insistió sobre la libertad de discusión, como remedio al mediocrismo, inherente e inevitablemente triunfante en las democracias, y sobre el hecho que, en éstas, las mayorías ignorantes pueden oprimir las minorías progresistas y cultas, y el interés del mayor número puede, en un momento dado, hallarse en antítesis con el verdadero interés general permanente del país, a menudo representado por una minoría o bien por unos pocos individuos. Sumner Maine, el célebre indagador de las antigüedades del derecho, fué aún más allá y demostró que las mayorías son angustias, misoneístas, conservadoras, ineptas; que el mundo progresa únicamente por obra de genios individuales y de minorías audaces y clarovidentes; que los períodos, en que éstas no son oprimidas, son excepcionales en la historia, y que la democracia conduce al decaimiento y a la muerte. Y podría seguir nombrando entre los ingleses a Lecky, entre los italianos a Cayetano Mosca y Vilfredo Pareto, (acerca de las teorías de este último, véase mi estudio: Un sociólogo italiano: V. Pareto, B. Aires, 1923, entre los rusos a Ostrogorsky que al estudio de este argumento ha dedicado una obra verdaderamente monumental: **La démocratie et l'organisation des parties politiques**, dos tomos de complexivamente 1346 páginas, densas de datos y de consideraciones sufragadas de una abundante bibliografía. El primer tomo se refiere a Inglaterra y el segundo a Estados Unidos; ambos concluyen con un balance de los fenómenos constatados y, desde que Inglaterra presenta en brotación los fenómenos de que América ofrece la madurez, el segundo tomo en un amplísimo sumario trae las condiciones generales.

De la lectura y meditación de esta obra el lector no acostumbrado a esta clase de estudios no podrá no probar la sensación de miedosa inquietud, de tristeza derivante casi de un dulce sueño desvanecido, que está difundido en estas páginas como en otras de los autores mencionados que se entretuvieron acerca de la evolución político social de Inglaterra y Estados Unidos. Por último podríamos agregar a Sorel y a los escritores sindicalistas que le siguieron (para la refutación de esas teorías véase mi escrito: José Ingenieros y las ficciones democráticas, Buenos Aires, 1913).

ANTECEDENTES DE FAMILIA



EL DOCTOR. — ¿Usted sabe si su padre fué neurasténico?
EL CLIENTE. — No, señor; fué pirotécnico.

Por tanto, cuando el año anterior, leímos las francas y leales manifestaciones que el doctor Gallardo hiciera en el Congreso de la Nación, con motivo de la discusión suscitada en aquel recinto, a propósito de la propuesta del P. E. de elevar la representación argentina ante el gobierno de Italia, de sincera fe democrática y en las que fácilmente podíanse, discernir el acento de convicción con que el representante del P. E. pronunciaba sus palabras, nosotros, los democráticos impenitentes nos regocijamos, diciendo: ¿Cómo? En estos momentos de aparente triunfo de ideologías que creíamos muertas de mucho tiempo, en estos momentos en que la utopía reaccionaria y conservadora parece la gran verdad en algunos países de Europa, en estos momentos en que en esos países sus gobernantes se proclaman heraldos de una nueva civilización, los adversarios de la democracia y los "pionners" de su derrota en todo el mundo civilizado, olvidando o fingiendo olvidar que la última gran guerra mundial fué el triunfo de todos los pueblos más libres y progresistas sobre las últimas cuatro autocracias que sobrevivían en la historia, máxime sobre la Alemania imperial, ejemplo de eficiencia, de jerarquía de disciplina, de gobierno de los "competentes" a despecho de la opinión pública, de resistencia a las tendencias hacia el desarme, de desprecio para las Cortes de Arbitraje y los Tratados; ejemplo, en fin, de todas las virtudes y de todas las aptitudes que sin los recursos económicos y la posición geográfica de aquel país, esos gobernantes quieren instaurar en el propio y en los demás — un ministro de relaciones exteriores de la república Argentina — un intelectual también él — hace profesión de fe democrática en pleno Parlamento, cosechando por ello la aprobación más calurosa de los presentes en aquella sesión, — nosotros, los democráticos sinceros, debemos también aplaudir esas palabras...

Por lo demás, debemos decir que no podía ser de otra manera. El espíritu democrático es tradicional entre los argentinos, desde los inmortales fundadores de la Nación, que concentraban en su alma revolucionarios, las más nobles aspiraciones humanas, desde Mariano Moreno, que "quería más una libertad peligrosa, que una servidumbre tranquila", a toda la pléyade de pensadores que honraron al país desde sus albores hasta nuestros días, el espíritu democrático ha prevalecido siempre en la Argentina, aun cuando en los primeros lustros de su independencia hubo quien pretendiera erigirse en antítesis con las fuerzas históricas que empujaban al país hacia la restauración de la soberanía de la ley, de la igualdad de todos ante la misma, de la participación de todos

ante la misma, de la participación de todos a la formación de las leyes, de la libre crítica y discusión de cada persona, institución o idea...

Y bien ¿en qué se fundan los triunfadores de hoy, para despreciar las instituciones democráticas? — La democracia, o sea, el gobierno popular es una utopía; pues, en realidad, siguen diciendo, bajo todas las aparentes transformaciones, la constitución social es oligárquica siempre; que los muchos y los más, son incapaces: que los capaces, son pocos, y por esto en la lucha por la preminencia entre las naciones, aquéllas en que los capaces y los pocos no gobiernan a los muchos, son inevitablemente destinadas a derrumbarse y caer bajos las otras. Cuando, estos triunfadores del momento, afirman que los más y los muchos no son otra cosa que instrumento y peldaños de las ambiciones de los pocos, y que las ideologías democráticas e igualitarias no son más que engaños, con los cuales los más fuertes y los más astutos atraen y subyugan al carro de su propia fortuna los que no quieren ser aniquilados...; debemos admitir que se hallan en buena compañía.

¿Con esto quiere decirse que tienen razón los triunfadores de hoy, así como sus precursores que hemos citados? Un tiempo, yo mismo fuí tentado de creerlo así; por algún tiempo, la utopía reaccionaria, o por lo menos conservadoras, parecióme la gran verdad. En efecto, si esta teoría responde a verdad, los más, los incapaces, deben de agradecer al cielo que existan los pocos, quienes, aunque sea obedecido a sus ambiciones egoistas, elevan con sus mismas rivalidades, a todos sus hermanos menores, de quienes sería justo decir, con Aristóteles, que dividen con los necios, el privilegio de ser gobernados por los sabios; y aquellos que, con utopías democráticas e igualitarias, procuran colocar los más y los muchos, que son los incapaces, al nivel de los pocos capaces, lentamente destruyen las raíces mismas del progreso y de la civilización.

Si esta teoría responde a verdad, el progreso sería imposible sin las ilusiones de la igualdad civil y política, de la moral y de la religión, con que el instinto de conservación de la especie subyuga, para sus propios fines, los impulsos de la conciencia del individuo.

Pero, muy pronto estos últimos hechos vinieron a convencerme de que, si en esta teoría hay muchos de verdad, ella está muy lejos de ser toda la verdad, y que, antes de resignarnos a creer que la realidad lleve en su seno contradicciones incurables y nos alimente de ilusiones necesarias para devorarnos como Saturno a sus hijos, es preciso, por lo menos, procurar de comprenderla mejor.

*

Un hecho innegable es que hubo y hay historiadores insignes con inmensa experiencia práctica en el arte de gobernar, que son conciencias intemeradas y que, no a despecho sino a motivo de sus estudios y de su experiencia, por cierto superior a la de los más ilustres triunfadores del momento, siempre han conservado intacta su devoción entusiasta para la causa democrática; bastará con que yo nombre a Lord Morley, que fué secretario de Gladstone para Irlanda, y más tarde Secretario de Estado por el Imperio de las Indias y autor de monografías admirables sobre Burke, Diderot, Rousseaux, Voltaire, Codden y Gladstone; que agregue a Lord James Bryce, también secretario para Irlanda, embajador inglés en Washington, estudioso del imperialismo británico y autor del estudio más completo sobre la vida política de los Estados Unidos; éste celebrado autor, en su última gran obra publicada poco antes de producirse su fallecimiento hace apenas algunos años, titulada *Democracias modernas* dos tomos de complexivamente 1200 páginas en los que el lector no hallará apriorismos, ni abstractismos, ni doctrinarismos, puesto que Bryce siguiendo la tradición del pensamiento inglés de Bacón en adelante, para sus investigaciones usará prevalentemente el método inductivo. Los hechos son la roca fuerte sobre la cual Bryce levanta su majestuoso edificio. Naturalmente, son hechos pasados al través del filtro de una mente agudísima consabida de todos los problemas del conocimiento y de la inducción y deducción lógica.

Para Bryce las instituciones democráticas y los regímenes representativos están en evolución, como todas las cosas de este mundo; por tanto se pueden modificar, perfeccionar, reformar, pero no suprimir, sin peligro de hacer un salto en la obscuridad.

Finalmente, mencionaremos a Hobhouse, un sociólogo y filósofo de cultura extraordinaria, quién, conjuntamente con Lord Morley asestó algunos de los golpes más formidables a la doctrina de que estamos hablando.

Hobhouse en su "Democracia y Reacción", demuestra que la teoría crítica de la democracia es tan sólo un corolario lógico inevitable de aquella transferencia le conceptos mecánicos, biológicos y antropológicos en el mundo social y espiritual, que siguió a los triunfos del darwinismo y del spencerianismo, y que no puede menos que seguir a toda interpretación del mundo que presuma derivar el espíritu de la naturaleza y piense que las leyes de ésta gobiernen aquél. Y, por esto, bastaría con Hobhouse, con Hill Green, con Bosanquet en Inglaterra, con Eucken en Alemania, con Bergson y con Croce respectivamente en Francia y en Italia, demostrar la intrínsica contradicción de ésta contemplación de las cosas del universo para quitar todo fundamento a esa crítica de la democracia.

Nuestros críticos caen todos en el grave error de considerar la democracia como si fuese ante todo una armadura, ellos concentran su atención sobre los mecanismos y descuidan las energías motrices; analizan el cuerpo y, como es natural y nos dijo Mefistófeles en la obra maestra de Goethe, se dejan escapar el alma. Ahora bien, es simplimente ridículo pensar que nuestros padres se hayan sublevado contra el "ancien régime" simplemente por amor del sufragio universal; de este o de otro sistema de votación, de este aquel tipo de Parlamento o de escrutinio; lo cierto es que ellos vieron en estos mecanismos algo de más apto, que no los mecanismos del "ancien régime", a permitir que la vida social se dejase plasmar por el espíritu de justicia: la democracia fué para ellos la negación de privilegios irrazonables por que no acompañados de responsabilidades proporcionales. En otras palabras, aquellos que la aman, aman en la democracia, el ideal ético, encarnado en leyes, instituciones y costumbres, que constantemente fecundan la historia, verdadero y propio "sal de la tierra".

Y entonces, si la democracia es, en su esencia, el ideal moral operante en la historia, nosotros fácilmente podremos darnos cuenta de la equivocación en que han caído muchos ilustres sociólogos y políticos. A cada momento, en la historia, el ideal germina como negación de una injusticia; en períodos, en que el todo social impele opresivamente sobre la autonomía individual, ello asume forma individualística, en su expresión externa se vuelve atomismo; ve cada uno de los árboles y no al bosque; en períodos, en que este individualismo amenaza con volverse disolvente, el ideal ético opera en sentido opuesto — socialístico, estaría por decir — y contra el arbitrio individual afirma las razones supremas del todo social, hasta ver únicamente al bosque y no a los árboles.

Los triunfadores del momento creen resolverlo todo con hacer apelación al patriotismo, al derecho del estado sobre cada uno de los ciudadanos, al hecho que a los llamados de la patria en momentos decisivos, el responso está siempre listo; pero esta, si es una solución de "facto", no es solución de "jure", si estos llamados son inútiles, es por que la patria se presenta ante nosotros como algo que no es extremo para nosotros, que trasciende las categorías utilitarias y materialística de cierto nacionalismo europeo...

La única forma para resolver el problema es la misma que reveló se cierta a Platón y Aristóteles, a Fichte y a Hegel, y que, en los países más progresistas ha tenido exponentes ilustres: por el hecho que todos los individuos humanos no son meramente individuos, sino que participan de una común racionalidad, que los hace "personas", ellos son miembros los unos de los otros y respectivamente la familia, la clase, la ciudad, el Estado, la humanidad son organismos espirituales, síntesis de fuerzas, de las cuales las menores hallan en las superiores su bloque y su perfección, y tales que cada individualidad actúa toda la nobleza de que es capaz, sacrificándose y trabajando por el todo a que pertenece; así como en una sinfonía música cada nota "vive", es decir cumple su función, "muriendo" y sirviendo el todo de que es parte esencial. Como en el todo musical, cada individuo tiene una función única insubstituible, no repetible por algún otro, y de la cual él es infinitamente responsable. En un mundo o reino de la razón, en la medida en que cada uno se esfuerza de penetrar de razón la naturaleza, no existen antítesis y contradicciones de ninguna clase.

Y entonces, la crisis de la democracia está virtualmente superada: la democracia es imperitura y eterna como la aspiración humana hacia un mundo de la razón, hacia un reino del espíritu: entonces, no importa bajo cual nombre, ella vive donde quiera se hacen conatos para difundir el culto de la verdad, de la belleza, de la bondad, para actuar leyes más justas, para utilizar latentes energías de la naturaleza, para despertar almas y gentilizar corazones, para aumentar el número de aquellos que participan en la creación y en el goce, y en la comunicación en otros, de bienes y valores universales e imperituros.

EL CHARLATÁN

Cierto pedante charlatán, creía
Que sus gritos, no más, huecas palabras,
Eran, sin duda, la infalible prueba
De su claro talento y prendas altas.

Igualarse a un Demóstenes no menos,
Se le puso (en Atenas habitaba),
Y en su orgullo soñó ser aplaudido
Cual orador insigne por la fama.

Con tal afán y con la bolsa llena,
De Isócrates llegóse a la morada,
A reclamar de sus discretos labios
Para sus fines, las lecciones sabias.

—Feliz si me parezco a vos un día.
¿En qué precio fijáis vuestra enseñanza?
—Si te instruyo en hablar, treinta talentos;
Y sin encallar, trescientos: cual te plazca.

LEÓN HALÉVY.

Rosas y el juicio de la historia

A propósito de una obra de Ramón de Castro Esteves

Por Pedro C. Corvetto

Es necesario que repita aquí las palabras con que encabezaba el comentario sobre una novela histórica, recientemente aparecida y que trataba precisamente sobre la época de Rosas? Sí, es conveniente que lo haga, pues de ese modo se notará la corroboración de lo expuesto. Decía ha poco: "Es innegable que entre nosotros, a medida que pasa el tiempo, nuestros escritores en laudable propósito, nos van brindando no pocas obras de carácter histórico, tendientes no sólo a ampliar sino también a descubrir la verdad de muchos girones de historia patria en épocas peculiares y con sus personajes característicos. Es la época de Rosas el episodio siempre más tratado y que ha dado motivo a debatidos estudios; etc.".

Tan cierto es lo expresado, que basta para confirmarlo con decir que últimamente, en corto lapso de tiempo, se han publicado, entre otras las siguientes obras sobre Rosas: "La época de Rosas", del Dr. Ernesto Quesada; "Don Juan Manuel de Rosas", de Martín V. Lescano; "Psicología de Rosas", de José de España y "Análisis de la época de Rosas", de Ariosto D. González. Pero lo singular, es que las obras mencionadas, dedicadas al estudio de Rosas y su época, son favorables al tirano. Es ésto precisamente lo que ha hecho alarmar al autor de "Inquisiciones acerca de Rosas y su época", cuyo libro tiende a representar la verdad, equilibrando las tésis enteramente opuestas con que se ha juzgado al desterrado que muriera en Spathling, cerca de Soutampton.

Bienvenido sea el libro de Ramón, de Castro Esteves, porque él llega en hora oportuna a volcar con entereza, su palabra serena, entusiasta... un poco de luz... Digo en hora oportuna, ya que actualmente se está haciendo la pología del jefe federal; más tarde quizá fuese inútil pues se habría pronunciado el juicio definitivo sobre Rosas, para quien, de la manera con que se le prodiga el ditirambo, se le ha de levantar también el monumento de benemérito a la Patria. Por lo pronto, y como un signo sugerente, dejemos dicho que hace unos días, la prensa ha recordado el cincuentenario de la muerte del tirano.

¿Adónde vamos?... ¿Que se pretende?... Parecen los interrogantes que a cada página surgen del libro de Castro Estéves, escrito con lentitud de conciencia; inflexible con los actos bárbaros de aquel largo período que parecía no tener fin; respetuoso con algunos gestos meritorios, si Rosas los tuvo... y todo chico con precisión y claridad que no dejan lugar a incertidumbres, a lo que hay que agregar un tono revelante de entusiasmo, de justicia y de amor patrio.

El libro de Castro Esteves, que consta de catorce capítulos, comienza con unas "Generalizaciones", abundosas en ideas y compenetración histórica, que ponen en evidencia que el investigador está en la real posesión de su medios; lástima que tal característica no se haga también presente en los capítulos que siguen, no pocos de los cuales adolecen de algo básico, son un tannto difusos, vagos... no surge de ellos la palabra que, juzgando una acción, contenga una definición terminante. Pero he aquí que cuando creemos que ya él libro va a rematar en la forma hasta entonces seguida, entramos en los capítulos finales, los que compensan la defección apuntada en los anteriores, pues esas páginas postreras, son vibrantes, concluyentes... muy especialmente sus "Concluciones" concretan admirablemente la robusta ideología de todo el libro. Si del modo que en ese capítulo final ha estado Castro Esteves, hubiera desarrollado el resto de la obra, ella hubiera constituído el más formidable alegato para los apologistas del rosismo.

Indispensable es repetir que el libro de Castro Estéves no es de exclusiva contradicción a todo lo que en favor de Rosas se haya vertido; por el contrario, él constituye un documento donde prima esencialmente un criterio ecuánime: cualquiera, como el autor de "Inquisiciones acerca de Rosas y su época", que añore el terrible período en toda la intensidad de sangre y de sombras, con el retroceso incalculable para la nación trás de haber conseguido rudamente su independencia, no puede tender un benévolo manto de olvido sobre aquel pretérito, menos aun cuando se trata no sólo de justificar sino hasta de buscar virtudes al único responsable.

Recurramos a Castro Estéves mismo para confirmar lo expuesto y para que el lector conozca de cerca el juicio del investigador.

Empieza diciendo que "bajo el punto de vista de que los ciudadanos se deben a los pueblos, Rosas puede ser justificado en alguna proporción por lo que su actitud enérgica pudiera haber influído en



el país como entidad soberana frente a la anarquía que amenazaba devorarlo''.

Como es sabido, se ha llegado a pretender excusar los procedimientos de Rosas, en documentos como el famoso Plan de Gobierno de Mariano Moreno, el que según Castro Esteves, ''no es un elemento serio que pueda servir para justificar en Rosas, el uso de medidas que puso en práctica''.

Luego, dice Castro Esteves, confirmando el desapasionamiento con que juzga los acontecimientos: ''El temperamento verdaderamente férreo de Rosas, se dejó trasuntar fielmente en su política internacional, pudiéndose quizá afirmar que fué el gobernante argentino que más altivamente trató al extranjero. Durante la dictadura de Rosas diríase que la Argentina era una potencia poderosa, tal la energía que usó con los grandes países''.

El capítulo noveno está dedicado a hacer conocer a Rosas, según Ernesto Quesada y otros autores, transcribiendo así mismo declaraciones de Rosas formuladas desde su destierro, en las que expresa, entre otras cosas, que ''la honradez más escrupulosa en el manejo de los dineros públicos, la dedicación absoluta al servicio del estado, la energía sin límites para resolver en el acto y asumir la plena responsabilidad de las resoluciones, hizo que el pueblo tuviera confianza en mí, por lo cual pude gobernar tan largo tiempo''.

Entremos en las ''Conclusiones'' a que arriba Castro Esteves y nos penetraremos mejor del espíritu analítico del escritor: principia en ellas por afirmar sensatamente que ''llegar en asuntos de historia a una concreción definitiva es casi imposible. No sólo las investigaciones arrojan nueva luz de vez en vez, sino que los juicios, al fin humanos, difieren, según el criterio o el punto de vista que les inspira'' no sin aseverar más adelante, que con respecto a Rosas y su época, ''caben trazar algunas interpretaciones con vistas a lo definitivo, sobre sus causas, efectos y significado''. Así, a renglón seguido, añade que ''una de ellas sería la esbozada por el Dr. Agustín Alvarez, en su obra ''Vida Constitucional''. Según ella, Rosas y los caudillos del federalismo fueron una consecuencia del espíritu colonial. La tranquila opresión espiritual del coloniaje trajo sus reacciones y ellas fueron violentas como las que marcan todos los movimientos históricos''.

Haciéndose eco de la reflexión que afirma, que los pueblos recién emancipados o que lo han sido antes de su hora, sufren el proceso ingrato de las luchas civiles hasta llegar a su cohesión y estabilidad expresa que ''el caso nuestro es que la revolución de Mayo, removió el edificio secular, y al hacerlo aparecieron todas las fuerzas latentes que se manifestaron de acuerdo a su propia idiosincracia. Fué un duelo cruento de civilización y barbarie, aunque puede decirse no sería propio denominar a esas fuerzas de tal modo, porque unas y otras participaban de algo de las contrarias.

''Rosas apareció en el momento álgido: de ahí su triunfo. Frente a la anarquía que lo destruía todo, su temple que ya se perfilaba de una energía sin límites, inspiró confianza a la mayoría. De ahí las facultades extraordinarias que se le confirieron''.

''No sólo sus designios le señalaron su puesto, sino las circunstancias''.

Y entrando ya a un pronunciamiento definitivo, agrega más adelante: ''Rosas sin ideas de gobierno claras, sin convicción verdadera de su papel ''providencial'', habría sido el elemento imprescindible que habría de trazar un compás de transición entre el pasado colonial aherrojado en prejuicios y entre las ideas fervientes, luminosas y demoledoras de la revolución de May y del Congreso de 1816, compatibles estas últimas, con un estado de cosas antagónico. En este caso, pues, para llegar a la organización nacional y el disfrute de una democracia moderna, la tiranía habría sido un proceso doloroso, pero quizá necesario'', pues como ya antes lo ha dejado dicho el mismo Castro Estéves, ''la re-

caballeresca, exenta de impulsos sanguinarios, marcó rumbos demasiado bellos para ser una realidad próxima''.

Por último, para completar las reseñas anteriores, agreguemos uno de los conceptos finales, que dice que ''las sombras que proyecta sobre la historia argentina la figura de Rosas son tan enormes, que la luz que fulge de ella, apenas alumbra como una estrella solitaria en la noche. No todo fué crímen, no todo fué ludribio. Hay en su figura hasta grandeza una

volución de Mayo, democrática, grandeza fatídica y terrible, y hay en varios de sus actos un ardiente patriotismo y afán de cortar estados de cosas injustos.

Y hasta podríamos ''admitir'' que su gobierno fué necesario para destruir el caos de la anarquía que amenaza devorar a la nación argentina''.

Con la transcripción de los precedentes fragmentos, he querido destacar el ánimo que ha guiado al autor de ''Inquisiciones acerca de Rosas y su época'', su palabra justa ha servido para mediar gallardamente entre la de los que ''para no repetir una vez más la terrible condenación del tirano, acaban por ensalzarlo en detrimento de la verdad'', según la propia expresión de Castro Esteves.

El libro me parece un poco sintético; con los mismos tópicos debió hacer obra más amplia, ya que las fuentes de consultas y los conceptos vertidos, eran precioso motivo para ello. Mas ésto no autoriza para dejar de destacar la ideología sustentada por el autor, digna de ponerse de relieve, porque ella define en caracteres inconfudibles la época de Rosas, analiza acontecimientos en relación al período que se sucedieron, preguntándose si en verdad necesitó Rosas de los medios demasiado violentos para poder actuar en la época en que lo hizo, expresando Castro Estéves, que ''ante la humanidad valen más las víctimas de su puñal que el concepto de estado y soberanía de un país''. Y así prosigue, sondeando aquel período de transición entre la anarquía y la organización nacional, juzgando a Rosas al par de los hechos que hace desfilar. Y consignemos que por las páginas de la obra campean siempre las nobles intenciones de poner las cosas en claro, frente a la ola de panegiristas del rosismo que, en su afán de crear una auréola al tirano, han comenzado a confundirnos.

Deploremos sólo que algunos capítulos del libro no acusen esa plenitud y vigorosidad de concepto de que tanto rebosan otras páginas del mismo, que he determinado más adelante, ya que así se hubiera logrado una obra de real trascendencia, por su valimento histórico y por la garra varonil que acusa su autor, que aspira a que en los textos de historia patria no se consigne únicamente la larga estela sangrienta que singularizó al gobierno de Rosas, sino que se agreguen también los atenuantes que tuvo, pero sin olvidar nunca que ''la conciencia no perdona a los tiranos, ni la muerte les sustrae del anatema trasmitido de una edad a otra edad'', según las palabras de Don Juan Manuel de Estrada, dichas en ocasión de la muerte de Rosas.

LLEGARA UNA TARDE...

A mi amada M. R.

Llegará una tarde, tocará la lluvia
Mis viejas ventanas, con su golpe lento,
La luz de la calle, por entre los vidrios,
Le dará a mi cuarto tenebroso aspecto...

Sentiré a la muerte besarme en los labios;
Sentiré su mano pasar por mi cuerpo;
Cerraré los ojos por no ver su cara...
Sentiré sus manos, sentiré sus besos.

Una fiebre inmensa correrá en mis venas,
Sentiré, temblando, faltarme el aliento...
La muerte, impasible, con mirada fija,
Hundirá sus uñas en mi débil cuello.

Juntaré mis fuerzas, y haciéndome un arco
Gritaré tu nombre — mi postrer deseo —
La muerte, celosa, tapará mi boca
Con su mano fría, más fría que el hielo...

Llegará una tarde, vidriosos los ojos,
Quedaré tendido sobre el blanco lecho,
Sin decir palabra... ¡Ni tu voz siquiera
Hará que responda mi labio entreabierto!...

GERVASIO ESPINOSA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 878 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

El viaje del "Victoria"

Verdades y mentiras de otros tiempos

Una de las más grandes aventuras que registra la historia es, a no dudarlo, el viaje de Magallanes y Elcano alrededor del mundo y el descubrimiento del laberíntico estrecho que lleva el nombre del gran Almirante.

Al aprender, de chicos esa página de historia, nuestra imaginación infantil nos ha hecho seguir el itinerario del Victoria y del San Antonio, recorriendo las costas de América del Sur, penetrando en los terribles estrechos, atravesar el Pacífico, sentir los aguijonazos del hambre al pasar por las islas de "Desamparados", sentirnos llenos de alegría al descubrir las Filipinas y de congoja al ver caer a Magallanes atravesado por una lanza en la isla de Mactán y, por último, acompañar a Sebastián de Elcano en su magna obra de circundar el globo terráqueo en 1521.

Aquel asombroso viaje nos llenó de curiosidad: buscamos libros que de él nos hablasen, y en un librillo sin importancia llegamos a leer: "Portugal envió a Américo Vespucio a hacer exploraciones en 1501. Siguió la costa Sur de América hasta que los hielos antárticos le obligaron a regresar".

Es extraño que el explorador fuera costeando tan al Sur, evidentemente hasta la Tierra del Fuego, sin que viera los estrechos, pues para que los hielos le embarazasen su viaje, tenía que haber pasado por las bocas de ellos.

En otra historia se dice que los marinos que llevaba Colón, tenían miedo de llegar al fin de la tierra y que sus barcos se precipitaran en el vacío, lo que se da de guantadas con otro párrafo del mismo librejo en el que dice que la redondez de la tierra hacía ya tiempo que los españoles la conocían, por los moros.

En estos conceptos erróneos hay su maldad a suponer a todos los antiguos sumidos en la mayor ignorancia; queremos sentirnos seres superiores, considerando bárbaros a todos nuestros antepasados como a los habitantes de la Edad del Hielo, que a pesar de vivir hace treinta mil años, tenían animales domésticos, poseían utensilios diversos, cosían pieles, dibujaban en las paredes de sus cavernas de una forma que muchos no podemos hacer hoy.

Somos como viajeros en alborotado mar que tan pronto vemos el mundo desde las costas de las olas como desde el fondo de los valles que ellas forman. Nuestro punto de vista cambia y gusta de tergiversar los hechos.

En tiempos del Jalifa Kalifa Al-Mamún, de 813 a 832, se conocían las dimensiones de la tierra, se calculó la longitud del año y se obtuvieron correctísimos datos astronómicos.

Todo esto era importantísimo para los navegantes. En toda la región Mediterránea, sobre todo en España, toda la literatura árabe era copiada, traducida y coleccionada y los colegios abundaban en el mundo sarraceno, ansioso de saber.

La ambición cultural, los ideales de la época los encontramos en parte reflejados a la orden de Al-Amún, que dice: "Son los elegidos de Dios, sus mejores y más útiles servidores, cuyas vidas están consagradas a mejorar sus facultades racionales; los maestros de la sabiduría son las verdaderas luminarias y los legisladores del mundo, sin cuya ayuda nos hundiríamos de nuevo en la ignorancia y la barbarie.

He aquí una ligera indicación de la naturaleza en que los españoles y portugueses pusieron los cimientos de su civilización, y desde ese tiempo hasta el de Magallanes y mucho más después fueron días en los que estos pueblos estaban en la costa de la ola, no en el valle líquido y lúgubre. Pero al lado de estos esfuerzos por "llegar" había, a no dudarlo, analfabetismo, ignorancia y apatía.

Se creía en cosas extraordinarias, y los hombres antes como ahora gustaban de falsificar y exagerar en lo bueno y en lo malo, la historia de los famosos navegantes y conquistadores, pues, el sensacionalismo y la envidia no son sentimientos nuevos.

Creían que el Paraíso terrenal había sido descubierto en la India; que los alquimistas convertían el plomo en oro y rejuvenecían a los viejos; que en algunos países había ovejas de brillantes colores y aves gigantescas que remontaban el vuelo llevando a un elefante en una garra y un hipopótamo en la otra.

Estrabon dice, que para ir desde Iberia hasta la India, había el inconveniente de un grandísimo mar que cruzar e indicaba la existencia de un gran país que se extendía de Norte a Sur.

Bembo, en su "Historia de Venecia", habla de un barco francés que se encontró con una embarcación tripulada por hombres muy extraños (indios), no muy lejos de las costas de Inglaterra.

Si consideramos la vida comercial, encontramos inmensa actividad y grandes contrastes. Había, sí, el miserable mercader sentado en desvencijada chavola, el sórdido y sucio usurero, el vendedor ambulante de mezquinos medios y peores intenciones, pero, en cambio, encontramos ricos comerciantes como Conrado Roth, que llegó casi a monopolizar el comercio de la pimienta y estableció una línea regular de navegación entre Elba y Lisboa y convino un servicio postal entre España, Italia, Alemania, Francia y Portugal. Murió en 1579.

Lástima grande que apenas se tengan documentos de la importantísima casa comercial de Haro, pues, con los relatos de la flota de que disponía el decidido español y que recorría los mares de todo el mundo, obtendríamos curiosísimos datos sobre los acontecimientos de aquella época.

Haro se había establecido en Amberes y traficaba en pimienta y otras especies de la India; en ricas maderas y en polvo de oro. Tenía multitud de agencias en todo el mundo; sus buques formaban escuadras.

La casa de Haro prestó crecidas sumas para la empresa de Magallanes, y puede decirse que la quinta parte de los gastos para la expedición se hicieron con el dinero prestado por Haro.

En las artes de España y Portugal, como en todas las de los demás países y de todas épocas, reinaban diferentes atmósferas. Había hombres grandes, prontos a favorecer cuantas empresas se presentasen, hombres de ciencia, hombres ilustres, hombres probos, pero había igualmente gente mezquina, ignorante, envidiosa, cortesanos grotescos, falsos y aduladores.

Magallanes, como Cristóbal Colón, tuvo que habérselas con estas dos clases de gente, como se las tienen que ver hoy y sucederá siempre a todo el mundo. Hay la gente que ve y la que no ve, la que apoya y la que dificulta, la que ve las cosas desde la costa de las olas y la que le ve desde el punto del valle amargo.

Uno de los grupos poseía ciencia y conocimientos, el otro carecía de ellos.

Suponiendo que se tenía idea de la existencia de los estrechos que conducían al Pacífico, el primer grupo era el que podía favorecer toda empresa que se dedicase a su busca.

Cuando la expedición de Magallanes obtuvo la licencia de los reyes de España, el fin de ella se designaba con estas palabras: "para buscar el estrecho", es decir, no para ver si había un estrecho, sino para dar, para localizar uno cuya existencia se conocía.

¿Serían esas palabras una equivocación, un error del cajista?



—Señorita; ¡puede usted pasar!
—Muchas gracias, guardia, por el piropo; usted también está pasable...

GLOBOS Y AVIONES

Por Luis Armiñan Odriozola

A Esteban y José Montgolfier, hermanos fabricantes de papel en Annonay (Vivarés), debemos la aplicación práctica de la ley física que al ser descubierta por Arquímedes le exaltó con tal violencia que los habitantes de Siracusa salieron a las puertas de sus casas para contemplar regocijados a aquel hombre loco de contento que, con un rostro resplandeciente corría gritando: "¡Eureka!" "¡Eureka!" Palabras que en claro romance castellano quieren decir: ¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

El defensor de su ciudad contra las ansias imperialistas romanas, inventor de ciertas formidables máquinas guerreras, allá por los años de mil y doscientos, dijo algo así para su peplo: Todo cuerpo sólido sumergido en un líquido, es impelido de abajo a arriba con una fuerza igual al peso del volúmen que desaloja. Y en esa ley fundamentaron la posibilidad de la ascensión de cuerpos en el aire el P. Luna, en 1670; Cavallo, más de un siglo después; y al año de la predicción de este último, 1782, los hermanos fabricantes logran alcanzar la gloria de realizar el experimento, viendo a su débil aparato ascender hasta el techo de su habitación.

Voy, lectores del FRAY MOCHO, a copiaros un fragmento curiosísimo del informe redactado por Leroy, y que firmado por Tillet, Brisson, Cadet, Lavoissiere, Bossuet, el marqués Condinet, y Desmarest, fué leído en la Academia de Ciencias, de París, un 23 de diciembre, acerca de los ensayos que efectuaban los Montgolfier.

"El punto de vista bajo el cual consideraron estos señores el gran problema de elevar y hacer flotar en el aire cuerpos pesados, fué de las grandes masas de agua, que, por causas que no hemos podido aún averiguar, consiguen elevarse y sostenerse a bastante distancia de la superficie del Globo. Partiendo de este principio procuraron imitar a la Naturaleza, contrabalanceando la presión de un aire pesado por la reacción o elasticidad de otro muy ligero. Habiendo asegurado, por medio de un sencillo experimento que bastaba un calor de 70° Reaumur para enrarecer el aire a una mitad en un espacio cerrado, concibieron la esperanza de llegar a obtener buenos resultados. Es de presumir que sus meditaciones sobre el particular principiaron en agosto de 1782, pero su experimento no se realizó hasta mediados de noviembre, en Avignon. Aquí fué donde, con la más grande satisfacción, vió el mayor de los hermanos que un pequeño paralelípedo hueco de tafetán, que contenía 40 pies cúbicos o poco menos, subió rápidamente al techo, después de que, por medio del calor, enrareció el aire que contenía. Habiendo vuelto a Annonay, luego de nuevos ensayos, se decidieron a revelar al público su importante descubrimiento.

El 4 de junio de 1783, día designado para realizar la prueba en la plaza de aquel pueblo, pudo verse agolpada una inmensa multitud de curiosos, que con el mayor entusiasmo celebraron la subida del aparato aerostático. Consistía éste en un gran esfera hecha con lona y forrada de papel, y la dilatación del aire se sostenía por medio de un braserillo, en el cual se quemaron paja y lana."

Todo París esperaba con impaciencia gozar de aquel nunca visto espectáculo. Carlos, profesor de Física, fué el encargado de la confección del globo, y el férvido clamor de la multitud crecía aumentado por el misterio, pues, en la capital no sabían con certeza la naturaleza del gas empleado por los Montgolfier, ya que la Diputación, en el acta del vuelo allí enviada, sólo decía que "pesaba una mitad menos que el aire atmosférico".

Para corresponder al deseo de la Academia de Ciencias, el 19 de septiembre, Esteban Montgolfier repitió el experimento del globo de aire dilatado por el calor. En una jaula de mimbres, suspendida en su parte inferior, encerró un carnero, un gallo y un pato. Estos son los primeros "capitanes" que han surcado el aire, y lo hicieron con tanta felicidad que, después de remontarse en el azul y sentirse triunfadores suspendidos sobre la multitud, descendieron sin haber sufrido el menor accidente.

El éxito animó a dos hombres jóvenes: Pilatre des Rosiers y el marqués d'Arlandes, quienes se lanzaron a la aventura, no sin que antes lo prohibiera Luis XVI, que temía por su suerte, y sin que vacilaran los iniciadores de la Aviación. Se elevaron en un claro día de octubre, partiendo del palacio de la Nuette, en el Bosque de Boulogne.

Poco tiempo después, otro joven francés, llamado Blanchard, planeó el entonces atrevidísimo intento de atravesar el Canal de la Mancha en un globo henchido de hidrógeno, sistema del profesor Carlos, de Douvres a Calais. Estando sobre el mar, empezó el aparato a descender, y fué necesario que el piloto se despojara hasta de sus ropas para no caer en el mar. La aventura le hizo popular en el mundo, y el estímulo ocasionó las primeras víctimas del aire.

Pilatres des Rosiers construyó un globo combinado de aire dilatado por el calor e hidrógeno, y después de esperar las favorables corrientes de aire se elevó en la costa de Boulogne, acompañado de un físico llamado Romain. A poco de haber partido rompióse la tela del globo de gas hidrógeno, que al apoyarse sobre la que estaba llena de aire caliente precipitó, con su peso, la caída a tierra, en la que perecieron los dos tripulantes.

En un periódico publicado el 14 de julio de 1861, leo un artículo anónimo en el que el escritor, después de comentar la acción de los globos en tiempo de guerra y la clausura y licenciamiento de la Escuela y regimiento franceses destinados a este servicio, se pergunta perplejo: "¿Podrá el hombre llegar a dirigir según le convenga los globos flotantes en el espacio? Hasta el presente — sigue — los motores de que dispone la mecánica no parecen suficientes para contrarrestar la enorme potencia de los vientos. Esta cuestión queda negativamente resuelta; pero ¿quién de nuestros antepasados se habría atrevido a decir que la materia del rayo había de servir de conductor a nuestros pensamientos?"

Desde entonces acá, ¡cuántos y cuán constantes los esfuerzos realizados por el hombre para ganar — como dice un ingenioso escritor — la recia batalla a los dioses! La lucha de los gigantes estaba entablada, y los hombres de ciencia distinguieron en la ruta ideal los dos caminos paralelos por los cuales podría el "mamífero vertebrado que llamamos hombre" ascender por la comba de los cielos, de cara al sol, para volar por encima de los continentes y de los mares. Las dos teorías trazadas para vencer la ley de gravedad quedaron firmemente sentadas, disputándose el triunfo. La una fundábase en la utilización de un agente, aire caliente o gas, que fuese de menor peso y densidad que el aire y que permitiese la elevación del globo y su dominio y dirección a través del espacio; la otra, apoyándose en los principios del movimiento, audazmente soñaba con un motor en el que la fuerza de impulsión venciera, permitiendo al pájaro globo hacer lo que en la Naturaleza vemos realizar a tantos seres.

Y así, por los dos caminos paralelos, ha llegado el hombre a conseguir lo que su cerebro soñara, pues, ya separadamente, ya combinados, globos y aviones efectúan lo que parecía milagroso intento de los sabios y de los ingenieros.

LA ROSA

A mi esposa.

Un día en un jardín yo vi una rosa
que, pura y fragante se mecía,
luciendo sus colores y su tallo
como orgullosa de su lozanía.

Y supe de galanes que, amorosos,
rondaron a su lado noche y día:
y supe que besarla ellos quisieron,
más nadie, a su pesar, lo conseguía.

Y que la rosa, siempre displicente,
a todo enamorado que pasaba,
le hundía sus espinas, ¡traicionera!
y sangre de las manos les sacaba.

Otro día pasé, más ya no estaba
con ese porte con que yo la viera,
erguida siempre, en el rosal mecerse,
al soplo de la brisa mañanera.

La rosa no tenía su perfume,
ni menos conservaba sus colores,
porque la muerte — indescifrable enigma —
también deja su huella entre las flores.

Entonces los galanes que a su vera
pasaron amorosos, noche y día,
dejaron de rondar como lo hicieron
cuando la rosa juventud tenía.

... ...

¡Oh, rosa!, en otrora rosa fresca,
¡oh! rosa juvenil, lozana y pura,
tu mal no fué la muerte, fué la vida,
la vida sin un beso de ternura...

ALEJANDRO SUBIELA.

PAPEL Y TINTA

"ROSAS y LAVALLE"

POR JULIO A. COSTA

La época de la tiranía de Rosas que en los últimos tiempos ha tenido la virtud de atraer la atención de los estudiosos, ha obtenido un buen aporte con este libro. Aporte doblemente remarcable por cuanto el olvido de las terribles enseñanzas de la historia ha llevado a algunos intelectuales de valía a publicar obras favorables al dictador argentino, de ingrata memoria.

Entre ellas es una excelente excepción la del señor Costa. Poseyendo puntos muy interesantes y sugestiones originales, no ha encontrado motivo alguno para tratar de variar el fallo de la historia, que salvo lineamientos de detalle, ha dictado su justo veredicto.

Los relatos que componen este libro están llenos de colorido y ambiente; vivaces generalmente, dan una gran idea de la realidad y con el suficiente poder de atracción, como para matener inalterable o en creciente proporción el interés del lector. Es éste, quizás, su mejor elogio. Sin que su estilo llegue a poseer calidades de excepción, por sus matices variados y por sus facetas plenas de sugestión, logra producir excelente impresión.

Por otra parte, sus relatos y anécdotas se hallan salpicadas de reflexiones oportunas, que contribuyen a que, lo que de otro modo sería mera relación más o menos acertada de aquellos sucesos memorables, se convierta en uno conjunto armónico, donde la anécdota se ve presidida por el pensamiento claro y preciso.

La obra no asume una línea de continuidad absoluta en su trama central. No es propiamente hablando una novela, ni tampoco un libro que más o menos exclusivamente se ocupe de los dos personajes que le sirven de título. Son relatos que, a pesar de ello, presentan bastante cohesión entre sí, como para que desde el principio al fin, los capítulos sean leídos con el ánimo embargado por una misma predisposición y un mismo espíritu.

El señor Costa no contempla los personajes y los acaecimientos de una manera fría y desapasionada. Pero es ecuánimemente apasionado, y ello se manifiesta en su admiración por aquellos hombres de nuestra historia que, como el general Lavalle, supieron en su hora, cumplir con sus deberes de patriota.

El libro 'Rosas y Lavalle", se lee con gran interés, pues, realmente despierta la atención desde las primeras páginas, hasta de las personas más desafectas a las cuestiones de la historia y la tradición.

"Rosas y Lavalle", debe ser recibido con plácemes en esta hora en que al amparo de la labor cientifica de autores de mérito, la incomprensión o el interés quiere trastocar el verdadero sentido histórico de nuestro pasado y colocar al lado de nuestros próceres a aquéllos que se dejaron dominar por sus malas pasiones.

En pocos párrafos, don Julio A. Costa, nos define a Rosas, con inspirado acierto, y esta nueva definición es un juicio autorizado más que se agrega para refutar a los que quieren ver en él otra cosa que lo que fué.

Dice así: "Era un resorte automático y frío como el hierro mismo de la mazorca, un mecanismo que funcionó día y noche durante veinte años largos. En 1831 es el niño Montenegro, en 1848 es Camila, dos fechas tremendas que justifican la apelación desde Southampton, al único juez que puede perdonar.

En el terror el culpable es el que lo hace, no los que se aterran: Rosas fué durante veinte años en el país argentino, el único hombre libre, ultralibre, porque tenía su libertad y la de todos los demás. El único culpable, el único responsable, el tirano suelto, el gran galeote..."

..."Al lado, sin embargo, de ese voluntario soberbio hay un detective invisible que lo trae codo con codo, acaso el remordimiento. El reaccionario Virrey colonial, era el fin un creyente, y el Evangelio dice: ¡No matarás!"

R. de C. E.

NOTICIAS LITERARIAS

En la reciente visita de los periodistas argentinos, señores Conrado E. Eggers Lecour y Eduardo María de Ocampo, de "La Razón" y FRAY MOCHO, respectivamente, el primero de los nombrados dió una interesantísima conferencia en el Salón de actos de la Universidad, logrando un éxito rotundo. Hablando de los citados intelectuales, dice "Imparcial" de Montevideo:

"Son hoy huéspedes de Montevideo dos conocidos periodistas argentinos.

'Uno, el señor Conrado E. Eggers Lecour, tuvo destacada actuación en el Congreso Panamericano de Periodistas, reunido el año pasado en Wáshington. A él se deben algunas mociones interesantísimas, tratadas en el citado Congreso.

"Actualmente es prosecretario de "La Razón" de Buenos Aires miembro del H. Concejo Deliberante de Lomas de Zamora. Es también, crítico musical de "Nosotros".

"Ayer dió en la Universidad una interesante conferencia sobre Beethoven, que mereció grandes elogios del público que acudió a oirle.

"El otro colega que se encuentra entre nosotros, es el señor Eduardo María de Ocampo, de "La Razón" de Buenos Aires y de la sección bibliografía de FRAY "MOCHO", poeta muy celebrado entre los cultores de las letras en la Argentina".

*

El joven poeta uruguayo Alfredo Mario Ferreiro acaba de publicar un interesantísimo tomo de poemas, titulado "El hombre que se tragó un autobús", el cual ha de constituir, sin duda, un resonante triunfo literario.

*

La casa editora Juan Roldán y Cía., publicará en breve una obra interesantísima del doctor Gonzalo Bulnes, actual embajador de Chile en nuestro país, titulada "Nacimiento de las Repúblicas Americanas", en dos tomos de los que se hacen dos ediciones, una en papel de hilo, numerada, destinada a bibliófilos y otra en papel corriente, para la venta pública.

La Biblioteca Argentina ha entrado en una nueva era de existencia.

Se ha iniciado la publicación mensual de los mejores libros nacionales.

La Biblioteca Argentina, fundada por don Ricardo Rojas, el brillante estilista argentino y mantenida por la casa editorial Juan Roldán y Cía., reanudará sus actividades, bajo la misma dirección y con el mismo plan de la primera serie.

Las múltiples tareas que durante los últimos años han pesado sobre el doctor Rojas, nos obligaron a suspender la aparición de la Biblioteca Argentina, cuando ya esta colección de los mejores libros nacionales había llegado a contener veinte volúmenes, reimpresos en excelentes condiciones materiales y bajo su dirección de una severa crítica justamente alabada por los entendidos.

El prestigio de la Biblioteca Argentina goza dentro y fuera del país, ha decidido a don Ricardo Rojas a reanudar su obra, con el mismo espíritu de servicio civil y de cultura popular que presidió esta fundación.

Nosotros a nuestra vez, frecuentemente incitados por los lectores de la Biblioteca Argentina a enriquecerla con nuevos títulos, no hemos vacilado en continuar nuestra empresa, que por tantos motivos es digna de simpatía.

A pesar del encarecimiento que la industria impresora ha sufrido después de la guerra, los tomos aparecerán al mismo precio que los anteriores, pues el deseo de poner los mejores libros nacionales al alcance de profesores, estudiantes, y obreros continúa siendo el propósito de la Biblioteca Argentina como principal designio de su director.

Durante el primer semestre del año corriente, la casa Roldán y Cía., publicará las siguientes obras: "Recuerdos de Provincia", por D. F. Sarmiento, I volúmen; "Política Liberal bajo la tiranía de Rosas", por J. M. Estrada, I volúmen; "Historia de Belgrano y de la Revolución Argentina", por Bmé. Mitre, 4 volúmenes. Cada una de estas obras lleva un estudio preliminar del doctor Ricardo Rojas, historiador de "La literatura Argentina", laureado con el Gran Premio Nacional de Letras.

TEATROS

"LA PROA", DE VICENTE MARTINEZ CUITIÑO, EN EL NACIONAL

El autor de "Café con leche" ha tentado otra vez la aventura de escribir una pieza en un acto ininterrumpido, conservando la acción en la misma escena y suprimiendo todo argumento o trama, como columna vertebral de la pieza. El propósito, como ensayo de un nuevo género artístico, revela un espíritu innovador dentro de su propia producción que merece elogio. Sin perjuicio de ello, creemos que este afan de ponerse piedras en el camino abordando problemas escénicos de difícil solución, es un tanto presuntuoso para quien no ha logrado aún en las formas usuales del teatro la maestría y la consagración que pudieran darle la impresión de haber puesto término a ese camino. No rechazamos la originalidad, pero en quién no hizo profesión de fé de ella, más bien parecería un desvío ocasional y no del todo voluntario, que un plan madurado seriamente. Sobre todo, cuando en medio de esa aparente tendencia innovadora, encontramos personajes gastados por los sainceteros a la antigua y recursos tan desacreditados como el tangüito cantado para arrancar el fácil aplauso del público.

No hemos de negar que las dificultades puramente técnicas han sido vencidas por Martínez Cuitiño, pero declaramos paladinamente que preferiríamos una pieza donde más que la originalidad a que ha recurrido el autor en este caso, campeara la de las ideas o los ideales, cualquiera que fuese la convencional distribución de las escenas en relación al decorado y al tiempo, que es, en definitiva, la única novedad y muy relativa por cierto, de "La proa".

Los actores del Nacional trabajaron con entusiasmo y dieron a la pieza una interpretación ajustada. Destacáronse Arrieta Otal y Bustos entre los varones, así como Olinda Bozán, la Senisterra y Libertad Lamarque, en el sexo lindo.

LAS REVISTAS DEL MAIPO

Sigue dándose con éxito en el Maipo, "Esto es Buenos Aires" y "La mejor revista", con las que se presentó este conjunto y que ya hemos comentado. La troupe negra Sam Wooding es el blanco de la curiosidad del público y consigue muchos aplausos.

"TRES CHICAS DESNUDAS", EN EL NUEVO

Mayor éxito aún que el exitoso "Un buen Muchacho", ha alcanzado en el Nuevo esta opereta francesa y se explica, ya que por muy bueno que un muchacho sea, siempre gustan más tres muchachas y especialmente si están como las del epígrafe. Por excepción, el libreto de esta opereta es interesante y tiene gracia en las situaciones y en el diálogo, lo que unido a una música inspirada y alegre, forma un conjunto de seguro resultado.

"Tres chicas desnudas" ha de hacerse centenaria con toda seguridad. Gómez Bao, Climent, Fernández, Pomar y entre las donnas la Pomar, la Galéz y la Mari y el conjunto de jovenes bataclanas, todos contribuyen eficázmente al enorme éxito de esta opereta realmente divertida.

NO HAY NOVEDAD EN EL APOLO

Los Ratti continúan sin novedad con las piezas del debut. "Buenos Aires la reina del Plata" y "Yo quiero un marido criollo" divierten al público y llenan noche a noche la sala.

EL CARTEL DE BLANCA

"Con las alas rotas", sensiblera y todo, es una obra que siempre tiene público y más aún si la dolorosa protagonista es encarnada por una actriz de la eficacia de Blanca Podestá. En cuanto a "Idilio en un quinto piso", tiene méritos suficientes para pernoctar en un cartel durante muchas noches seguidas.

SIGUE AUMENTANDO LA FAMILIA

La famila del Liceo sigue su vida feliz, aumentando el número de sus representaciones. La gente que constituye en núcleo de vastas relaciones del señor Pickaerpack, hace una intensa vida social en el Liceo todas las noches y por ahora no sabemos nada de que esta respetable familia esté por ausentarse al campo. Casaux está encantado de la vida, así como Pierina Dealessi para quienes son todos los alagos del público.

"LA CRUZ DEL QUERER", EN EL MAYO

Con un asunto viejo, los autores españoles Ricardo Viva Díaz e Hilario Gutiérrez Gil, han escrito un sainete de viejo cuño, que la compañía del Mayo acaba de hacernos conocer. La corta acción de la pieza se desarrolla en un patio andaluz engalanado para las fiestas de la primavera y el desfile de los tipos acredita cierta gracia andaluza en los autores, quienes por cierto que no llegarán a derribar en este sentido, de su trono, a los hermanos Quintero.

Empero se trata de un sainete agradable, discretamente realizado que se escucha con agrado y cuyo desenlace, feliz para los protagonistas, deja satisfecho al público, que aplaudió "La cruz del querer" y a sus intérpretes, de entre los cuales sobresalieron por su juego escénico la actriz Téllez y los actores Hernández, Salvador y Valero.

La música, de los maestros Carretero y Vidriet, es bonita, sobre todo en el último cuadro del sainete.

OPERETA EN EL ATENEO

El público aficionado al género de la opereta se lamentaba en silencio de que en esta recién iniciada "season" no figurara una sola compañía en nuestros teatros, como si el género hubiera desaparecido después de haber tenido tanto auge.

Nuestra conocida y aplaudida tiple señora Inés Berutti, se encargará de reverdecer la opereta, al frente de un conjunto bien aceptable que se prepara a hacer una temporada en el Ateneo.

El debut ha sido fijado para el lunes 18, o sea, hoy, con "La bayadera", bonita opereta del maestro Kalman, prometiendo estrenar, como novedades para Buenos Aires, "Dedé", "La casa de las tres niñas", "Riquett", "Amor trágico", "¡Oh, oh, nenet" y "Madame Pompadour".

En torno de la Berutti actuarán los siguientes elementos:

Primera tiple cantante, Elvira Andreani; tiple cómica, María Fuster; actriz de carácter, Elvira Celemendi; segunda tiple cómica, Sara Hernández, primera bailarina solista, Manón Barthou; primer actor y director, Andrés Barreta; barítono y primer actor, Joaquín Pibernat; primer tenor, Gabriel Tejel; primer barítono, Manuel Russell, tenores cómicos, Manuel Albadalejo y Eduardo Carrasco; primer actor genérico, Luis Rojas; maestro director y concertador, Carlos Pibernat, y Aquiles Leonardi; regiseur general, Enrique Abascal; primer bailarín, Manuel Arroyo, y doce segundas tiples: Consuelo Grajero (a) Gomina; Asunción Jiménez, Sara Suárez, Gloria Dalton, Nori Zabala, Josepinha Grani, Mary Luz, Carola Collaro...

PARRAVICINI COLOSAL

No otro calificativo puede aplicarse al gran bufo por su labor en la pieza del debut de este año, la comedia vodevilesca de Velloso, "Una cura de reposo". En ella proporciona Parra al público tres horas de sana comicidad, derrochando gracia a toneladas, gracia de buena ley a la que no resisten ni las propias columnas que sostienen los palcos, que parecen sonreir ante los espectadores...

Promete la obra envejecerse en el cartel del Argentino.

EVITA FRANCO

La bonita y dramática actriz de la Comedia, después de lograr un buen éxito en la interpretación de "Retazo", de Nicodemi, que el público le aplaudió entusiastamente, acaba de estrenar "La pasión", obra de Martínez Sierra que el prestigioso comediógrafo españ o l ha otorgado en exclusiva a la compañía de Franco, para lucimiento de Evita, a quien aquél ha elogiado mucho.

En otra edición aludiremos a la pieza del autor de "Canción de cuna".

DE ROSAS

Llama la atención la obra de Unamuno, "Todo un hombre", aún cuando su éxito se explica por la notable interpretación que realiza De Rosas en el personaje protagónico, un tipo delineado con justeza por el autor y encarnado con verdadera precisión psicológica por la primera figura de la compañía. También la señora Rivera es muy celebrada en su papel, que matiza con sutileza femenina poco común.

Prepara como primer estreno este conjunto, "El señor cura y los ricos".

SERRANO Y CAMIÑA

Viene trabajando con bastante fortuna en el teatro Príncipe, de Belgrano, estos dos actores que se hallan al frente de un conjunto nacional que repasa el repertorio de género chico, interpretando las piezas con plausible corrección.

"BOY"

Esta palabra corresponde al nombre de una película que se ha estrenado el sábado en el Avenida. Es una producción que demuestra el grado de adelanto de la industria cinematográfica en España, donde el arte mudo viene tomando mucho impulso.

POR EL BUENOS AIRES

Una puntería colosal ha tenido la compañía de Muiño este año, al inicial la temporada. Pieza que estrenó, pieza que quedó en el cartel. De todas, la más simpática y la que más favorece la actuación de Muiño, es "Hay que conservar la línea", de Florencio Chiarello, autor casi nuevo que promete cada vez más, según esgrime la péñola.

También gusta "Arbol que nace torcido", de Trongé y J. Fernández, última novedad del cartel.

GRAN SPLENDID

La grandiso sala cinematográfica de la calle Santa Fe que administra con todo acierto el señor Carmelo Carbone, viene desarrollando su temporada otoñal con la mejor fortuna. Cada vez mayor y más distinguida concurrencia asiste a las veladas a admirar las hermosas películas que se exhiben.

El sábado de gloria se estrenó "El barquero del Volga", película filmada bajo la dirección del famoso Cecil B. de Mille, a gran orquesta y coros.

CAPITOL

Una cinta que ha gustado mucho ha sido "Los miserables" en sus diversos capítulos, sobre todo el cuarto, de gran interés. Para en breve, la empresa anuncia otros estrenos importantes.

CINE PARC

Continúa atrayendo mucha concurrencia selecta, este hermoso cine de Palermo, que administra el señor Ramón J. Lecuona. Para la próxima semana, el cartel ofrecerá renovada atracción, por las nuevas cintas que se pasarán.

CHUCHERIAS

El hombre y el actor

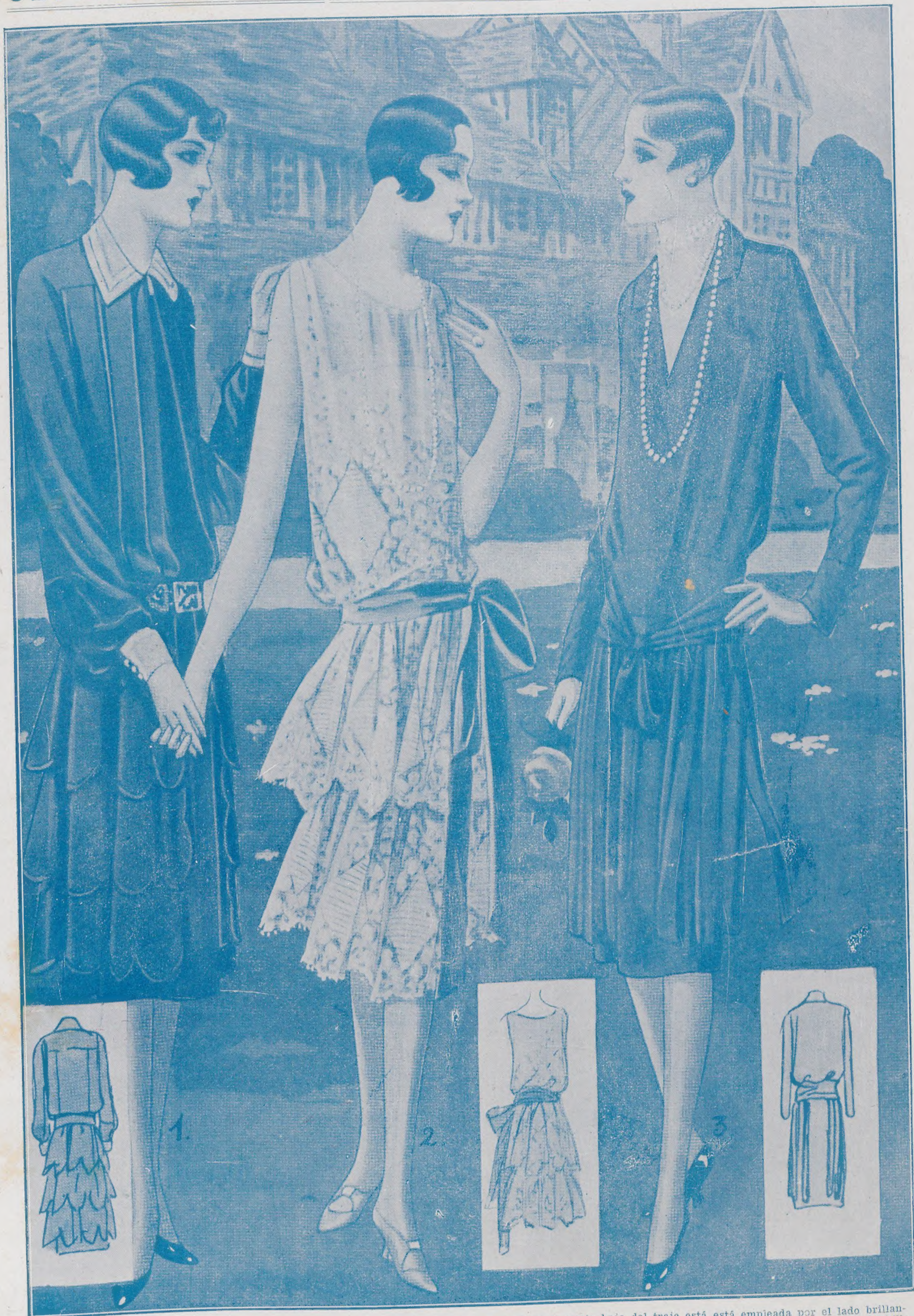
Sin que la cosa me asombre
Sin que la cosa me asombre,
que es actor de lo mejor,
De Rosas en "Todo un hombre"
prueba que es todo un actor.

INCONGRUENCIA

Con un afan sin igual
el público a Carca loa
y eso que en el Nacional
les puso a todos "La proa".

PINCHO.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — Modelo Magdeleine des Hayes. — Traje para la tarde, en crespón-satén. La tela de la parte baja del traje está está empleada por el lado brillan-
te y el resto por el lado crespón, con excepción del borde de los dientes y las nervaduras del cuerpo, los cuales son de crespón Georgette rosa. Hebilla
plata y rosa en el talle. — 2. Modelo Berthe Hermance. Traje para te, confeccionado con encajes e incrustaciones de muselina de seda plisada color
rosa, sobre fondo de crespón de China rosa. La faja de la cintura está echa de raso de un tono más sostenido. — 3. Modelo Lucien Lelong Tra-
je sencillo de crespón marocain negro. A la falda le dá el movimiento algunas tiras de tela doble formando cintas.



Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746
INDUSTRIA ARGENTINA